



NORA K. ROSE

INCRIMINADO

# **INCRIMINADO**

**NORA K. ROSE**

Título: Incriminado

Copyright © 2018 Nora K. Rose

Ilustración de la portada: stokkete © 123RF.com

Primera Edición: noviembre 2018

Licencia: Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de cualquier forma o por cualquier medio analógico y digital, sin el permiso previo y por escrito de la autora, con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.

Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

*“A las personas valientes...”*

## Prólogo

Noemí observó detenidamente las pastillas que sostenía en la mano.

Esa preciosa combinación de colores seguro que la mataría, solo tenía que tragarlas y todo habría terminado, por fin...

Ya no podía vivir así por más tiempo, había nacido para ayudar a la gente, y ahora no podía ni ayudarse a sí misma.

Cerró los ojos y recordó toda su vida en tan solo unos segundos, todo era felicidad y diversión, tenía una vida perfecta, el trabajo con el que siempre había soñado, un hombre a su lado que la quería y con el que deseaba formar una familia.

Pero un irresponsable acto cambió su vida en un instante.

Miró con angustia aquellas pastillas, pero aun así no lo dudó más, respiró hondo y las tragó. Todo acabaría pronto, su dolor, y el que provocaba a los demás.

A su lado, en el suelo, dejaba una nota de despedida para su hermano. Le pedía que la entendiera, la perdonase, y no la odiase por su cobardía, y que por favor dejase de sentirse culpable por lo que había ocurrido.

Noemí no fue consciente de lo que ocurría a su alrededor, los sanitarios la recogieron del suelo para acostarla en la camilla y llevársela al hospital.

Cuando abrió los ojos, su hermano la miraba con la nota en la mano. No decía nada, se veía defraudado, y podía apreciarse que había estado llorando.

—Dani... —balbuceó Noemí.

—No vuelvas a hacerlo, por favor —su voz sonaba como una súplica, pero ella centró la mirada en el blanco techo de aquella habitación de hospital. Él se acercó y la cogió de la mano —. Mañana nos vamos tú y yo, todo el día, a donde sea.

—No quiero ir a ningún sitio —dijo triste.

—Ya lo sé, pero te voy a llevar de todas formas, tienes que salir de casa —ella quiso protestar, pero él se lo impidió—. ¡Shis! Te voy a llevar a esa playa que tanto te gustaba, donde perdiste aquella cosa tan importante.

Ella esbozó una corta y suave sonrisa, era imposible no reírse con él. Era capaz de robar una sonrisa en un momento como ese.

—Mi virginidad.

—Eso mismo, no vaya a ser que alguien la haya encontrado y te la quiera

devolver.

—Dani, te quiero —dijo con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—Y yo, hermanita.

## CONTENIDO

[Izan Santos](#)

[Noemí Río](#)

[Policía corrupto](#)

[Sandra Moreno](#)

[No fue un sueño](#)

[¿Dónde están?](#)

[Cosas del destino](#)

[Mi enfermera particular](#)

[Apartada del caso](#)

[No quiero tener nada contigo](#)

[¿Sigues enfadado conmigo?](#)

[Demasiado protector](#)

[¿Me dejas ver tu libreta?](#)

[El desenlace](#)

[Izan lleva a fisioterapia a Noemí](#)

[Vuelta al trabajo](#)

[Puedo yo sola](#)

[¿Todo esto por un café?](#)

## Izan Santos

Era una tranquila tarde de verano, en un barrio humilde de las afueras, ya quedaba poca gente en las calles, y los últimos rayos de Sol se escondían tras el horizonte.

Entonces, esa calma se esfumó, todo cambió de repente; dos coches se detuvieron delante de una de las casas, y sus ocupantes irrumpieron sigilosamente en el jardín.

Se trataba de seis hombres armados, vestían ropa de calle, pero usaban chalecos antibalas de la policía.

El inspector que comandaba la investigación, Izan Santos, el único de ellos que vestía de traje, se colocó junto a la puerta, y tocó su auricular para comunicarse con el francotirador.

—Agente Mera, vamos a entrar, ¿está en posición? —su voz sonaba firme y serena.

—Listo, inspector —se escuchó por el transmisor.

Izan Santos miró a sus hombres. Señaló a dos de ellos para que lo acompañasen en la entrada, y a los otros tres les indicó cómo debían rodear la casa.

El cerrajero abrió la puerta, invirtió poco más de medio minuto en la operación, y luego se colocó a un lado.

Accedieron al interior de forma sigilosa.

Recorrían la casa con gran rapidez, revisando cada cuarto, arma en mano.

Sorprendieron a tres hombres repartiendo drogas y dinero en cuatro mochilas.

—¡Quietos! —gritó Izan Santos.

Uno de ellos saltó por la ventana, que fue rápidamente reducido por los policías que cubrían las salidas, y los otros dos alzaron las manos y fueron detenidos.

—¿Dónde está el otro? —preguntó Izan—. ¿Y el chico? —ninguno de ellos contestaba, entonces se acercó, sujetó a uno de ellos y lo llevó hasta la pared. Sostenía el arma con firmeza apuntándole en la cara—. ¡He hecho una pregunta! —su mirada era amenazante.

—En el salón —contestó el hombre a regañadientes.

—Encargaos de ellos —ordenó Izan.



Cuando entró en el salón se encontró al cuarto componente de la banda, pero este, apuntaba en la sien al joven retenido.

—¡Policía! —gritó Izan mientras lo encañonaba—. ¡Baje el arma!

En ese momento entró otro policía en el salón.

—¡Si os acercáis lo mato! —gritó el hombre.

—Tranquilo —dijo Izan—. Baja el arma.

—¡No voy a bajar el arma! ¡Quiero que salgáis de aquí! —exigió.

—Deja que el chico se vaya —dijo Izan.

—¡No! —acercó el arma más a la sien del joven—. ¡Vosotros sois los que os vais!

—Por favor —suplicó el chico—. ¡No me mates!

—¡Cállate! O te vuelo la cabeza —amenazó el hombre.

El chico observaba a los agentes petrificado, el miedo le impedía moverse. Izan apuntaba al agresor mientras elaboraba un plan en décimas de segundo.

—Voy a bajar el arma, y tú dejas al chico —propuso Izan.

—Lo haré, si el otro se va —exigió el hombre.

—Vete —ordenó Izan a su compañero.

—Señor...

—He dicho que salgas —ordenó con tono serio.

Los dejaron solos, entonces Izan bajó el arma con cuidado, y la dejó en el suelo.

—Ahora deja que el chico se vaya.

El hombre soltó una carcajada antes de hablar.

—¡De aquí no se va a ir nadie! —prometió aquel hombre, que había apartado el arma de la cabeza del joven para apuntar a Izan.

Sin mediar palabra le disparó dos veces, alcanzándolo a la altura del pecho. Este se fue hacia atrás hasta tropezar contra la pared, y terminar en el suelo, en el mismo instante en que el hombre caía muerto, con un certero disparo en la frente.

Sus compañeros entraron a prisa, uno de ellos se llevó al chico, otro se acercó al hombre que yacía muerto, y los otros dos fueron junto a Izan.

—¡Santos! —habló uno de ellos, el inspector Javier Fernández, que rápidamente puso la mano en su cuello para comprobarle el pulso—. ¡Joder! —respiró hondo—. Tranquilos, está vivo —Izan empezó a reaccionar—. ¡Estás loco! —resopló—. Un día de estos te van a matar de verdad. ¡Te van a apuntar a la cabeza, y te van a matar! —aseguró Javier aún con el susto en el

cuerpo.

—Lo sé —lo ayudaron a ponerse en pie—. ¿El chico está bien? —preguntó Izan.

—Sí —contestó el inspector Fernández.

En ese momento entró apresurado el agente Luís Mera, tenía la respiración agitada y se veía preocupado. Era un chico joven, recién licenciado, y con la puntuación más alta en tiro.

—¡Uf! —se pasó la mano por el pelo, nervioso—, lo siento inspector, siento no haber disparado antes.

—Tranquilo, estoy bien —se abrió la camisa y se pudo apreciar que llevaba el chaleco por debajo—. Buen tiro.

—Gracias, inspector —dijo orgulloso aun recuperando el aliento.

Cuando entraron en la comisaría, fueron recibidos entre aplausos, habían terminado la redada con un importante alijo de droga incautado, tres detenidos, un hombre abatido, y el joven de doce años, ileso.

Izan fue sonriente hasta su mesa. Se sentía bien, orgulloso de sí mismo, a pesar del dolor de pecho fruto de los disparos.

—Esto sería perfecto si no tuviese que redactar el informe —dijo mientras accedía a la página policial.

—¡Inspector Santos! —habló Alfredo Jiménez, el comisario, desde la puerta de su despacho—. ¡Venga un momento!

—Sí —Izan se puso en pie—. Ahora mismo, señor.

Todos lo siguieron con la mirada. «Qué mierda. Me cago en la leche». Pensó mientras se dirigía al despacho.

—Siéntese —dijo Alfredo.

—Sí, señor.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó el comisario Jiménez.

—Veintisiete.

—Veintisiete... —habló despacio mientras parecía estar haciendo un repaso mental de su vida—. Yo voy a cumplir cincuenta —sonrió—. Estuve muchas veces a punto de morir.

Izan lo escuchaba intrigado.

—Antes de ingresar en la policía, hice carrera militar —prosiguió Alfredo—. Y espero jubilarme pronto.

Miró las fotografías que colgaban de la pared.

«Yo también espero que se jubile pronto». Pensó Izan. «¿Por qué se pondrá a contarme su vida? Con el lío que tengo en la mesa».

—Supongo que nunca fui tan... —prosiguió el comisario volviendo la vista a Izan—, temerario como usted.

Izan se puso en pie, y opinó:

—Señor, en ese momento me pareció la mejor opción, la vida del chico corría peligro.

—Ya —sonrió mientras ojeaba un expediente—. Inspector Santos. ¿Tiene pareja?

Izan se le quedó mirando un instante antes de contestar. No entendía el repentino cambio de tema del comisario.

—¿Señor? ¿Qué importancia puede tener eso? —preguntó atónito.

—Es usted un hombre de buen ver, alto, moreno, me extraña que no tenga pareja.

—Señor, no entiendo el interés —habló Izan, ya un poco irritado—. Ahora mismo, estoy centrado en mi trabajo.

—Perfecto, eso es justo lo que quería oír —le entregó el expediente—. Necesito un policía como usted, sin miedo a morir, y sin cargas personales.

Izan lo miró un instante, para luego centrar la vista en el dossier.

—Vaya... —dijo mientras leía por encima los documentos—. Este grupo estaba totalmente desarticulado.

—Ha cogido el relevo Shan, el hijo —le entregó una foto—, y se han estado financiando —de repente la expresión del comisario cambió al enojo—. Y tengo la sospecha de que tienen a alguien aquí, en mi comisaría.

Izan alzó la vista extrañado.

—Pero, entonces, debería informar a asuntos internos —indicó preocupado.

—Asuntos internos ya está investigando —explicó Alfredo—. Mientras tanto, quiero a alguien en el terreno. Quiero saber cómo se financian, a quién compran la mercancía, y quién cojones les ayuda desde dentro.

—Está bien señor, me pondré desde ahora con esto.

—Perfecto. Sabía que podía contar con usted —Alfredo le tendió la mano—. Esta investigación es confidencial, cualquier información me la remitirá a mí, directamente.

—Sí, señor.

—Tenga cuidado, son peligrosos —advirtió Alfredo.

—Lo tendré, señor. Y... agradezco la confianza que ha depositado en mí.

Izan salió del despacho atónito. «Creí que iba a echarme la bronca, y me da un caso confidencial». Se dirigió a su mesa, observando a sus compañeros. Sentía rabia sólo con pensar que podía estar trabajando con alguien corrupto.

—Izan.

Se acercó el agente David Pérez. Un poco más mayor que él. Sonrió, y se sentó enfrente.

Izan cerró el dossier, y lo miró.

—¿Qué pasa tío? —preguntó vacilón.

—Te ha debido caer una buena, parece que has visto un fantasma.

Izan resopló, y esbozó una corta sonrisa.

—Sí, más gorda de lo que me esperaba.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha suspendido? —preguntó David preocupado.

—No, tranquilo.

—A ver si a la próxima aprendes a no hacer de escudo humano. Todos sabemos cómo acaban los héroes.

—Ya... —se tocó el pecho—. Bueno, tengo trabajo.

—Vale, lo capto.

Como vino se fue, e Izan volvió a abrir el dossier para centrarse en su nuevo caso.

—¡Inspector Santos! —una voz femenina pareció llenar la sala.

Izan levantó la mirada sin demasiado ánimo, ya sabía de quién era aquella voz enojada.

—¿Cree que soy su enfermera particular? ¡Cierro el chiringuito en media hora!

Se trataba de la enfermera de la comisaría, una señora entrada en edad, no muy alta, y con un carácter muy temperamental.

A Izan no le quedó más remedio que seguirla todo lo deprisa que podía.

Entró en la consulta, se sentó en la camilla, y se quitó la camisa. Ella se le quedó mirando.

—Tienes suerte de tener ese cuerpo escultural —dijo sin miramientos, mientras preparaba un ungüento—. Esto te va a aliviar el dolor.

—Gracias —dijo Izan dispuesto a coger el preparado.

—¡Eh, quieto chaval! Te lo aplico yo.

—Pero...

—Ya estoy próxima a la jubilación, estoy viuda, y llevo un buen rato

esperándote —hablaba seria—, el ungüento te lo echo yo.

Izan soltó una larga sonrisa, se relajó y apoyó las manos en la camilla.

—Así me gusta —sonrió por primera vez la enfermera, mientras le aplicaba la pomada—. Sabes Izan, tienes que tener más cuidado. Os quiero mucho a todos, y no quiero tener que llorar por vosotros.

—Lo sé —dijo con cariño.

Bajó de la camilla, se vistió, y cuando salía la enfermera le dio una palmada en el trasero.

—¡Eh! —protestó él—. ¡Podría detenerte por esto!

—Izan, yo ya voy mayor para jugar a policías y enfermeras. ¿Por qué no te buscas una jovencita?

—¿Una enfermera jovencita? —preguntó escéptico—. ¿Yo? —sonrió.

—Sí, Izan, no todo es trabajar en la vida.

—Te prometo que lo haré cuando tenga tiempo, o... cuando se me cruce una en el camino.

Salió sonriente.

## Noemí Río

Izan revisaba entre la documentación recabada. Después de horas de investigación estaba casi desesperado, pues no encontraba nada útil. «Tiene que haber algo». Miró el reloj. «¡Oh! Las tres de la madrugada». Se recostó en la silla para descansar la vista. «Algo se me está pasando».

Repasó una vez más las declaraciones de los testigos. «Aquí dice que había otro hombre...». Siguió leyendo. «Tiene que ser él... necesito más datos». Comprobó la dirección del testigo en la base de datos policial.

Cuando volvió a mirar la hora eran las ocho de la mañana. «¡Hostia!, las ocho».

Recogió rápidamente, y guardó la nota con la dirección.

—Buenos días, inspector —le habló el comisario Alfredo, su superior, que recién acababa de llegar—. ¿Cómo va?

—Voy a repasar una de las declaraciones, creo que puede haber pistas que se han pasado por alto.

—¿Ha dormido aquí? —preguntó Alfredo preocupado.

—No, señor. He estado repasando las notas.

—Váyase a casa, y descanse —sugirió Alfredo—. No se encuentra en condiciones de trabajar.

—Lo haré en cuanto pase a hablar con el testigo.

—Está bien. Ten cuidado, muchacho.

—Lo tendré.

Izan fue a cambiarse a los vestuarios. «Será mejor que vaya de paisano». Se puso vaqueros, una camiseta blanca de sisa y su vieja camisa vaquera.

—Izan. ¿A dónde vas? —preguntó David, que se preparaba para entrar a trabajar.

—Tengo que comprobar unas declaraciones.

—¿Voy contigo? —se ofreció David.

—No, tranquilo.

—Tío, estás muy raro. Cualquiera diría que llevas un caso confidencial, o te has echado novia —sonrió al decir esto último.

Izan soltó una larga sonrisa.

—Ya me gustaría, cualquiera de las dos.

—Pues si no te echas novia es porque no quieres, lo que haría yo con esos bíceps tuyos...

—David, no empieces, sabes que ahora no tengo tiempo. Suárez me pisa los talones.

—¡Venga ya! ¿Suárez? —preguntó sorprendido David—. El ascenso te lo van a dar a ti, Suárez no vale ni para poner multas.

—No te pases, el tío es bueno.

—Y una mierda, olvídate de eso —cogió su cartera—. Y date un gusto —le metió un preservativo en la cartera a Izan.

—¡Eh! ¿Qué haces? —protestó Izan.

—¡Shis! Un hombre siempre debe estar preparado, nunca sabes cuándo puedes necesitarlo.

David lo dejó allí plantado, e Izan no dio más importancia al asunto.

Cogió su coche particular, para dirigirse a la casa del testigo. «Bueno, vamos a ver si me cuenta algo nuevo». Aparcó delante y se tomó un momento para observar la zona. Era un pueblo bastante modesto, pero esa casa llamaba la atención entre las demás. «Qué curioso. Ni que le tocara la lotería».

Llamó a la puerta, y le abrió un hombre de unos cincuenta años.

—Buenos días, soy policía —le enseñó su identificación—. ¿Podría hacerle unas preguntas?

—Sí, claro, pase —hablaba nervioso.

Izan se le quedó mirando. Y preguntó:

—¿Se encuentra bien?

—Sí, el que tiene mala cara es usted. ¿Quiere un café?

Izan miró al interior, estudió la situación, y automáticamente sacó el arma mientras le indicaba que no hiciese ruido.

—Sí —dijo con normalidad—. Le agradezco ese café, un solo largo, si no le importa —le hizo una señal para que no se moviese.

Revisó rápidamente la cocina, y se dirigió al salón. Allí se encontró a un hombre de unos treinta años, de rasgos asiáticos. Llevaba una camiseta negra y pantalones de traje en color gris oscuro. Tenía tatuados los brazos, manos y también el cuello.

—Hola —dijo cómodamente sentado en el sofá.

—Shan... —apreció Izan—. Veo que ahora eres tú el que lleva los negocios familiares.

—Correcto —habló el hombre tranquilamente—. ¿Y tú eres...?

—¡Las manos en alto! —ordenó Izan sin dejar de apuntarle.

Shan sonrió, y alzó las manos muy despacio.

—Te ofrecería un soborno... pero —Shan no pudo terminar la frase pues Izan lo interrumpió.

—Yo no acepto sobornos —habló serio—. Estás detenido, tienes derecho a...

Ahora fue Shan quien lo interrumpió.

—Déjalo, conozco el discursito de memoria. Y ahora baja el arma.

Izan sonrió escéptico, entonces miró a su derecha, y pudo comprobar que en la casa había alguien más. Irrumpieron dos hombres armados en el salón.

—¡Tírala! —ordenó uno de ellos.

—Mierda —soltó Izan por lo bajo.

Dejó caer el arma al suelo, y alzó las manos muy despacio.

—Muy bien —dijo Shan mientras se acercaba—. ¿Quién eres?

Izan esbozó una corta sonrisa, y lo retó con la mirada.

—Soy el hijo de puta que te va a detener —aseguró.

Shan sin más, lo golpeó en el estómago, consiguiendo que se retorciese de dolor durante unos segundos. Izan respiró hondo, cogió fuerzas y volvió a mirarlo.

—¡Sujetadlo! —ordenó a los hombres—. ¡Quiero saber quién eres! —lo golpeó de nuevo—. ¿Quién te envía?

—Tu puta madre —se atrevió a decir, a sabiendas de que iban a darle una paliza.

Shan simplemente sonrió y volvió a golpearlo, una y otra vez hasta que ya no se tenía en pie.

—De rodillas —ordenó.

Los hombres lo obligaron a arrodillarse.

—¿Te crees muy duro? —le apuntó en la cabeza—. ¿Estás dispuesto a morir por tu país? —preguntó ahora con tono burlón—. ¿Tan bien te pagan? ¿Seguro que no aceptas sobornos?

Izan alzó la vista para mirarlo de frente, no necesitó decir nada, Shan entendió perfectamente que era incorruptible. Le acercó el arma e Izan cerró los ojos preparado para lo peor, no podía asimilar que todo fuese a terminar de esa forma, tan rápido.

Respiraba profundamente, había dejado tantas cosas sin hacer, tanta vida



por vivir. Entonces Shan apretó el gatillo, e Izan pudo descubrir que el arma estaba descargada. Apoyó las manos en el suelo, pues no podía ocultar lo que sentía. Estaba aterrado, tanto, que temblaba involuntariamente.

—Vaya —dijo Shan sorprendido mientras lo observaba detenidamente—, un hombre de honor —sonrió sarcásticamente—. ¿Lo veis muchachos? —bajó el arma—. Se deja matar por un miserable sueldo público, no hay que incentivarlo para que haga su trabajo.

Izan lo miró perplejo y con desconfianza. Entonces Shan lo golpeó con el arma en la cabeza, haciéndole perder el conocimiento.

—¿Lo habéis matado? —irrumpió el testigo en el salón—. No teníais porqué matarlo, solo quería hacerme unas preguntas.

Shan guardó su arma, se agachó y rebuscó en los bolsillos de Izan hasta que encontró la cartera.

—No está muerto —explicó tranquilamente—. Izan Santos —leyó en su identificación, y realizó una llamada—. Se llama Izan Santos —se produjo un largo silencio del otro lado del auricular al escuchar su nombre—, ¿lo matamos? —la persona con la que hablaba le dijo que no—, entonces, ¿qué hacemos con él? —escuchó atentamente las instrucciones que recibía—. ¿En serio? —sonrió—. Vale, sí, me gusta la idea, es interesante.

—¿Qué te dijo? —preguntó uno de los hombres.

Shan se puso en pie, y vistió tranquilamente la chaqueta del traje.

—Vamos a hacer algo muy divertido —dijo Shan sonriente—. Llevadlo en su coche a las afueras, luego os recojo.

—Vale, jefe.

Se lo llevaron entre los dos, entonces Shan miró al testigo.

—Te voy a explicar lo que ha ocurrido aquí. Ese hombre irrumpió en tu casa para matarte, pero tú conseguiste llamar a la policía. Les das la descripción, y listo. En unos días te llegará un sobre —sonrió—. Ya sabes, es mejor coger el dinero, y la vida.

—Sí —admitió el testigo sonriente.

—¡Ah! Se me olvidaba —cogió el arma de Izan con un pañuelo, y le disparó en una pierna.

—¡Ah! —gritó el hombre con la mano en la herida.

—Así serás más creíble —tiró el arma junto al mueble—. Seguramente se le cayó al policía mientras huía —se acercó, y lo tumbó de un puñetazo—, y ahora, llama a la policía.

—¡No tenías porqué dispararme! —protestó el hombre—. ¡Joder! ¡Duele

mucho!

Shan se dirigió a la salida.

—Tranquilo, no te vas a quedar cojo.

Izan se despertó horas después, desorientado, y con un fuerte dolor en la cabeza.

—Mierda... —se llevó la mano al estómago y la otra a la frente—. ¿Dónde estoy? —se puso en pie como pudo.

Miró a su alrededor, y tras un fuerte parpadeo consiguió centrar la vista. La zona le resultaba conocida, entonces vio su coche.

—Mi coche... —se tocó el bolsillo, y encontró las llaves—. Vaya, que detalle.

Se acercó con cuidado, se quitó la camisa vaquera y la dejó en el asiento del acompañante, luego se arrodilló en el suelo en búsqueda de explosivos.

—¿Por qué me habrán dejado el coche? —comprobó que no tenía, ni el arma, ni el móvil—. Mierda.

Condujo hasta su vivienda. Como de costumbre, aparcó dos calles más abajo, y fue andando. «¿Cómo voy a explicarle al jefe que he perdido el arma?». Resopló. «Me aseó, y llamo desde casa». «Vaya follón en que me han metido». Se quedó pensativo. «Aquí hay algo que no encaja, pudieron matarme, pero no lo hicieron, y me dejaron el coche... esto me da muy mala espina».

Cuando estaba llegando, se detuvo al otro lado de la calzada. Se quedó inmóvil, observando la escena. La zona estaba acordonada por la policía. «¿Qué cojones ha pasado...?».

Iba a acercarse cuando el agente Luís Mera lo reconoció.

—¡Izan! —lo llamó desde el otro lado de la calle—. ¡Entrégate!

—¿Qué...?! —habló Izan atónito.

—¡Lo sabemos todo! ¡No lo hagas más difícil!

La conversación alertó a los demás policías.

—No... —negó Izan con la cabeza.

—¡Izan! —Luís le apuntó, pero le costaba mantener el arma fija—. ¡Tírate al suelo con las manos en la nuca!

Izan respiraba nervioso. «No, no puede ser. Esto no está pasando». Ahora eran tres policías los que le apuntaban, sus propios compañeros. Miró discretamente a su derecha, y respiró hondo.

Aprovechó la falta de visibilidad de unos coches que cruzaron entre ellos, para huir.

—¡Mierda! —gritó el agente Luís Mera—. ¡Yo lo sigo!

Luís cruzó a prisa, y corrió tras él, pero lo perdió de vista.

—¿Por dónde habrá ido? ¡Maldita sea! ¿Cómo puede ser tan rápido?

Miró a ambos sentidos, y decidió seguir de frente. Entonces, dio dos pasos, y apareció Izan de repente, lo sujetó por los brazos y le dio un fuerte tirón para robarle el arma y hacerlo caer al suelo.

—¡No te muevas!

—¡No dispires! —pidió Luís.

Izan lo miró descompuesto.

—¡No voy a dispararte! —hablaba nervioso—, Luís, ¿qué está pasando?

—Dímelo tú, has herido a un testigo, y hay un montón de pruebas en tu casa —hizo una pausa—. Izan, ¿por qué lo has hecho?, yo te admiraba.

—Es una trampa —aseguró Izan.

—Pues entonces entrégate —reclamó Luís.

—No, si lo hago iré a la cárcel, y no duraría ni diez minutos. Ponte en pie —ordenó Izan.

—Izan —protestó Luís.

—Lo siento, necesito tu arma.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Luís.

—Luís, ponte en pie —ordenó de nuevo.

—¡Joder! Inspector.

Luís se puso en pie muy despacio, e Izan le hizo un gesto para que se acercase a una barandilla.

—Espóstate la mano —ordenó—. ¡Rápido!

Esperó a que Luís apretase las esposas, y salió corriendo hacia el lugar donde había aparcado.

Se escondió tras un edificio para preparar las llaves, guardó el arma a la espalda, y supervisó la calle. «Bien, todo limpio». Fue a paso rápido hasta su coche, pero prácticamente frenó en seco cuando descubrió que otro vehículo, parado en doble fila, obstaculizaba el suyo.

—¿¿Qué?! ¡No me lo puedo creer! —dijo desesperado mientras se acercaba a prisa.

Este no tenía conductor, solo había una joven en el asiento del

acompañante.

—Señorita —Izan le tocó en la ventanilla, y ella la bajó un poco.

Entonces, él se quedó bloqueado mirando a aquella joven, tenía el pelo moreno con reflejos dorados, y un rostro angelical, pero sus ojos, que tornaban del color de la miel con los rayos del sol, reflejaban una intensa amargura.

Pero ella simplemente lo miraba ausente.

—Señorita. Por favor, aparte el coche, tengo que salir.

—Espere un momento, ahora viene el conductor —dijo la muchacha sin dar más importancia al asunto.

Ella miró al frente, y él la miraba estupefacto.

—No, no puedo esperar —protestó él consiguiendo de nuevo llamar la atención de aquella joven—. Necesito que aparte el coche.

—Lo siento mucho, pero vas a tener que esperar —espetó ella—. Yo no puedo apartarlo.

—Pero... —miró al interior—, ¿tienes las llaves puestas! —cada vez estaba más nervioso.

—¡Eh! Relájate. ¿Vale? —dijo la joven con tono sereno.

—¡No puedo! —gritó Izan de repente—. ¡Apártelo usted!

—¡Oye! ¡Ya te he dicho que yo no puedo! —protestó ella, ahora enojada.

—¿Qué? ¡Venga ya! Pues... lo apartaré yo —fue hasta la puerta del conductor, pero la joven se apresuró a poner el seguro—. ¡No! ¡Abre la puerta!

—¿Estás loco? ¡Vete! Voy a llamar a la policía —amenazó la joven mientras cogía el móvil.

Izan se encontraba al borde de un ataque de nervios, miró desesperado al fondo de la calle, ya se oían las sirenas. Entonces sacó el arma, y le apuntó a través de la ventanilla del conductor.

—¡Ábreme! —ella se quedó inmóvil mirando el arma—. ¡Abre la jodida puerta!

A pesar de la situación, aquella joven no reaccionaba, solo miraba el arma.

—¿Qué te pasa? —preguntó fuera de sí—. ¡Abre! —ordenó de nuevo, ante su pasividad.

Sin más golpeó la ventanilla hasta romperla. Ella del susto se cubrió la cara, y él saltó dentro, arrancó a prisa, y frenó tras dos metros.

—¡Maldita sea! —gritó Izan mientras observaba los coches policiales por el retrovisor—. No me dará tiempo de coger el mío —la miró—. ¡Bájate! —

ordenó.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¡Que te bajas! —gritó él.

—No, no voy a bajarme —sentenció la joven.

—¿En serio? —preguntó Izan descompuesto, mientras la miraba perplejo.

Respiró hondo, y arrancó sin dudar.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—¿Qué hago? —la miró un instante—. ¿Qué hago? ¿Me preguntas qué hago? ¡Joder! ¡No me lo puedo creer! —la volvió a mirar—. Ponte el cinturón.

Ella lo que hizo, fue sujetar el volante para intentar provocar un accidente, pero Izan reaccionó rápido, y recuperó el control del vehículo.

—Mira —le hablaba enojado sin dejar de prestar atención a la carretera—. No vuelvas a hacer algo así. No tengo tiempo para juegos —la miró un momento—. ¿Lo has entendido?

—Sí —dijo ella.

—Y ahora, ponte el cinturón —ordenó de nuevo con tono seco.

En cuanto sonó el clic del enganche, Izan incrementó la velocidad, dejando una nube gris tras ellos.

—¡Joder! ¡Qué de carbonilla tiene esto! —la miró—. Te aconsejo que te sujetes.

Ella lo miró inquieta mientras se sujetaba a la agarradera de la puerta. Entonces él giró bruscamente a la derecha, el coche se fue de atrás, pero corrigió la trazada rápidamente, para dirigirse a la salida de la ciudad.

—¡Ah! —gritó ella asustada.

—Relájate —sonrió—, lo mejor aún está por venir.

No había transcurrido ni medio minuto, cuando un hombre salió de una tienda de comestibles, y al no ver el coche se le cayó al suelo la compra que llevaba.

Miró a ambos lados, pero no conseguía divisarlo. Entonces se puso delante de los coches patrulla que se acercaban.

—¡Está loco! —gritó uno de los policías después de frenar bruscamente.

—¡Agentes! —el hombre hablaba desesperado—. ¡Alguien se ha llevado a mi hermana! El coche estaba aquí, y mi hermana no conduce, alguien ha tenido que llevársela.

—¡Eh! Fíjate —dijo el agente David Pérez, desde el asiento del

acompañante—. Este es su coche.

—¿Usted dejó el coche ahí en doble fila? —preguntó el policía que conducía.

—Sí, solo fue un momento —explicó el hombre.

—Deme los datos de su coche, y después vaya a comisaría a denunciar el robo.

—¿Y mi hermana?

—Denuncie también el secuestro, ahora necesito esos datos —exigió el policía.

—Es un golf, negro, matrícula 4728BCC —el agente anotaba la matrícula—. Oigan, mi hermana... —hablaba desesperado—, ella es...

—No se preocupe, no le pasará nada a su hermana, tranquilícese, la encontraremos —dijo David Pérez.

El policía arrancó a toda velocidad, y el hombre se quedó de pie en la calle. Miró el coche de Izan, y empezó a respirar furioso.

—Como toques un solo pelo a mi hermana te voy a matar.

Sin más cogió una piedra, y la lanzó contra el parabrisas, dejándolo totalmente astillado.

En tan solo unos minutos, Izan era perseguido por todas las patrullas de la zona.

—¡Qué rápido han conseguido la matrícula! —exclamó Izan—. Ahora mismo estarán cerrando la carretera —miró a su rehén—. Será mejor que no mires.

—¿Por qué?

La joven miró al frente, y pudo comprobar que Izan tenía razón. La carretera estaba cortada por dos coches patrulla, y a pocos metros tenían preparados los pinchos para las ruedas.

—¡No! —dijo ella—. ¡No puedes pasar por ahí!

—Tranquila —aceleró con la mirada fija en la carretera.

—¡No! ¡Para!

—¡Nos vamos de compras!

Giró bruscamente para acceder a la entrada de unas grandes superficies, golpeando la entrada con la parte trasera del coche al derrapar y se llevó la barrera a su paso.

—¡Ah! ¡Estás loco! —gritó ella—. ¡Para! ¡Quiero bajarme!

—¿Ahora? —sonrió—. Eso deberías haberlo pensado antes.

Cruzaba el parking a gran velocidad, para salir por la calle paralela.

—¡Bien! —rompió también la barrera de salida, y se incorporó a la circulación.

Pero tras él aparecieron dos coches policiales.

—Creía que los había despistado. ¡Sujétate fuerte!

Ella obedeció sin rechistar, entonces él frenó bruscamente, y calculó el momento exacto para girar a la izquierda, golpear en la rueda trasera uno de los coches, consiguiendo de esa forma hacerles perder el control, y que ellos mismos envistiesen al otro vehículo.

—Lo siento chicos.

Arrancó de nuevo, y nada pudieron hacer para seguirlo.

Tras diez minutos había conseguido evadir a la policía, y ya estaba en las afueras de la ciudad. Entonces miró a su acompañante. Ella aún respiraba agitada.

—¿Estás bien?

Ella lo miró detenidamente, antes de hablar.

—¿Vas a matarme? —preguntó sin rodeos.

—¿Qué? ¡No! —la miró, y centró de nuevo la vista en la carretera—. Yo solo quería coger mi coche, ¿vale?

—Entonces..., no eres un asesino —supuso ella sin dejar de mirar el salpicadero.

Él la miró extrañado, no lograba entender su comportamiento, hasta parecía decepcionada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

Ella dudó un instante antes de hablar.

—Noemí.

—Vamos a ver, Noemí, no era mi intención secuestrarte, necesitaba mi coche. Si no estuvieras en doble fila, esto no habría pasado.

—¿Por qué te sigue la policía? —quiso saber ella—. ¿Eres un ladrón?

—Es mejor que no preguntes.

Él conducía confiado, entonces ella intentó de nuevo descontrolar el vehículo. Esta vez lo cogió desprevenido, dio un fuerte tirón del volante, provocando que Izan perdiese el control, y se saliese de la carretera.

Terminó chocando contra un árbol. El golpe fue pequeño, pero suficiente para que saltasen los airbags.

—¡Ah! —apartó el airbag ya desinflado, y la miró—. ¡Noemí! ¡Eh! ¿Estás

bien? —le tomó el pulso, y respiró aliviado—. Menos mal —solo estaba inconsciente por el golpe contra la ventanilla—. ¡Joder! —gritó enojado.

Metió marcha atrás y aceleró hasta conseguir volver a la carretera, y se dirigió a su destino, una casa confiscada por la policía. Conducía nervioso, y por más de un momento desvió la vista de la carretera para mirarla a ella.

Escondió el coche en la parte de atrás, y bajó de forma apresurada.

—¿Qué más me puede pasar hoy? —abrió la puerta del acompañante—.  
Noemí —le apartó el pelo de la cara.

—¿Qué pasa...? —balbuceó ella.

—Noemí —respiró aliviado—. Eh, ¿te encuentras bien?

—Me duele la cabeza... —dijo ella con dificultad.

—Tranquila, es por el golpe —la cargó en brazos.



## Policía corrupto

El hermano de Noemí, Dani Río, esperaba en la comisaría. Ya había puesto la denuncia pertinente, y estaba hecho un manojito de nervios.

Estaba sentado con los codos apoyados en las piernas y la mirada perdida.

—Señor Río —un hombre se acercó a él—. Soy Alfredo Jiménez, el comisario.

—Sí, soy yo —se puso en pie de un brinco—. ¿Ya saben algo? ¿Los han encontrado?

—Es cuestión de tiempo que eso ocurra. Ahora váyase a casa.

—¿Y el hombre? ¿Quién es? —preguntó Dani nervioso—. He oído que es policía.

—Sí —admitió Alfredo—. Pero usted no se preocupe, los encontraremos. No dejaremos que haga daño a su hermana, además, no tiene antecedentes de —Dani no esperó a que terminase.

—¿Cómo va a tenerlos? ¡Es un policía corrupto! —dijo Dani alterado—. Y mi hermana, no podrá defenderse. ¡Dios! Si le hace daño... —respiró hondo—. ¡Lo mataré! ¡Yo mismo lo haré! —aseguró furioso.

—Tranquilícese, señor Río, siéntese —miró a un agente—. Traiga un calmante.

Dani Río se sentó en una de las sillas, respiraba nervioso, y se preguntaba cómo podía haber ocurrido eso, cómo era posible que hubiesen secuestrado a su hermana.

Le trajeron una pastilla y se la tomó sin ni siquiera mirarla.

—Un coche lo llevará a casa, y no se preocupe. Lo mantendremos informado.

—Señor —el inspector Pedro Suárez se acercó a Alfredo, y le entregó una carpeta—. Esto es lo que tenemos hasta ahora.

—Gracias, Suárez. Venga a mi despacho.

Alfredo entró en el despacho claramente enojado.

—Puse mi confianza en ese muchacho —hojeó las pruebas—. Nunca imaginé que precisamente él, fuese el topo.

—Nadie lo podría haber imaginado, señor —afirmó el inspector Suárez—. Pero el testigo afirma que él le disparó, y apareció su arma en la casa.

—Sí, todas las pruebas lo señalan —dejó la carpeta en la mesa—. Organiza un equipo, con los mejores. ¡Quiero que lo encontréis! ¡Ya! No podemos dejar que este asunto se nos vaya de las manos.

—Sí, señor.

—Y llama a ese agente... al que Santos robó el arma.

—Sí, señor.

Alfredo volvió a repasar el dossier. «Santos... qué engañado me tenías». «Tenías el perfil de un buen policía...».

—Buenos días, señor —entró el agente Luís Mera en el despacho.

—Siéntese, y explíqueme lo que pasó.

—Sí, señor —Luís respiró hondo, y se sentó—. Señor, siento lo ocurrido, Izan, o sea, el inspector Santos, me tendió una emboscada, y me robó el arma.

—Agente Mera —habló el comisario—. Tengo entendido que usted es un excelente tirador.

—Sí, me gradué entre los primeros de mi promoción.

—¿Por qué no le disparó? Pudo detenerlo.

—No tenía un blanco claro —dijo Luís nervioso.

—¿En serio?

—Pues...

—¿Está usted mintiendo?

—Con mi debido respecto, señor comisario. No me creo esa pantomima contra el inspector —se atrevió a afirmar el agente Mera.

El comisario lo miró serio.

—Verá —prosiguió el agente—. He trabajado con él, ayer se dejó disparar para salvar a un crío. ¿Qué policía corrupto haría eso?

—Agente Mera, tenemos que remitirnos a las pruebas.

—El inspector, no solo me atacó para robarme el arma. Se encontraba perdido, quería saber qué ocurría.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el comisario.

—No sabía por qué registrábamos su casa. Me dijo que le habían tendido una trampa.

—Entonces, ¿por qué huyó?

—Está claro, no confía en nosotros, y quiere arreglarlo por su cuenta.

El comisario se quedó pensativo.

—Agente Mera, usted tiene claramente idealizado al inspector Santos, lo que me obliga a apartarlo del caso.

Luís lo miró desanimado.

—Sí, señor.

En otro lugar, Izan observaba detenidamente a Noemí, empapó algodón en desinfectante, y tocó con cuidado su frente. Lo que provocó que ella reaccionase.

—¿Qué...? —abrió despacio los ojos, y enfocó la vista—. ¡No me toques! —quiso apartarse, pero aún tenía el cuerpo dolorido, además de un fuerte dolor de cabeza.

—Tranquila —dijo Izan—. Te estoy haciendo una cura —ella se tranquilizó, y lo miró un instante—. Eso que hiciste fue una estupidez, pudimos habernos matado, y ahora el coche está destrozado —le acercó de nuevo el algodón y ella se resintió—, escuece... te diste un buen golpe contra la ventanilla.

—¿Por qué me curas? —preguntó ella de repente.

Izan la miró sobresaltado.

—Noemí, no voy a hacerte daño. Tienes que creerme, necesito que cooperes, ¿vale? Sé que es complicado, pero no tenía otra opción.

—¿Por qué te sigue la policía?

—Cuanto menos sepas mejor —cogió una tirita, y se la colocó con suavidad—. ¿Cómo estás?

Ella no contestó, simplemente desvió la mirada, entonces él puso las noticias.

—“Aquí pueden ver la foto del inspector Santos, el policía corrupto —en el televisor apareció una fotografía suya, para quedar después por detrás de la presentadora—. Es muy peligroso, y está armado. Ha disparado a un hombre inocente, y ha huido en un golf negro, llevándose con él a una joven”.

Izan apagó el televisor enojado.

Aquella reportera que veía a menudo en las noticias, y que le parecía tan hermosa, ahora le resultaba detestable por haber dicho esas cosas de él.

—Vaya... eres un policía corrupto... —dijo Noemí con una mezcla de desprecio, y decepción.

Él se puso en pie. «¿Cómo voy a resolver esto?». Caminaba por el salón, entonces se detuvo, pensativo, y se llevó las manos a la nuca.

Noemí aprovechó para sentarse sin quitarle la vista de encima, miraba el arma en la cintura de su pantalón, pero también lo observaba a él.

No había apreciado la anatomía de su secuestrador hasta ese momento, y

en esa postura le resultaba de lo más sexy. Inclino ligeramente la cabeza en un gesto involuntario, hasta que volvió a la realidad, y decidió interrumpir sus pensamientos.

—¿Qué piensas hacer conmigo?

—Ahora mismo necesito que te calles —la miró—, por favor.

—¿Vas a matarme? —insistió ella.

—¿Qué? —preguntó Izan alterado—. ¡No digas tonterías! —hablaba desesperado—. ¡Yo no he hecho nada de eso que dicen en las noticias! —señaló el televisor enojado—. ¡No he disparado a ese hombre! ¡Me han tendido una trampa!

—Sí, claro. Supongo que eso... es lo que se suele decir —dijo ella con tono sarcástico.

—Oye —se le acercó, y se relajó antes de hablar—. Te dejaría ahora mismo libre, pero no puedo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo irme, necesito otro coche —sonrió con ironía—. El tuyo se ha roto, no creo que dé para más de diez kilómetros —miró la hora—. Y ahora, vamos, tengo que hacer una llamada.

—No... eh... no puedo... no me encuentro bien —cogió aire para soltarlo muy despacio—. No puedo caminar.

—¡Joder! —soltó Izan, mientras buscaba mentalmente una solución—. Está bien, ya se lo que vamos a hacer —sacó una navaja—. Me largo.

—¿Qué haces? —preguntó ella asustada—. Si vas a matarme, prefiero que me dispaes.

Él se le quedó mirando. Por más que lo intentaba no lograba comprender el comportamiento de esa joven.

—Pero, ¡qué manía tienes! ¡No voy a matarte! —desconectó el teléfono, y cortó el cable con una navaja—. Ya que no vas a acompañarme, necesito ventaja.

—¿Vas a dejarme aquí? —preguntó alarmada.

—Sí —guardó la navaja—. Tienes una comisaría a cuatro kilómetros —miró por la ventana—. No vayas ahora, es muy tarde, puede ser peligroso. Mañana seguramente te encuentres mejor. Llegarás en una hora.

—¡No! —protestó ella—. No puedes dejarme aquí.

—¿Qué? —la miró asombrado—. ¿Es que quieres que te llame un taxi? —preguntó con tono sarcástico.

—Es que...

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo a estar sola? ¿Prefieres estar con un poli corrupto?

Ella no decía nada.

—Sabes —dijo él—. Estoy empezando a pensar que me estás vacilando. Si no quieres quedarte sola, tendrás que venir conmigo.

—No, ve tú, yo te espero aquí.

—¡Venga ya...! —la miraba estupefacto—. Arriba, vamos —ordenó ahora enojado.

—No —negaba con la cabeza.

—¡Ya está bien! —gritó Izan—. Ahora mismo vas a hacer lo que yo te diga, porque si no...

—¿Me vas a matar? —preguntó ella de nuevo.

—¡No! —gritó, y respiró hondo antes de seguir hablando—. Si no vienes conmigo tendré que amordazarte —espetó.

—Pues tendrás que hacerlo —soltó ella sin más.

Él empezó a respirar nervioso.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Estás loca? ¿Y si fuese un asesino? —preguntó él descompuesto.

Izan se encontraba fuera de sí. Sacó el arma bajo un arrebató, y le apuntó. Ella simplemente miraba el arma. Entonces, Izan se le quedó mirando, pensativo, y dijo:

—Un momento... —esbozó una corta sonrisa—. No quieres venir, pero tampoco quieres quedarte sola —razonó en voz alta—. Y apareces casualmente bloqueando mi coche... ¿Quién eres? —su gesto era serio.

—¿Qué...? —preguntó ella, con los ojos como platos.

—¡Habla! ¿Quién eres?

—Nadie... —dijo ella.

—Ya... ¡En pie! —ordenó él, pero ella ni se inmutaba—. ¡Te he dicho que te pongas en pie!

—No —negaba con la cabeza.

—¿Es que quieres que te dispare? —preguntó enojado—. ¿Crees que no seré capaz? —se acercó sin dejar de apuntarle, consiguiendo intimidarla—. Dime. ¿Cuál es el plan? ¿Mandarme a una joven hermosa para seducirme?

—El plan... —dijo ella extrañada, a la vez que gratamente sorprendida.

—No te hagas la tonta, te manda Shan. Ya le he dicho a tu jefe que no acepto sobornos —le levantó la barbilla con el arma y fijó sus ojos en ella—, y menos... de este tipo.

Ella lo miraba embobada, por un momento se olvidó de que ese hombre le apuntaba con un arma. Se sentía paralizada, por su penetrante mirada de ojos negros.

Entonces Izan la cacheó sin dejar de apuntarle, pero no encontró ningún arma, por lo que guardó la suya en la parte de atrás de la cintura.

—Ahora vamos a hacer una llamada, quiero hablar con tu jefe.

—No —negó ella de nuevo.

—¡Maldita sea! —gritó enojado, la sujetó por los hombros y la puso en pie como si nada, pero cuando la soltó ella se cayó al suelo—. ¿Qué haces? —se le echó encima—. ¿Por qué te tiras al suelo?

Ella empezó a golpearlo para deshacerse de él.

—¡No! ¡Déjame! —intentó robarle el arma, pero él rápidamente le sujetó las muñecas con una mano, y con la otra le apuntó en la frente.

—¡Quieta! —ordenó él.

—Dispara —pidió Noemí.

Él la miró extrañado.

—¿Quieres que te mate? —preguntó enojado.

—Sí... —balbuceó ella—. ¡Sí! —afirmó ahora con seguridad.

Izan tragó saliva, la miraba frustrado.

—Oye, puedo ofrecerte un trato, Shan no podrá encontrarte, si —ella lo interrumpió.

—No —negó con la cabeza, hablaba segura, pero su mirada no podía ocultar el miedo que estaba sintiendo—. No quiero tratos. Quiero que me mates —sentenció ella, y esperó a que él hiciese algo, pero no reaccionaba—. ¿Por qué no disparas? —preguntó desesperada—. ¡Mátame! —gritó.

Izan guardó el arma, y cogió aire para poder hablar.

—No, no voy a dispararte, puedo ayudarte, en serio, te lo juro —le soltó las muñecas—. Cogemos a Shan, y a los demás.

—¡Mierda! ¡No sé quién es ese Shan! Yo... solo quiero que me mates —se tapó la cara con las manos, y sus ojos se humedecieron.

—¿Pero...? —dijo Izan traspuesto—. No entiendo...

—¡Solo quiero que dispires de una vez! —se limpió las lágrimas, y se le quedó mirando—. Por favor.

—¿Por qué...? —preguntó desolado—. Eres joven, y... hermosa... ¿Por qué quieres morir?

—¡Porque no puedo ponerme en pie! —gritó ella con lágrimas en los ojos—. ¡Aunque quisiera! ¡No puedo! —se echó a llorar.

—¡Dios mío! —exclamó Izan mientras se ponía en pie.

—Soy una inútil, y estúpida, lisiada.

Noemí se incorporó, y se quedó sentada en el suelo. Izan la miraba descompuesto.

—Noemí, lo siento —se acercó para ayudarla—, en serio, lo siento mucho.

—¡No! —gritó ella—. ¡No me toques! ¡Ahora vas a compadecerte de mí!  
—hablaba desesperada—. ¡Como todos!

—¡Joder!

Izan se fue directo a la cocina. «¡Joder!». «¿Qué he hecho?». «He apuntado a una mujer inocente...». «La he secuestrado, amenazado, y le he apuntado...».

Se quedó pensativo. De repente todo tenía sentido. «Por eso no me aparté el coche... ni quería bajarse». Apoyó las manos en la mesa de la cocina, y respiró hondo. «Por Dios, la he amenazado con amordazarla». Se pasó ambas manos por el pelo, y respiró hondo. «Quería que la matase...».

Se sentó, y resopló. «Que mierda. Me pregunto si puedo caer más bajo». «¿Y ahora qué hago?». De repente otro pensamiento invadió su mente. «Me... me necesita para todo...».

En el salón, Noemí había dejado de llorar, y repasaba lo ocurrido. «Ha dicho que soy hermosa...». Por un momento sonrió. «Y creía que iba a seducirlo...». Su sonrisa se borró poco a poco, para convertirse en tristeza. «Pero eso fue antes de saber lo que soy...».

En ese momento volvió Izan, se miraron un instante, él no lo dudó, se agachó junto a ella y la cogió en brazos para dejarla en el sofá. Ella no protestó, dejó que la sentase, y él se sentó en el sofá de enfrente.

—Noemí, siento lo ocurrido —ella lo miraba atentamente—. Estaba muy nervioso —soltó aire—. Creí que... bueno, ya pudiste darte cuenta. Perdóname, no debí amenazarte, y menos haberte apuntado. Si me hubieses dicho lo que pasaba, yo no habría —ella lo interrumpió.

—Lo sé. De saberlo no habrías cargado con una lisiada, que solo es un estorbo —sentenció.

Él se le quedó mirando.

—No, no puedes hablar así de ti misma.

—¡Cállate! —espetó ella—. No me vengas con el rollo de la autocompasión. Ya me lo conozco —hablaba enojada—. ¡No sabes lo que es esto! Todo el mundo me dice lo mismo, pero yo —se señaló a sí misma—, yo

soy la que no puede caminar —sonrió sarcásticamente—. Seguro que ahora ya no te parezco hermosa.

Él la miraba abatido.

—Y ahora —siguió hablando ella—. Ve a hacer esa llamada. No voy a moverme de aquí —se cruzó de brazos, y miró a su derecha. Estaba muy enojada.

Izan la miraba, respiró hondo, y dijo:

—Tienes razón —ella lo miró sorprendida—. En lo de que es muy fácil hablar, cuando es otro el que tiene el problema.

—Ya —respiró hondo.

—Y... —prosiguió Izan—. Quería decirte algo.

—¿Qué? —preguntó ella aún enojada.

—Pues... —la miraba fijamente—. Cualquier cosa que necesites, me lo dices. ¿Vale?

Ella se le quedó mirando, y al instante sus mejillas se sonrojaron.

—Noemí —intervino él—. No sientas vergüenza. Yo soy policía, estoy acostumbrado a ayudar a la gente.

—Pues... necesito ir al baño —sus mejillas tornaron del rosado al rojo vivo en un momento—. Pero... no sé.

—Tranquila, yo te llevo, y tú me explicas...

La cargó en brazos como si nada, y la llevó al baño. Pero cuando entraron se quedó bloqueado. «Vaya lío en que me he metido». «¿Cómo se hará esto?».

—Me... —habló ella—. Esto... yo te abrazo, y tú me...

—Yo te siento —se apresuró a suponer.

—Sí, pero también necesito que me bajes la ropa.

—La ropa... claro... —concluyó él.

Le bajó las mallas, y la braga, casi sin tocarla, pero aun así podía notar sus caderas. «¡Oh! Que suave». Cerró los ojos. «Izan. Céntrate. Tienes demasiados problemas como para andar pensando en esas cosas».

Mientras ella, lo abrazaba fuerte para no caerse. «Qué vergüenza». «Me tiene que bajar la ropa un desconocido...».

Izan la sentó, e inmediatamente le dio la espalda.

—Te llamo cuando termine —indicó ella.

—Sí, espero fuera —salió como un rayo, y se apoyó contra la pared.

Resopló, y cerró los ojos. «Tengo que arreglar esto cuanto antes».

—¡Ya he terminado! —dijo ella desde el baño.



Cuando volvieron al salón, la sentó, y encendió el televisor. Esta vez hablaba el hermano de Noemí, Dani. Y se veía furioso.

—“Noemí, no te preocupes, te encontraremos. Y advierto a quien te tiene retenida que como se atreva a hacerte daño, se las verá conmigo. ¡Te voy a matar, tío! —en ese momento intervino la reportera para tranquilizarlo”.

—“Ya lo han oído —comentó la reportera—. Inspector Santos, si estás escuchando esto, entrégate, y deja libre a esa pobre muchacha minusválida”.

—¡Apágalo! —ordenó Noemí enojada—. Me ha llamado pobre muchacha minusválida.

Izan permanecía pensativo, ni siquiera la había escuchado, entonces apagó el televisor, y la miró.

—¿Quién es ese con el que me las voy a ver? —preguntó molesto—. ¿Es tu novio?

—No, yo no tengo novio —pronunció esas palabras como si fuese algo evidente—. Es mi hermano.

—Tu hermano... claro, supongo que yo actuaría igual.

—Él no es agresivo, es una buena persona —explicó Noemí.

—No te preocupes, pronto te llevaré con él —miro el reloj—. Tendrás hambre... voy a preparar algo de cenar —se fue a la cocina.

Media hora después, Izan llegó al salón con la cena en una bandeja, había hecho una sopa con bastante condimento.

—Espero que te guste, no soy buen cocinero.

—No te preocupes, inspector Santos —dijo ella.

Él sonrió de repente mientras se rascaba la nuca.

—Soy un maleducado, no me he presentado. Izan, llámame Izan.

Él se puso a comer, y la miró.

—Mañana sin falta, voy a arreglar esto. Te dejaré en un hospital, hay uno a cinco kilómetros de aquí.

Ella lo miró un instante, parecía desilusionada.

—Gracias —dijo no muy convencida.

—¿Te pasa algo? —preguntó él—. ¿Hay algún problema?

—No.

—Vale, voy entonces a prepararte un cuarto.

Izan se fue, y ella se quedó pensativa. «Qué pronto quiere deshacerse de mí». «Me he convertido en un estorbo».

De repente centró la vista, y vio el arma de Izan en la silla donde había estado sentado. «¡Se le ha caído el arma!». La miraba con los ojos como platos.

Se acercó con cuidado por el sofá, y alcanzó la silla. «Vaya...». La cogió y la empuñó. «Esta sería la solución a mis problemas».

La observaba atentamente, cuando entró Izan en el salón.

—¿Qué haces? ¡Dámela! —él se acercó, pero ella le apuntó—. Tranquila —puso las manos en alto—. Anda, baja el arma —dio un pequeño paso hacia ella.

—¡No te acerques! —de repente se apuntó en la sien.

—¡No! —Izan tendió las manos hacia ella—. Noemí, dame el arma.

—¡No quiero vivir así! —gritó ella.

—Por favor, no lo hagas —suplicó Izan—. Piensa en tu hermano.

—Si me mato, le sacaré un peso de encima —contestó ella.

Cerró los ojos e intentó apretar el gatillo.

—¡No! Noemí, por favor —suplicó de nuevo consiguiendo que ella lo mirase sin apartar el arma de su cabeza—. Si haces eso le harás daño, le romperás el corazón. Se nota que te quiere mucho —ella lo intentó de nuevo—. ¡Eh! ¡No! ¡No! ¡Mírame! —ella fijó sus ojos húmedos en él—. Mírame —se acercó lentamente hasta arrodillarse delante de ella—. Tranquila, dame el arma, por favor.

Ella hizo un último esfuerzo por disparar, pero no fue capaz. Bajó el arma, e Izan se apresuró a quitársela de las manos.

—No puedo... —se echó a llorar desconsoladamente.

Él no dudó un instante, se incorporó para sentarla en su regazo y abrazarla suavemente.

Le acariciaba el pelo, mientras ella lloraba. Estuvieron unos minutos así, sin decirse nada, hasta que ella rompió el silencio.

—Perdóname —dijo de repente—. Izan, siento haberme comportado como una estúpida.

—¿Qué? —preguntó él abrumado—. ¡No!

—Tú tienes tus problemas, y yo... llevo todo el día provocándote. Quería que me matases, porque yo no soy capaz.

—Por favor, no digas eso. Me angustia que quieras morir —respiró hondo—. Tranquila, todo se va a arreglar —se puso en pie con ella en brazos—. Ahora necesitas descansar.

Ella lo miró un momento, cerró los ojos y lo abrazó fuerte. A pesar de ser

un desconocido se sentía bien con él.

## Sandra Moreno

Dani Río entró de nuevo en la comisaría. Miraba al fondo buscando a alguien, cuando se le presentó una joven.

Él se le quedó mirando, era muy alta, delgada, con el pelo moreno, y ojos azules. Y no pudo evitar apreciar lo corta que era su falda.

—¿Señor Río? —preguntó ella.

—Sí, me han llamado para hablar con el señor Moreno, el detective que lleva el caso de mi hermana.

—Sí, venga conmigo.

Lo llevó hasta una mesa, y ella se sentó enfrente. Entonces él se fijó en la placa.

—Detective Sandra Moreno —leyó él en alto, y luego la miró—. Es una mujer.

—Muy buena apreciación, señor Río —espetó ella manteniendo la serenidad en todo momento.

—Creí que sería un hombre... o sea, entendí mal.

—¿Le supone algún problema mi género? —preguntó Sandra desafiante.

—No, claro que no, eso no tiene ninguna importancia, solo quiero saber si han evolucionado en el caso, ¿se sabe algo de mi hermana?

—Por ahora no han salido de la ciudad, pero sospechamos que pronto la dejará en libertad, por su minusvalía.

—Sí, Noemí no puede mover las piernas. Pero. ¿Por qué dice eso? —preguntó él.

—Para el señor Santos su hermana va a ser una carga. Además, no era su intención secuestrarla —explicó Sandra.

—¿Qué quiere decir?

—Usted tenía el coche aparcado en doble fila, impidiendo al señor Santos sacar el suyo.

—Lo sé. Pero, solo paré un momento para comprar algo —explicó él nervioso.

—El tiempo necesario para que el señor Santos llegase, y no pudiera coger su coche.

—Es decir que... si hubiera parado unos metros antes esto no hubiera ocurrido —concluyó Dani.

—Exacto, por eso creo que él pronto intentará deshacerse de ella.  
—¿Qué quieres decir con deshacerse? —preguntó él sobresaltado.  
—Tranquílcese, lo más seguro es que la deje en algún sitio, y llame más tarde para que alguien la recoja. En un sitio público, un hospital, por ejemplo.  
—¿Está segura de lo que dice?  
—Es lo más lógico —cogió en su bolso una tarjeta—. Ahora váyase a casa, y llámeme si recuerda algo que le parezca sospechoso. Cualquier cosa.  
—Está bien, gracias, señora Moreno.

Dani se fue, y Sandra abrió de nuevo el dossier. «¿Qué te pasó Izan?». «Tú no eres así». Miró los documentos, pero no encontraba indicios de falsedad. «Es imposible».

—Hola Sandra —se le sentó enfrente el inspector Suárez.  
Ella alzó la vista mientras cerraba la carpeta.  
—Hola, inspector Suárez.  
—Vamos a trabajar juntos en el caso, yo llevo la búsqueda.  
—Bien, me estoy poniendo al día —explicó ella.  
—Aún no me lo creo, el inspector Santos, un policía corrupto —miró al suelo—. Y un secuestrador.  
—¿Teníais mucha relación? —preguntó ella.  
—Pues... —dudó antes de contestar—, lo normal, salir por ahí alguna vez con la pandilla —ella lo miraba desconfiada por el tono de su voz.  
—¿Estás seguro? Tengo entendido que los dos aspiráis a un ascenso.  
—Veo que eres buena —sonrió—. Es cierto, Izan y yo no somos lo que se dice amigos, competimos por el mismo puesto, pero yo soy un buen policía, y eso no me va a restar profesionalidad.  
—Eso espero —afirmó ella serena—, y ahora quisiera hablar con su equipo —pidió ella.  
—Sí, claro —miró a su derecha—. Agente Mera, ven un momento.  
—Dime —dijo él al acercarse, no sin antes mirar a Sandra.  
—Ella es la detective Sandra Moreno, lleva el caso del inspector Santos. Quiere haceros unas preguntas.  
Sandra Moreno lanzó una mirada al inspector Suárez para que los dejase solos.  
—Me voy —dijo el inspector.  
—Agente Luís Mera, siéntese —dijo ella mientras buscaba su ficha—. Me consta que lo han apartado del caso.

—Sí —admitió.

—¿Por qué? —preguntó directamente Sandra.

—Porque no soy imparcial —explicó con tono sereno—. El inspector Santos es el mejor policía que he conocido. Estoy convencido de que esto es una trampa.

Sandra lo miró un momento, estudió sus movimientos, y su expresión, para luego anotar en su libreta y volver a coger la ficha del agente.

—Veo que se ha licenciado usted entre los mejores tiradores de su promoción.

—Sí.

—¿Cómo es posible que no fuese capaz de dispararle?

—No había un blanco claro —explicó Mera.

—¿Está seguro? —preguntó la detective sin miramientos ante la expresión dudosa del agente.

Él tardó un momento en contestar.

—Había gente... —ella lo miraba fijamente—. Está bien, no pude —admitió—. Hubiera podido herirlo, pero no fui capaz de apretar el gatillo.

Ella anotó en su libreta, para pasar a la siguiente pregunta:

—Dígame. ¿Le robó el arma, o se la entregó usted?

—Me la robó él —contestó alterado—, me cogió desprevenido —ella lo miraba con desconfianza—. No estoy mintiendo.

—Bien, ya puede irse.

Cerró la libreta, y la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Un momento, detective Moreno —intervino el agente—. Anote esto en su libreta.

Ella la cogió de nuevo.

—Dígame, agente Mera.

—El inspector Santos solo quería saber qué estaba pasando. No tenía ni idea de por qué registrábamos su casa.

Ella lo escuchaba atentamente, mientras anotaba en su block.

—¿Puedo decirle algo? —preguntó él.

—Sí, claro.

—Izan es muy bueno, ya lo habíamos perdido cuando estaba despegando el helicóptero. Será mejor que se esfuerce en demostrar que esto es una trampa, y buscar al verdadero culpable.

Ella lo miró un instante antes de hablar.

—Gracias, agente Mera. Puede irse.

Sandra fue hasta la máquina del café, y media comisaría pareció detenerse a su paso. No pasaba desapercibida, ni por su estatura ni por su forma de vestir. Su corta falda estilizaba su figura, y no dudaba en usar zapatos de tacón, alto y fino.

Se dio la vuelta, y los miró altanera.

—Vuelvan al trabajo, chicos. Tenemos que pillar a un poli corrupto.

Los miró detenidamente mientras lo decía, y se fue sin más.

—Dicen que esa mujer puede leer la mente —dijo discretamente un policía a otro.

—No lo creo, me hubiera tirado el café por encima.

—No hay café suficiente para todos.

—¡Señores! Vuelvan al trabajo —irrumpió el inspector Suárez.

Sandra se encontraba delante del hospital donde estaba ingresado el testigo.

—Buenos días, quiero hablar con Santiago Noya —pidió al auxiliar que se encontraba tras el mostrador.

—Necesita un pase, no puede subir sin autorización —advirtió el auxiliar.

Ella sacó la placa, y se la enseñó.

—¿Le sirve este?

—Sí, claro —consultó el ordenador—. Está en la habitación 204.

—Gracias.

Sandra se plantó delante de los dos policías que vigilaban el cuarto.

—Buenas tardes, señores.

—Hola... —dijo uno de ellos sonriente.

Pero el compañero rápidamente intervino.

—Detective Moreno, pase.

Ella entró en el cuarto, cogió una silla, y se sentó al lado del hombre.

—Buenas tardes.

El hombre la miró de arriba abajo, y arqueó una ceja.

—¿Te has perdido? Nena.

—Soy la detective Sandra Moreno, llevo el caso del inspector Santos, el hombre que le disparó. Cuénteme qué ocurrió.

El señor Noya de repente se sintió incómodo.

—Pero, ya he hablado con los otros policías —protestó—, ¿cuántas veces

tengo que repetir lo mismo?

—Estoy repasando la declaración. Por favor, cuéntemelo todo, desde el principio —insistió ella.

—Está bien —respiró hondo antes de continuar—, ese hombre irrumpió en mi casa, forcejeamos, y —Sandra lo interrumpió.

—¿Irrumpió? —dijo mientras ojeaba las fotos de la escena del crimen.

—Bueno, quiero decir que... llamó a la puerta, se identificó.

—¿Quién le dijo que era? —preguntó ella nuevamente.

—Pues, no sé, creo que dijo que era policía, no recuerdo si me dijo su nombre, y que tenía que hacerme unas preguntas.

Ella anotaba la declaración en su libreta.

—Siga —pidió Sandra.

—Pues... de repente me empujó y forcejeamos, entonces me disparó en la pierna, y luego me golpeó en la cara. Estaba loco, quería matarme —aseguró nervioso.

—Dígame, ¿qué fue lo que se lo impidió? —preguntó Sandra directamente.

—Pues, le supliqué que no lo hiciera, y... llegaron los vecinos.

—¿Y se fue sin más? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y el arma? ¿Cómo la perdió?

—Eso no lo recuerdo señora, después de llamar a la policía solo sé que me desmayé.

Ella guardó la libreta en su bolsillo, como hacía habitualmente. Entonces cerró la carpeta, y lo miró.

—Gracias. Ha sido de gran ayuda.

—¿Ya se va?

—Sí, y si recuerda algo, póngase en contacto conmigo.

Le entregó una tarjeta, y tal como vino se fue.

En otro lugar, un almacén supuestamente abandonado, Shan se había reunido con su banda.

Caminaba de un lugar a otro mientras conversaba a través del móvil.

—¿Cómo pudo ocurrir eso? ¡Teníais que haberlo matado! ¡Ahora tenemos a un poli cabreado detrás de nosotros! —escuchó—. ¡Ese tipo no parará, nos va a hacer la puñeta! —la persona con la que hablaba lo interrumpió—. El



problema es tuyo, si quieres que lo arregle tendré que descontártelo — escuchó de nuevo, esta vez por más tiempo—. Bien.

Colgó y miró a los demás.

—Tendremos que ocuparnos nosotros del inspector cojonero. Los encontraremos antes que la poli, matamos a la chica, y se lo cargamos a él.

—¿A la lisiada? —preguntó Tomás.

—Sí —contestó Shan sonriente—. Cuando pienso en la mala pata del inspector, me da la risa.

—Es cierto —dijo otro de los hombres—, no pudo sacar su coche, y aún encima se llevó con él a una lisiada.

Los demás sonrieron, hasta que miraron el serio rostro de Shan.

—¿Estamos de broma o trabajando?

Se hizo un silencio que rompió Shan.

—El inspector Izan Santos —prosiguió—, es un hombre intachable, en su expediente no hay ni una sola mancha. Es un hombre de honor, prefiere la muerte a vender su alma... Hará lo que sea por proteger a esa joven inocente, y desvalida, que sin buscarlo, se ha cruzado en su camino... En este momento, ella es su debilidad... —se quedó pensativo, los demás lo miraban sin palabras. Entonces centró la vista en el grupo, y cambió el tono de voz—. Lo más lógico es que intente dejarla en un lugar público, comisarías descartadas, claro. Tiene que hacerlo en un hospital, es el único lugar donde no llamará la atención llevando a una minusválida. Aunque..., es demasiado obvio.

Shan pensaba lugares propicios para dejarla, mientras Tomás preparaba las armas.

Entonces miró a Pedro, su especialidad era el franqueamiento de sistemas de seguridad, y el espionaje cibernético.

—Pedro, me vas a hacer una búsqueda de los lugares propicios.

—Sí —cogió su portátil, y se puso a ello.

—Oye, Shan —habló Tomás—. ¿No podemos quedarnos a la lisiada un tiempcito? —preguntó con gesto lascivo.

—Tomás, deberías pensar más con la cabeza de arriba. ¿Para qué quieres una lisiada?

—Me da morbo, tío.

De repente Shan, cogió una navaja, llevó a Tomás hasta la pared, y se la puso en el cuello.

—Yo he jurado un código de honor. No se hace más daño del

estrictamente necesario. Y mucho menos, a una persona indefensa. ¿Lo has entendido?

—Sí, jefe. Tranquilo, no le tocaré un pelo a la lisiada —dijo Tomás nervioso.

Shan lo miraba desconfiado.

—Te lo juro, Shan, no la tocaré.

—Bien —Shan lo soltó.

## No fue un sueño

Noemí se despertó al día siguiente. Se frotó los ojos, y se pasó la mano por el pelo. Fijó su vista en el techo y repasó el día anterior, mientras tapaba su boca para bostezar abiertamente.

—Vaya, no fue un sueño... —pensó en voz alta.

—Una pesadilla, querrás decir —puntualizó Izan.

Ella se sobresaltó, y se incorporó. Entonces se le quedó mirando boquiabierto. Él estaba sentado y llevaba un traje negro con camisa blanca.

—Llevas traje... —dijo ella sorprendida.

—Es lo único que hay en esta casa. También he buscado algo para ti.

Dejó un montón de prospectos en la mesita, y se acercó.

—¿Cómo estás? —preguntó mientras le colocaba la almohada.

—Mejor.

—Voy a sentarte, ¿vale? —la cogió por debajo de los brazos, y la sentó más atrás—. ¿Así estás cómoda?

Por un momento se miraron, entonces él bajó la mirada, y cogió la bandeja del desayuno.

—Sí —admitió ella—. Estoy bien, gracias —soltó aire—. Oye... Perdona por el... numerito de ayer.

—¿Qué? —preguntó Izan sorprendido—. No, no —negaba con la cabeza—. Soy yo el que tiene que pedir perdón. Te secuestré, y... te... —resopló—. ¡Joder! Te apunté... creía que...

—Que me habían enviado para seducirte, y matarte —concluyó Noemí.

Se miraron de nuevo por un instante.

—Sí —admitió Izan sonriente mientras se rascaba la cabeza.

—¿Esta casa es tuya? —preguntó ella cambiando de tema.

—¡Qué va! Esto no lo paga un sueldo de inspector —sonrió—. Dudo que pague este traje. Esto, es el fin de semana de un narco y sus amantes.

—¿Son amigos tuyos?

—¡No! Yo soy policía —protestó Izan—. O por lo menos lo era hasta ayer. Los dueños de esta casa huyeron del país cuando los descubrimos —soltó aire para seguir hablando, y miró la hora—. Bueno, esto... eh... supongo que necesitarás bañarte...

Ella se le quedó mirando, sin habla, de nuevo la inundaba la vergüenza.

—Noemí, tranquila —continuó Izan—. Mira, he estudiado los pasos hasta el baño. Puedo llevarte con los ojos cerrados.

De repente la expresión de Noemí cambió, y una pícara sonrisa se asomó a sus labios.

—Vaya... una sonrisa —dijo Izan fascinado.

—Es que, es gracioso —empezó a quitarse la ropa, y él se dio la vuelta—. Con todos los problemas que tienes, y te pones a contar los pasos para no verme desnuda.

Él sonrió, se quitó la chaqueta, y remangó la camisa.

—Tú no tienes la culpa de mis problemas, yo te metí en esto, y... no quiero que te afecte. ¿Sabes?

—Sí, te entiendo.

—De hecho, te llevaré al hospital, y después... cada uno seguirá con su vida. Conmigo corres peligro.

Ella lo miraba pensativa.

—Ya estoy.

Él cerró los ojos, se dio la vuelta, y tendió las manos hacia ella. Noemí se quedó un momento mirándolo. «¡Qué guapo es...!». «Qué bien le sienta el traje». Entonces cuando fue capaz de reaccionar, cogió su mano derecha y la llevó hasta sus rodillas, y luego pasó su brazo por sus hombros.

Izan la cargó. Estaba desnuda en brazos de un desconocido, de un hombre que la había raptado, pero no sentía miedo, con solo mirarlo sabía que nunca le haría daño. Entonces se aferró a él en un suave abrazo.

Él respiró hondo. «Ahora, doce pasos a la derecha». Pensó. «¡Uf!». «Izan, céntrate, no abras los ojos». «Pero... ¿cómo he llegado a esta situación?».

Ella lo miraba curiosa. «¿Si le hablo perderá la cuenta?».

—Izan, cuidado.

—¿Qué? —abrió los ojos un instante, se situó, y volvió a cerrarlos—. Tranquila, no voy a tropezar.

—Izan.

—Noemí —esta vez se detuvo con los ojos cerrados—. Si me hablas, me voy a despistar y... o sea... soy un hombre, no soy de piedra. ¿Vale?

Ella sonrió con picardía.

—Es que... —insistió ella.

—Dime —habló él, con paciencia.

—¿Tú crees que podrías... hacerme un favor?

—Claro, ¿cuál? —contestó él con naturalidad.

—Pues... eso... —Noemí apretó los labios antes de atreverse a hablar de nuevo—, un favor.

Él abrió de repente los ojos, y la miró perturbado.

—Noemí, ¿qué intentas decirme?

Se miraban fijamente, él tenía que esforzarse para no bajar la vista, y ella cogió aire y lo soltó muy despacio, de repente su corazón iba a cien por hora. Se mordió un instante el labio inferior, y consiguió responder a su pregunta:

—Hace tanto... que no estoy con un hombre —hizo una breve pausa—. Y... dijiste que soy hermosa.

Sin querer la miró, y empezó a ponerse nervioso. Ya no sabía qué hacer. Si ir hacia el baño, o dejarla en la cama.

Miró al techo, soltó aire muy despacio, para luego mirarla a los ojos.

—Noemí —intentaba no bajar la mirada—. ¿Tú, tú te estás oyendo? ¿Me estas pidiendo...? Me... me están buscando. O sea, no puedo hacer eso... ¿Se te ha olvidado que soy un fugitivo? Un policía corrupto —ella decidió interrumpirlo.

—Izan, eres cualquier cosa menos eso, eres el hombre más honesto que he conocido. Y dentro de unas horas, ya no volveremos a vernos...

Él la miraba bloqueado.

—Pero... Noemí —hablaba abrumado—. Eso no estaría bien. ¡Te he secuestrado! ¿Quieres que además me aproveche de ti?

—¿Por qué crees que el que se aprovecha eres tú?

Él no pudo evitar soltar una suave sonrisa.

—Noemí... —iba a hablar, pero ella le puso un dedo en los labios.

—Perdóname, no tengo derecho a pedirte algo así. ¡Oh Dios mío! ¿Estás casado? —preguntó alarmada.

—No, no tengo pareja —explicó él inconscientemente.

La miró un momento, y siguió hacia el baño, pero se detuvo en la entrada. Cerró los ojos, y respiró hondo. Entonces clavó su mirada en la de ella, para acercarse lentamente, y besarla con timidez, pero el contacto con sus carnosos labios despertó en él la pasión, y el beso se convirtió en sensual.

—¡Uf! —exclamó él al separarse—. Esto está muy mal. Me siento como un auténtico sinvergüenza.

—Izan —dijo ella con una traviesa sonrisa—. Esto es lo más emocionante que me ha pasado desde... —cogió aire—, no recuerdo desde cuándo.

No lo dudó más, la besó apasionadamente y la llevó hasta la cama.

La tumbó, y se le echó encima. Se besaban mientras ella le abría la camisa.

—Vaya... —dijo ella sorprendida cuando pudo contemplar su torso—. ¡Qué bueno estás! —tocó con timidez su pecho, entonces él le sujetó la mano y la deslizó por su cuerpo hasta llegar al estómago, mientras la miraba de forma sugerente.

—Puedes tocar todo lo que quieras —soltó con picardía.

A Izan le gustaba cuidarse, hacía deporte a diario, y practicaba artes marciales, lo que lo convertía en un hombre, físicamente, muy atractivo.

Él sonrió y la besó, y ella aprovechaba para tocar su pecho, y sus fuertes brazos.

Se besaban apasionadamente, entonces él empezó a bajar por su cuello.

—Eres muy hermosa —le apretó un seno, y le pasó la lengua por el pezón.

—¡Oh! —suspiró ella.

—¿Te gusta?

—Sí —admitió—. Sigue.

Él sonrió, y empezó a bajar por su vientre, deteniéndose unos instantes en su ombligo.

Siguió bajando, le dobló una pierna, y empezó a estimular su clítoris con la lengua.

—¡Oh! —exclamó Noemí.

Le introdujo un dedo en la vagina, y se dedicó a moverlo, mientras lamía su clítoris excitado.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó ella llevándose las manos a la cabeza.

Entonces, la sujetó por las piernas, y la colocó a través de la cama. Luego se puso en pie, y la miró mientras se quitaba la ropa.

Ella pudo contemplarlo en todo su esplendor, mientras él cogía el preservativo en su cartera.

Se le echó encima, y la miró fijamente. Nunca había hecho el amor de esa forma, se sentía un poco inquieto, y la vez no podía evitar admitir que la idea le excitaba sobremanera.

La penetró con suavidad, como pidiendo permiso, pero entonces notó lo excitada que estaba y se adentró de golpe dentro de ella.

—¡Oh! —gimió Noemí—. Inspector... —se miraron, y ella sonrió pícaramente—. ¿Siempre llevas un preservativo en la cartera? —preguntó con la respiración agitada.

—Sí, soy un hombre de costumbres raras —sonrió, para empezar a moverse despacio dentro de ella—. Suelo llevar el chaleco antibalas por debajo de la ropa.

—¿Ah sí? —preguntó ella entre suspiros—. ¿Qué más?

—Aparco el coche dos calles más abajo de mi casa, y.... llevo siempre uno de estos, por si una hermosa joven me pide un favor.

Ella sonrió, y él empezó a moverse con rapidez, provocando que ambos gimiesen de placer. Y cuando estaba a punto de irse, la sujetó y se dio la vuelta quedando él por debajo.

—Izan... Yo no puedo hacerlo así.

—Sí que puedes —él mismo le dobló las piernas haciendo que quedase de rodillas, le pasó un brazo por la cintura, y la poseyó de nuevo.

Con la mano que le quedaba libre le sujetó la mandíbula, y la besó apasionadamente.

Cuando la soltó, ella recuperó el aliento. Él la miró, y sonrió mientras cogía aire.

—¿Te gusta? —preguntó él con tono sugerente.

—Sí —afirmó ella, mientras se acercaba para hablarle al oído—. ¿Me sujetas el pelo, y... me das un azote?

—¡Joder! —soltó él sorprendido—. Faltaría más.

Le sujetó el pelo con cuidado. Y le apretó una nalga, para acto seguido darle un suave azote.

—¡Oh! —suspiró ella.

Le dio dos más, mientras se movía dentro de ella lo más rápido posible, hasta que no pudo más.

—¡Oh! —gimió él. Extendió los brazos en la cama, y cogió aire.

Ella cayó exhausta sobre su pecho.

—Noemí, ¡me lo he pasado bomba! —dijo entre suspiros.

—Yo también. Gracias, Izan.

—¡Eh! —se incorporó con ella aún encima—. No me des las gracias por algo que disfrutamos los dos.

Le pasó el dedo pulgar por los labios, y la besó de forma sensual. Sus labios ardían de pasión.

—Eres preciosa, Noemí.

Ella sonrió.

Casi una hora después, ella esperaba sentada en la cama. Llevaba un vestido ligeramente ceñido, de color azul oscuro, el cual, no llegaba a cubrirle las rodillas.

Pero tenía una sensación agrídulce.

Entonces entró Izan, de nuevo vestido de traje.

—Ya tengo todo listo —dijo él.

—Izan, no tengo zapatos.

—Pero aquí solo hay de tacón fino —ella sonrió—. ¡Ah! Claro. ¡Qué tonto soy!

Volvió en un momento con unas sandalias color azul, con tacón muy alto, y muy fino.

Ella sonrió mientras él se las ponía.

—Pareces un príncipe —él soltó una larga sonrisa.

—Vamos —la cogió en brazos, y la llevó al salón.

Noemí se veía radiante, pero su gesto cambió de repente. Se convirtió al instante, en desesperación.

—Izan. ¿Has...?

—¿Qué pasa? —preguntó él extrañado.

—La silla.

—Sí, fui anoche. Traje la silla, y un montón de medicamentos, que la verdad —no pudo seguir hablando, ya que ella lo interrumpió.

—¡No! ¡No la quiero! ¡No quiero sentarme ahí! —hablaba disgustada.

—Vale, vale, tranquila —la sentó en el sofá.

Ella respiró hondo para relajarse.

—¿Tu hermano carga contigo a todas partes? —preguntó él.

—No —miró al suelo—. No fui capaz de salir de casa hasta ayer —confesó ella—. La primera vez que vi la silla intenté suicidarme, con pastillas —Izan se aseguró de tener el arma—. Desde entonces está en la maleta del coche.

—Vaya... —se rascó la frente—. Bueno pues... ¡Uf! —se quedó pensativo—. Tendré que... nada.

—¿Qué pasa?

—No importa, no es nada.

—Anda, dime, ¿qué pasa? —preguntó ella intrigada.

—Pues... yo... tenía pensado pedirte un favor —ella lo miró extrañada, y él sonrió—. ¡No! —contestó él rápidamente—. No es eso.

—¿Qué es entonces? —insistió Noemí.

—Nada, no importa —contestó pensativo.

—Izan —esperó a que él la mirase—. ¿Qué es lo que necesitas?

—Pues... un móvil... limpio. El mío se lo ha quedado una banda de narcos, y el tuyo estará rastreado. Pero no te preocupes, ya se me ocurrirá



algo. Además, tendrías que robarlo, como la silla es metálica... no iban a sospechar de ti —resopló—. Olvídalo, no puedo pedirte eso. ¿En qué estaría pensando?

—Lo haré —él se le quedó mirando—. Sí, no me importa. Te conseguiré ese móvil.

## ¿Dónde están?

El inspector Suárez se acercó a la sala de investigación.

—¿Cómo vais? ¿Tenéis alguna pista? ¿Algo del móvil de la chica?

—No, sigue desconectado —contestó un agente.

—¿Y los hoteles?

—Nada, habrá usado un nombre falso, no ha usado la tarjeta, y no aparece en ninguna cámara. Es como si se los hubiese tragado la tierra.

—Es policía... sabe todos los pasos a seguir para ocultarse sin dejar rastro —se quedó pensativo—, seguir buscando, no han salido de la ciudad, y en algún momento tiene que descuidarse, todo el mundo comete errores.

De la sala de investigación se fue directamente a la de reuniones, donde lo esperaba su equipo de policías, junto con la detective Moreno.

Una vez allí observó el tablón de pruebas, un corcho que contenía la investigación. En el centro estaba situada la foto de Izan, y alrededor de él todas las pruebas encontradas, y también la foto de Noemí.

—Buenos días, señores, y señora. Bien, nos enfrentamos a un caso complicado —señaló la foto de Izan—. Este no es un hombre cualquiera, como ya todos sabéis, es el inspector Izan Santos, de esta comisaría. Los que habéis trabajado con él, sabréis que no va a ser fácil encontrarlo. Conoce de primera mano cómo funcionamos —resopló—. Lo que nos lleva a considerarla a ella, Noemí Río —señaló su foto—, como nuestra máxima prioridad. Por su minusvalía, para el inspector Santos es una carga. Intentará dejarla en libertad.

—¿Y si ya se ha deshecho de ella? —preguntó uno de los policías.

Pedro Suárez se le quedó mirando, antes de continuar con su discurso:

—Por lo de pronto todas las pruebas indican que es un policía corrupto, no un asesino —hizo una breve pausa—. Lo más lógico es que la deje en un lugar público, y masificado, donde pueda pasar desapercibido. Un centro comercial, por ejemplo.

—Un hospital —intervino Sandra—, sería lo lógico.

—Buen apunte, señora Moreno. Pero él, es policía, sabe que es el primer lugar donde nosotros lo esperaríamos.

—Es cierto —admitió Sandra—. Por eso he estudiado la zona, y el sitio

perfecto es el centro de día. Ahí pasará desapercibido.

—Vaya, señora Moreno, es la elección perfecta. Bien, a partir de ahora, vamos a cubrir todas las zonas posibles. Lo haremos de paisano, y mientras no aparezcan quiero que peinéis todos los hoteles, moteles, y pensiones de mala muerte. Tienen que estar en algún sitio.

—¡Ya sé dónde están! —exclamó de repente Sandra—. ¿Por qué no se me ocurrió antes? Tienen que haberse escondido en un piso incautado.

Sandra salió de la sala apresurada, y detrás de ella el inspector Suárez. Se sentó en la mesa de Izan, y revisó sus últimos casos.

—¡Vamos! Tengo cuatro posibles direcciones —dijo Sandra, mientras se apresuraba a anotar.

Suárez miró a sus hombres, y repartió las direcciones.

—Con cuidado chicos —advirtió él—. Es peligroso, y está armado.

Salieron a prisa divididos en patrullas.

Sandra fue con el inspector Suárez, y casualmente se dirigieron a la casa de los narcotraficantes donde se había escondido Izan.

Aparcaron los coches delante, y bajaron arma en mano.

—Vosotros dos por detrás —ordenó el inspector Suárez—. Sandra conmigo.

Se dirigieron a la puerta de entrada de la casa, y se colocaron a ambos lados.

Sandra abrió la puerta con cuidado, y el inspector Suárez entró apuntando.

—No hay nadie en la casa —advirtió uno de los agentes, cuando se reunieron los cuatro en el salón—. Pero han estado aquí. Hay marcas de neumático fresco en la parte de atrás.

—Bien, procedamos —indicó el inspector Suárez mientras realizaba una llamada—. Necesito un equipo forense, os envío la ubicación —escuchó—. Bien —miró a Sandra—. Ya están en camino.

Ellos estaban a pocos kilómetros. Izan había regresado junto a Noemí, que lo esperaba en el coche. Abrió la puerta, y se dispuso a cogerla en brazos.

—¿Ese es el coche que vas a robar? —preguntó ella desconcertada.

—Sí —admitió él.

—¿Un Seat? —insistió Noemí.

Él sonrió mientras la cargaba.

—¡Venga ya! Es un Seat León Cupra, de doble inyección. Tiene trescientos caballos.

La metió dentro con dificultad pues los marcos del techo eran bajos.

—Pues es un poco incómodo. ¿Y ese? —señaló un Ford Mustand.

—Ese estaría cojonudo, pero es demasiado llamativo. Con este pasaremos más desapercibidos.

Se sentó a prisa.

—¿Y le has hecho el puente como en las pelis? —preguntó ella curiosa—. Yo no creo que sea tan fácil como lo pintan, para empezar ese plástico tiene que ser difícil de desmontar.

Él sonrió y le enseñó las llaves.

—He robado las llaves en la oficina, es más rápido y eficaz.

—Pues sí.

Él tocó el volante, parecía estar acariciándolo. Entonces la miró.

—Con esta máquina, no nos pillarán —arrancó discretamente.

—Ya... —dijo Noemí quitándole importancia—. Y ahora me dirás que este es el coche que tú querías tener.

Él sonrió antes de hablar:

—El mío tiene acabado deportivo.

Ella lo miró sorprendida.

—Bueno. ¿Y que tiene este coche que no tenga el mío?

—Pues, supongo que doscientos caballos más —hizo hincapié en esa última palabra.

—¿Y eso es mucho? —preguntó Noemí.

—¿¿Qué?! —preguntó fuera de sí—. ¿Quieres verlo?

—Vale —soltó ella escéptica.

Izan empezó a acelerar, alcanzando los doscientos kilómetros por hora en pocos segundos. La aceleración les hacía pegarse al asiento.

—¡Ah! ¡Vale! ¡Para! —no sabía dónde sujetarse—. ¡Es cierto! ¡Tienes razón! ¡Corre mucho!

—¡Pues aún quiere correr más! —exclamó excitado—. ¡No tiene fondo!

—¡Cuidado! —gritó angustiada—. ¡Una curva! —se tapó la cara—. ¡Ah!

Hizo la trazada de la curva sin problemas, y empezó a decelerar. Ella respiró hondo, y lo miró.

—Ahí entró el control de estabilidad —explicó Izan—. Con el tuyo hubiésemos derrapado, y probablemente tendríamos una salida de vía. Bueno, en el improbable caso de que alcanzase los doscientos —hablaba aún agitado

por la sensación de velocidad.

—¿En serio? —preguntó ella petrificada.

—Es lo más seguro.

De repente ella bajó la vista, se veía triste, y abatida.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Izan preocupado—. ¡Eh! Te he asustado.

—Es que... entonces... si yo tuviese un coche como este... no me habría quedado parálitica.

Izan resopló, detuvo el coche en el arcén, y se pasó las manos por la cara.

—Mierda. Acabo de meter la pata... hasta el fondo.

—No, tranquilo, tú no lo sabías. Además, ahora ya sé qué coche me voy a comprar —dijo ella esbozando una suave sonrisa.

Él se le quedó mirando sorprendido.

—Bueno, este es un pelín caro —advirtió Izan—. Pero hoy en día ya vienen los bajos de gama bien equipados.

Ella lo miró sobresaltada.

—¿Por qué crees que no puedo pagármelo? —protestó ella.

—Perdón. Veo que he hablado más de la cuenta —la miró intrigado—. ¿A qué te dedicas? ¿Estudias... trabajas?

—¿Estás intentando ligar conmigo? —él la miró pasmado—. Mira, hacemos un trato. Yo te hablo de mí, si tú haces lo mismo.

—Verás, no puedo, no quiero incriminarte.

—Izan, estoy más que incriminada —dijo ella—. De hecho, debo estar sufriendo el famoso síndrome de Estocolmo —de repente se echó a reír—. ¡Me he acostado con mi secuestrador!

Él se le quedó mirando, sonrió, y se pasó una mano por la boca.

—¿Sabes una cosa? Hoy no pareces la misma de ayer, o sea, se te ve... radiante.

—Es que me siento bien, te parecerá una tontería, pero necesitaba algo así. Estaba tan perdida... —respiró hondo—, hoy no he tomado la medicación.

—¿Los antidepresivos? —preguntó él.

—Sí.

Él arrancó de nuevo.

—Me alegro mucho —la miró un instante, y sonrió antes de hablar—. Me llamo Izan Santos, y soy inspector de policía —ella lo escuchaba atentamente—. Toda mi vida he luchado para llegar a lo más alto —la miró—. Y ayer se torció todo. Yo no soy corrupto, me han tendido una trampa. Mi superior... —resopló—, aún no me lo creo, me escogió para colgarme el muerto.

—¿Estás seguro de que fue él? —preguntó ella.

—¿Quién iba a ser si no? Me dijo que buscaba a alguien lo suficientemente loco, como para ponerse delante de un arma para salvar la vida de un crío, y sin cargas personales. Me jodió la vida.

—¿Tú has hecho eso? —preguntó ella sorprendida—. ¿Has llevado un tiro para salvar a otra persona?

—Ayer mismo, pero llevaba el chaleco.

—Por debajo de la camisa... —concluyó ella sonriente.

—Sí —admitió él.

—Y aparcaste tu coche, perdón, tu súper coche con equipamiento deportivo, dos calles más abajo.

Él no contestó, solo la miraba intrigado.

—¿Y te has quedado sin preservativos?

—¡Noemí! —protestó él.

—Tranquilo, era una broma.

—Sabes, ahí te conté una mentirijilla. Tengo un colega que es un pesado. Me lo metió en la cartera... —de repente se quedó pensativo—. ¡Mierda! ¡No, no puede ser él!

—¿Qué pasa?

—Sabía que iba a hablar con el testigo.

—¿Al que supuestamente disparaste? —preguntó ella.

—Sí. ¡Mierda! —golpeó el volante frustrado—. Y sospechaba que llevaba un caso confidencial. ¡Joder! A él es a quien iba a llamar.

—Lo siento, Izan.

—¡Joder! —dijo frustrado—. Confiaba en él.

## Cosas del destino

Sandra Moreno se agachó junto a las marcas que había dejado el coche.

—¿Qué es este líquido? —preguntó a un agente del equipo forense.

—Es líquido refrigerante.

Ella pensó un momento, y se puso en pie.

—¿Cuánto puede recorrer un coche sin ese líquido?

—Poco —informó el joven.

—Bien. Revisad la zona, habrán tenido un accidente —sacó el móvil—.

Hola, necesito que rebusquéis en cualquier sitio alrededor de mi ubicación, posibles robos de coches. Han tenido que cambiar de vehículo. Necesitamos saber en qué se mueven.

Se fue al interior de la casa.

—Inspector Suárez —este se dio la vuelta al verla entrar—. ¿Cómo van?

—Pues... hemos encontrado algo muy interesante —confesó el inspector.

Ella se acercó al momento.

—¿Qué es? —preguntó ella mientras observaba un pequeño fragmento de goma.

—Es un resto de un preservativo, señora —contestó el investigador.

Ella se quedó impactada, frunció el ceño, y tragó saliva.

—Analizad el ADN —resopló—. Inspector, acompáñeme, por favor. Quiero ver las grabaciones de la zona.

—Sí, claro —la siguió—. Desde luego, nos tenía muy engañados el inspector Santos. Nos hizo creer que era un policía intachable.

—Tenemos que encontrarlo cuanto antes —advirtió Sandra mientras arrancaba—. Si esto salta a la prensa va a ser un auténtico escándalo.

—Qué vergüenza, un policía violador de minusválidas.

Sandra lo miró un instante, y luego centró la vista en la carretera.

Sandra entró enojada en la comisaría, y fue directa a su mesa. Allí la esperaba el hermano de Noemí.

—Señor... Río —se le quedó mirando—. Buenos días.

—Hola —dijo él mientras se ponía en pie—. Quería saber si han avanzado en la investigación. ¿Saben algo de mi hermana?

Ella se sentó, y lo invitó a que hiciese lo mismo.

—Hacemos todo cuanto está en nuestras manos. Tenemos los hospitales cubiertos, y pistas de dónde pueden estar. Pero le recomiendo encarecidamente que se vaya a casa.

—¡No quiero irme a casa! —espetó él enojado—. Quiero saber si mi hermana está bien, o si ese malnacido le ha hecho daño. ¿Es que no lo entiende?

—Comprendo cómo se siente, pero estando aquí, no va a ayudar en la investigación.

—¡No! ¡No lo comprende! —protestó él.

—¡Señor Río! —dijo ella con tono seco—. Déjeme hacer mi trabajo, por favor.

Él la miró desafiante unos segundos para ponerse en pie, e irse enojado.

Sandra se puso inmediatamente a revisar las grabaciones de las cámaras cercanas a la zona de la casa. «Tiene que haber algo». Se quedó pensativa. «¿Qué te pasó para comportarte así?». No sacaba la vista del monitor. «Han tenido que pagarte muy bien».

—Detective —se acercó uno de los agentes—. Han encontrado el coche, y falta un Seat León, gris oscuro.

—Claro, ¿cómo no? —dijo ella desconcertada—. Ha escogido uno lo más común posible, para no llamar la atención. Dime que tenemos la matrícula.

—La ha cambiado, pero tenemos un listado con las posibles placas que ha usado.

—Vale, pasaremos el listado completo a las patrullas.

—Ya lo he pasado —informó el agente.

—Perfecto, gracias.

Ella volvió la vista de nuevo al monitor.

—¡Detective Moreno!

Ella se volteó, y vio al comisario llamándola.

—Sí, señor.

—Venga.

Cuando ella entró en el despacho, la invitó a sentarse. Dentro esperaba también el inspector Suárez.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó el comisario.

—Tenemos una pista sobre el coche que ha robado, es cuestión de tiempo



que lo encontremos —explicó el inspector Suárez.

—¿Puedo hacerle una pregunta? Comisario —dijo Sandra.

—Proceda.

—¿Por qué encargó el caso al inspector Santos?

—Porque me pareció un policía ejemplar. Lo que menos me esperaba era esto. Ese muchacho me ha defraudado, nunca creí que el topo fuese él.

—¿Y si no fuese él? —preguntó ella—. He hablado con Santiago Noya, el testigo, y su testimonio presenta incoherencias.

—¿Crees entonces que esto es una trampa? —preguntó el inspector Suárez.

—Si el inspector Santos quisiese matar al testigo, lo hubiera hecho. Y no perdería el arma en el intento. Sinceramente, me parece una chapuza.

—¿Estás diciendo que lo han incriminado? —preguntó el inspector Suárez sin miramientos.

—Es lo que parece —admitió Sandra.

—Asuntos internos está investigando a todo el mundo. Si no es él, aparecerá. Mientras tanto, nos ceñiremos a las pruebas —explicó el comisario—. Y por favor, encuentren a la joven sana y salva. Los periodistas están deseando cebarse con la comisaría.

Ya había oscurecido, e Izan detuvo el coche en las inmediaciones de una gasolinera.

—Noemí. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Claro, pero... he estado pensando una cosa. No es que no me atreva, es que... están buscando a una mujer minusválida.

—Sí —admitió Izan.

—Tal vez, si entras tú, no resultarías sospechoso.

—¿Yo? —preguntó extrañado.

—Con la silla —explicó ella.

—¿Haciéndome el minusválido? —sonrió—. No es mala idea. Me gusta, ahora vengo.

Bajó, y cogió la silla discretamente. Se sentó, y pensó: «Qué jodido debe ser esto». Rodeó el coche para ir a la ventanilla del acompañante.

—Noemí, pásame la cartera. Está ahí en la guantera, y el gorro hortera ese.

—Sí —Izan se puso el gorro, y a ella le dio la risa.

—No te pases, es para no salir en la cámara.

—Ya —sonrió—. ¿Quieres el arma? —preguntó ella.

—No me hará falta, voy a cometer un hurto menor —explicó él.

—¿Seguro? ¿A dónde va un gánster sin arma?

—Ya, ya... —se fue sonriendo.

Se dirigió a la entrada, y cuando llegó descubrió que tenía que subir una rampa bastante inclinada. «¡Venga ya!». «¿Cómo voy a subir eso?». Lo intentó, pero no estaba ágil en el manejo de una silla de ruedas. Entonces miró a Noemí en el coche y bajó la vista. «Yo también intentaría matarme...»

—¿Qué pasa lisiado? —preguntó un joven que se acercó por detrás acompañado de dos hombres—. ¿Se te hace cuesta arriba? —se echaron a reír.

Izan se dio la vuelta, y los miró.

—No deberías hablar así —advirtió.

—¿O qué? —preguntó el muchacho—. ¿Vas a sacar un arma? Puto gánster —le robó el sombrero.

—No, el arma la dejé en el coche —soltó Izan sonriente.

—Pero si tiene sentido del humor —dijo el muchacho vacilando a carcajadas.

—Cállate —dijo uno de los hombres apartando al joven, y acercándose a Izan—. ¿Necesitas un empujón?

—No necesito nada —protestó Izan ya mosqueado.

—Insisto —el hombre lo empujó por la rampa, y miró a uno de sus compañeros—. Abre —entraron, y le quitó el sombrero al joven para ponerlo él—. Sabes, me gusta tu rollo —de repente sacó un arma, y le apuntó—. La cartera —los otros dos se pusieron gorras.

—¿Qué?! —preguntó Izan pasmado mientras alzaba las manos.

Él mismo se la cogió, y se dirigieron los tres al mostrador. «No me lo puedo creer». Pensó Izan. «Mierda. No debí dejar el arma en el coche». «Iré a por ella». Escuchó cómo los hombres hablaban con el dependiente. «No, no me dará tiempo». Fue hasta el mostrador.

—Lisiado. ¿Por qué no te has ido? —preguntó el que lideraba el grupo.

—Verás —dijo Izan con una mano en la frente para no salir en la cámara—. Quería recuperar el sombrero, y... mi cartera.

Los tres se echaron a reír. Entonces el cabecilla se le acercó.

—¡Tienes cojones tío! —le apuntó a escasos centímetros de la cara—. Siempre quise saber una cosa. ¿Te funciona el de abajo?

—¿Qué pasa? ¿Eres maricón? —soltó Izan.

—¡Hijo de puta! —contestó enojado.

Izan no dudó, le quitó el arma en un rápido movimiento, y le apuntó.

—¡Tirad las armas! —ordenó con voz firme—. ¡Ahora!

—¡Matadlo! —gritó el cabecilla mientras se tiraba al suelo.

Izan tuvo que abrir fuego, contra los dos hombres consiguiendo alcanzar a uno en un hombro, y al otro en una pierna. Pero en el cruce de disparos él recibió un balazo en un brazo.

El cabecilla se acercó por detrás para tirarlo de la silla.

Izan reaccionó a tiempo, y se puso en pie, pero en el forcejeo perdió el arma.

—¡Maldito mentiroso! —gritó el cabecilla—. ¡Yo sí que te voy a dejar tullido de verdad! —intentó golpearlo en las piernas con un extintor que cogió en la pared—. ¡Cabrón!

Izan lo esquivó, y cogió la silla para golpearlo en la cara con esta, consiguiendo dejarlo aturdido en el suelo.

—¡Usted! —dijo Izan al dependiente—. ¡Ayúdeme!

Entre los dos inmovilizaron a los asaltantes. Izan guardó los cargadores, robó el dinero de las carteras de los asaltantes, y luego se quedó observando la silla por un instante.

—La policía ya está en camino —advirtió el dependiente—. ¿Por qué usaba una silla?

—¡Las cámaras... necesito el disco! —exigió Izan.

—Graban las imágenes desde la central de alarmas.

—Vale —sonrió descompuesto—. Si no le importa voy a llevarme dos cosas.

—Debería ir a un hospital —dijo el dependiente—. ¿Quiere que llame una ambulancia?

—No —Izan descolgó el botiquín de la pared—. Se lo pagaré, en cuanto pueda.

—No es necesario, coja lo que necesite.

En ese momento pudieron ver a través de la cristalera, las luces de dos coches policiales que acababan de llegar.

—¡Mierda! —miró al dependiente—. ¿Hay salida trasera?

El hombre simplemente hizo una señal indicando la dirección, e Izan se fue corriendo.

Los policías entraron a prisa.

—¿Se encuentra bien? —preguntó uno de ellos al dependiente—. ¿De quién es la silla?

—Pues, fue un hombre. Venía en la silla, pero podía caminar. Él fue quien los detuvo —señaló a los asaltantes.

—El cabrón se hacía el minusválido —protestó uno de los ladrones mientras los esposaban.

—¡Es él! —dijo otro de los policías. Miró al exterior—. ¡El León gris!

—¡Vosotros dos, quedaos, los demás conmigo!

Izan subió a prisa al coche, e intentó salir disimuladamente del recinto.

—Nos han visto —advirtió al verlos salir corriendo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella preocupada, entonces vio sangre en su brazo—. ¡Estás herido! ¿Qué ha pasado?

—Tengo que despistarlos —se pasó una mano por la frente para limpiarse el sudor—. Tú tranquila —hablaba agotado—. Son policías, no van a dispararnos —empezó a acelerar.

Ella lo miró preocupada, y luego miró al frente.

Se metió en una carretera con bastante circulación.

—¡Sujétate! —se dispuso a adelantar a un camión, pero se iluminó una luz en el cuadro de instrumentos, entonces volvió a su carril.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—El detector de radar, si adelanto ahora nos matamos —pasó un camión de grandes dimensiones por el otro carril—. Ahora —volvió a hacer lo mismo, y ahora sí adelantó, aceleró a fondo y en pocos segundos rebasó a varios vehículos.

—¡Ah! —gritó Noemí mientras se tapaba la cara con las manos.

Él no sacaba la vista de la carretera. Conducía a gran velocidad, a pesar del tráfico.

En tan solo unos minutos ya había conseguido despistar a la policía.

—Noemí, ya está. No podrán seguirnos.

Izan redujo la velocidad, y centró la vista en la carretera, pero se veía agotado. Y Noemí lo miraba preocupada.

—Izan...

—Tranquila, estoy bien —tragó saliva—, buscaré un sitio para —no pudo terminar la frase pues un vehículo los golpeó por detrás.

Estuvieron a punto de salirse de la carretera, rodaron unos metros por la cuneta hasta que consiguió incorporarse de nuevo al carril.

—¡Ah! —gritó ella—. ¿Qué pasa? —un disparo rompió la luna trasera—. ¡Ah! ¡Dijiste que no iban a dispararnos! —se escurría en el asiento todo lo que podía.

Izan aceleró de nuevo.

—Esos no son policías —advirtió él mientras memorizaba la matrícula por el retrovisor.

—¿Quiénes son? —un impacto de bala agujereó el cristal delantero—. ¡Ah! —gritó de nuevo, pero ahora con todas sus fuerzas—. ¿Por qué nos disparan?

—¡Son los malos!

Izan trazaba un plan mentalmente, mientras intentaba deshacerse del coche.

—Cuando te diga me pasas el arma —ella no reaccionaba—. ¡Noemí! ¡El arma! —ella cogió el arma, y la aguantaba con las manos temblorosas.

—¡La empuñadura hacia mí!

—Vale, vale.

Izan aceleró aún más, haciendo quedar atrás al vehículo que los seguía.

En cuanto llegó a un poblado, desactivó el control electrónico de estabilidad, y se encendió una luz de aviso.

—¿Para qué es ese botón? —preguntó Noemí.

—Yo lo llamo el botón escape, desactiva el control de estabilidad.

—¡¿Y por qué lo quitas?! —preguntó asustada.

—Para hacer esto. ¡Sujétate!

Frenó bruscamente, e hizo un trompo para quedar aparcado en sentido contrario. Cogió el arma con firmeza, y bajó la ventanilla.

Noemí observaba la situación con la respiración agitada.

Esperó el momento exacto, y cuando divisó al vehículo que los seguía disparó a las ruedas consiguiendo hacerle perder el control.

Estos recorrieron varios metros hasta que colisionaron con otros vehículos estacionados.

Izan observó el accidente por el retrovisor.

—Ahora vengo —se quitó la chaqueta.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Noemí asustada—. ¿A dónde vas?

—Voy a charlar con ellos.

—¡No! ¡No puedes ir así! —advirtió preocupada.

—Solo es un momento, tengo que saber quién es el topo —se disponía a bajar cuando pasaron dos coches patrulla a su altura—. Mierda —protestó.

Frenaron para socorrer al coche accidentado, pero cuando llegaron, el vehículo explotó.

Izan respiró hondo, y se mordió los labios, para luego mirar a Noemí. En su mirada se entremezclaba ternura y pena.

—Esto... Eh... ¿Quieres bajar? Ahora sería el momento perfecto. La policía buscará testigos en la zona y... —ella lo interrumpió.

—No puedo.

—Ya... Noemí... —le tocó la cara con el anverso de la mano en un tierno gesto, sólo se miraban, a pesar del ruido de las sirenas y las llamas del coche accidentado—. Sabes... me ha gustado mucho conocerte —sonrió, y se dispuso a abrir la puerta.

Ella lo sujetó del brazo.

—No puedo bajarme —hablaba nerviosa—. Estás herido.

—Tranquila, tengo un botiquín.

—Izan. Si me bajo... morirás —advirtió ella, muy segura de sus palabras—. Ahora arranca, tenemos que salir de aquí.

—¿Qué? ¡No! —negaba—. Tienes que bajarte, en este estado, no podré protegerte.

—Pues claro que no puedes protegerme, ahora mismo me necesitas tú a mí, pero tenemos que irnos.

—Pero...

—¡Que arranques ya! —ordenó ella—. ¡No tardarás mucho en marearte, y yo no puedo conducir! —ella misma activó el ESC—. ¡Vamos!

Izan la miró unos segundos, y aprovechó la incertidumbre para abandonar el lugar con discreción.

En cuanto llevaban recorrido un kilómetro el coche empezó a emitir una señal acústica, y se iluminó un símbolo en la pantalla del cuadro de instrumentos.

—¿Qué pasa? —preguntó Noemí—. ¿Por qué pone una taza de café?

Él sonrió, y se pasó una mano por la frente.

—Es el detector de fatiga.

—Vaya, qué coche más listo —dijo ella—. ¿No tiene piloto automático?

Él la miró sonriente.

En unos minutos llegaron a un lugar alejado de la circulación, se metieron por un camino, y se escondieron.

En cuanto aparcó, apoyó la cabeza, y cerró los ojos.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

—Un poco mareado —tragó saliva.

—Pásame el botiquín.

Intentó cogerlo, pero no podía mover el brazo derecho, donde había recibido el balazo. Y tampoco era capaz de girarse sobre sí mismo para alcanzarlo en el asiento trasero.

—¡Ah! No puedo —se veía sin fuerzas.

—Tranquilo, lo cojo yo —empezó a reclinar su asiento a prisa, se arrastró por él, y consiguió alcanzarlo—. Izan, aguanta, voy a sacarte la bala.

—¿Qué? ¿Cómo? —ella le cortó la camisa—. ¿Qué haces?

—Soy enfermera de cirugía, he visto hacer esto —soltó una corta y nerviosa sonrisa.

—¿En serio?

—Sí —su voz sonaba dudosa—, tú tranquilo.

—¿Eres enfermera? —la miraba deslumbrado.

—Sí, prepárate, esto te va a doler —advirtió ella.

Él la miraba, pero no parecía prestarle atención, solo sonreía.

—Eres enfermera...

—Izan, estás empezando a desvariar.

—Y te has cruzado en mi camino... es cosa del destino.

Ella le tocó la frente para controlar la fiebre.

—Izan, escúchame, tendrás que aguantar sin moverte, ¿vale? —desinfectó las pinzas.

—Vale —no dejaba de sonreír.

Lo miró, e introdujo la pinza en la herida para sacar la bala.

—¡Ah! ¡Joder! —se quejó por el fuerte dolor.

Sujetó el volante con la mano izquierda. Cerró los ojos, y apretó los dientes, rezando para que ella encontrase pronto la bala.

—Casi la tengo, aguanta un poco más —consiguió sujetarla, y sacarla—. Ya está, ya está —le limpió el sudor con la manga de la camisa que había cortado—. Tranquilo, voy a hacerte una cura.

Él la miraba.

—Gracias... —hablaba sin fuerzas.

—Ahora tengo que coserte.

—Y me va a doler —supuso él.

—Sí.

—Vale.

## Mi enfermera particular

La detective Sandra Moreno, y el inspector Pedro Suárez, observaban las fotos de lo ocurrido la noche anterior.

—En menos de una hora, el inspector Santos se vio implicado en un robo y en un tiroteo, sin conexión alguna —dijo ella—. A ver, estos hombres eran de la banda que supuestamente investigaba el inspector Santos —cogió otra foto—. Y estos, unos ladrones que se cruzaron con él.

—Sí —admitió el inspector Suárez.

—Qué curioso —cogió de nuevo la foto del coche calcinado—. Se presentaron en el lugar demasiado rápido —la miró detenidamente—. ¡Mira! —sonrió—, fíjate, aquí están, aparcó en sentido contrario.

—¡Qué cabrón! ¡Estaban ahí!

Desbloqueó el ordenador, y abrió el archivo del local que quedaba justo enfrente de donde habían aparcado.

Desde esa cámara se veía perfectamente la maniobra realizada por Izan para deshacerse del otro coche.

Sandra observaba la escena sin decir nada, y cuando el video terminó lo puso en pausa.

—Fue en defensa propia, mira, les dispararon. Han perdido la luna trasera. Hablaré con informática a ver si pueden sacar la conversación, tal vez nos den una pista de a dónde se dirigieron. Está claro que volvieron atrás.

—Informaré a las patrullas —dijo Suárez mientras se iba.

Ella volvió a ver el video de la gasolinera. Detuvo la imagen justo cuando le dispararon, y recortó el video.

—Vamos a ver —levantó el auricular del teléfono—. Hola. Soy la detective Moreno, te voy a enviar un video de Santos, ¿me puedes decir cuánto tiempo podría aguantar sin ir a un hospital? —escuchó—. Ya lo tienes en el correo, échale un ojo ahora, por favor, es importante —esperó un momento, y escuchó la explicación—. Vale.

Fue a prisa hasta la mesa del inspector.

—Suárez, quiero patrullas camufladas en los hospitales de la zona, en todos —aclaró—. Santos necesita asistencia médica. No ha aparecido la bala en la gasolinera, eso quiere decir que es una herida complicada.



—Perfecto, ya lo organizo.

Ella volvió a su mesa, y revisó el correo.

—Bien, ya está aquí —abrió el video, ahora tenía subtítulos—. “No puedo bajarme”. —solo aparecían los subtítulos cuando hablaba ella, pues él quedaba de espaldas—. “Estás herido, si me bajo... morirás”. “Ahora arranca, tenemos que salir de aquí”. “Pues claro que no puedes protegerme, ahora mismo me necesitas tú a mí, pero tenemos que irnos”. “Que arranques, ya. No tardarás mucho en marearte, y yo no puedo conducir”. Sandra se quedó pensativa. «Vaya con la Noemí». Respiró profundamente, y se recostó en la silla con la mirada perdida. «Izan, por lo que más quieras, ve a un hospital».

En otro lugar, Shan hablaba enojado.

—¿Cómo es esto posible? —tiró las fotos del coche calcinado encima de la mesa—. ¡Estaba herido, viaja con una paralítica, y aun así se deshizo de dos hombres armados!

—Es que los perdimos, y luego llegó la policía —explicó Tomás.

—¿Los perdisteis? —preguntó él con su habitual talante sereno—. Los perdisteis... me ausento dos días y lo perdéis todo, hasta la vergüenza habéis perdido.

Los otros cuatro hombres que lo acompañaban no decían nada.

—¿De dónde has sacado a estos aficionados? ¿Es que ya no hay profesionales en este país? —preguntó a Tomás—. ¡Tal vez no tengamos otra oportunidad para matarlos! ¡Quiero a ese tocapelotas muerto!

—Es muy bueno —protestó Tomás.

—Lo sé —sonrió cínicamente—. Pero el inspector legal, no acepta sobornos —espetó Shan.

—Lo mataremos, yo me encargaré personalmente —prometió Tomás.

—Eso espero —abrió una carpeta, y les pasó unas fotos.

—¿Quién es esta? —preguntó uno de ellos—. ¡Joder! ¡Mira qué piernas!

—Es la detective Sandra Moreno —informó Shan—. Ella lleva la investigación. Quiero que la vigiléis discretamente, y que no os vea —advirtió—. Nuestro contacto nos ha dicho que es muy buena.

—Eso se aprecia a simple vista —dijo Tomás tocándose la barbilla.

—Tomás —habló Shan dedicándole una mirada que lo decía todo—, un día te estos la vas a cagar.

—¡Venga ya, Shan! —protestó Tomas—, esta tipa está para... —decidió no continuar la frase—. ¿Qué pasa? Está buena. ¿O no?

Los demás asintieron, entonces Shan se quedó pensativo, y soltó una larga sonrisa.

—Sois unos cavernícolas, veis unas piernas y solo sabéis babear. Y eso os acabará matando.

En otro lugar, Izan se despertó aturdido. Observó el vendaje del brazo, y luego se quedó mirando a Noemí. Dormía en el asiento del acompañante, tapada con la chaqueta de su traje.

—Noemí —le tocó en la mejilla.

—¿Qué? —se despertó sobresaltada—. ¿Han vuelto? —preguntó asustada mientras miraba el parabrisas agujereado.

—No, tranquila, no nos han seguido.

Ella se encontraba desorientada, y nerviosa. Colocaba el respaldo del asiento a prisa.

Él la miraba extrañado, e hizo lo mismo.

—Noemí, ¿qué te pasa?

—Mis medicamentos... —rebuscaba en la guantera—. ¿Dónde están mis medicamentos?

—¡Eh! Tranquila.

—Izan, ¿y mis medicamentos? —preguntó angustiada.

—No necesitas tomar eso.

—¡Sí los necesito! —gritó alterada—. ¿Dónde están?

—Los he tirado —admitió Izan.

—¿Qué? ¿Por qué? —empezó a respirar agitadamente—. ¡No debiste hacer eso! —se llevó una mano al pecho—. ¡Necesito los medicamentos!

—Noemí, mírame.

—¡No! —Noemí abrió la puerta desesperada.

—¿Qué haces? —la sujetó de un brazo para tirar de ella—. ¡Eh! Tranquilízate.

—¡Suéltame! —gritó fuera de sí—. ¡Tengo que bajarme! ¡Suéltame!

—Noemí, estás sufriendo una crisis nerviosa, tranquilízate.

—¡No puedo! ¡Suéltame! ¡Maldita sea! —forcejeó, y sin querer lo golpeó en el brazo—. ¡Que me sueltes!

—¡Ah! —protestó él llevándose la mano al vendaje.

Noemí se le quedó mirando inmóvil, y de repente sus ojos se humedecieron.

—Lo siento... no quería hacerte daño.

Hablaba desolada, y estaba a punto de romper a llorar, todo su cuerpo temblaba, y su respiración era agitada. Entonces Izan como pudo, la sentó en sus piernas y la estrechó entre sus brazos, y ella se echó a llorar desconsoladamente.

—Llora, llora todo lo que quieras —dijo él—. Es mejor que tomar esas pastillas.

—Lo sé... —dijo entre sollozos—. Pero tomarlas, lo hace todo más fácil.

Poco a poco se iba relajando, había dejado de temblar, y respiraba más tranquila.

—Noemí, háblame, dime en qué piensas —dijo Izan.

Ella permanecía con los ojos cerrados, no era capaz de decir nada.

—Por favor —pidió Izan—. Cuéntame... qué sientes.

Ella por fin empezó a hablar.

—No puedo quitarme esos disparos de la cabeza. Y... no lo entiendo —confesó angustiada—. Yo quería morirme, y ahora mismo estoy asustada porque casi nos matan.

Él no dejaba de abrazarla, y le tocaba el pelo.

—Izan... tengo miedo —reconoció.

—Tranquila. No dejaré que te hagan daño.

Permanecieron unos minutos sin decirse nada, se sentían bien el uno con el otro. Noemí sintió un gran alivio, como si se deshiciese de una parte de ella, que la atormentaba.

—Sabes... soy una estúpida, te han disparado, y ni siquiera te he preguntado qué ha pasado. Y... yo... me echo a llorar como una tonta.

—¡Eh! —protestó él—. Eso no es cierto —sonrió—. ¿Quieres saber qué me pasó? —ella lo miró y asintió—. Pues... unos tipos entraron a robar.

—¿Eran ladrones? —preguntó ella extrañada—. Pero, te ayudaron a entrar.

—Sí —sonrió—. Me metieron dentro, me robaron la cartera, y el sombrero.

—Y, ¿qué hiciste?, ¿te enfrentaste a ellos?

—Sí, los cogí desprevenidos. Pero... te rompí la silla.

—No importa —respiró hondo—. Oye, siento haberte lastimado.

—Eh, no importa —sonrió—. Además, tengo enfermera particular —no se

le borraba la sonrisa cuando decía eso—. Y tú, ¿cómo estás?

—Mejor, mucho mejor —respiró hondo—. Pero, supongo que tenemos que irnos. ¿No? —dijo ella con tono triste.

—No hay prisa. Te quedaste conmigo para ayudarme —se miró el brazo—. Me has salvado, lo menos que puedo hacer es cuidarte.

Ella lo miró abrumada.

—Izan, eres encantador —dijo sin tapujos.

—¿Yo? —soltó una carcajada—. Te está afectando el síndrome ese. De hecho, dicen de mí que soy un canalla.

—Menos mal —dijo ella aliviada—. Por un momento creí que no tenías defectos.

Él la miraba abrumado. Entonces le tocó suavemente con los dedos, para limpiarle las lágrimas, y la besó en la mejilla.

—Estás salada.

Sin pensárselo la sujetó por la mandíbula y le pasó la lengua. Ella pudo sentir cómo algo recorría su cuerpo.

—¡Izan! —lo miró, y respiró hondo para relajarse.

—Perdóname, no debí hacer eso.

—Ayúdame a sentarme —pidió ella.

—Sí, sí —la sentó—. Oye Noemí, lo siento, no sé qué me pasó. En serio.

—Izan, deja de pedir perdón por algo que disfrutamos los dos.

Él la miró pasmado, para soltar finalmente una sonrisa.

—Tengo que hacer una llamada —cogió el móvil que había robado—. Y luego nos vamos a comer algo —marcó el número de la comisaría, y resopló—. Necesito comprobar una matrícula —escuchó—. Agente 14287, matrícula 2859 hotel lima bravo —escuchó de nuevo—. Bien —activó el cronómetro en su reloj, y esperó hasta que le hablaran, pero era otra persona—. Sandra... —tragó saliva—. Mira, no voy a entregarme, me han incriminado y no pararé hasta que lo demuestre —Sandra intentó interrumpirlo—. ¡Shis! Hablo yo. Tienes al corrupto en la comisaría, ayer los narcos aparecieron demasiado rápido, e intentaron matarnos —ella le preguntó por Noemí, él la miró, y le acercó el móvil—. Dile cómo estás —siguió controlando el tiempo.

—Bien, estoy bien. Por favor, dile a mi hermano que no se preocupe.

Izan colgó en el último segundo.

La detective Moreno miraba al especialista que manejaba el detector de llamadas.

—Dime que los has localizado.

—No, no he podido.

—Ya... —tiró su móvil enojada.

Respiró hondo, y miró al inspector Suárez.

—Inspector. ¿Me invitas a un café?

—Sí, claro.

Ella cogió de nuevo su móvil, y salieron de la oficina.

—Quería hablar contigo —dijo Sandra nada más sentarse—. Lo estamos haciendo mal.

—¿Qué quieres decir?

—Santos tiene razón. Esa banda tardó el mismo tiempo en encontrarlo que la policía. Quiero tenerlo todo controlado. Si recibieron el aviso de la policía, o tienen acceso a nuestras comunicaciones, quiero saberlo.

—Me pongo a ello. De todas formas, asuntos internos, ya está haciendo comprobaciones.

—Bien. Voy a hablar de nuevo con el testigo, su declaración es muy confusa. ¡Ah! Y ya le escribo yo al hermano —resopló—. Estará desesperado. Hasta luego.

—Chao —pagó, y se fue de nuevo a la comisaría.

Llegó al hospital, entró en el cuarto, y se sentó tranquilamente.

—Señor Noya —cruzó las piernas, y sacó su libreta de notas—. Necesito repasar su declaración.

—Pero ya he hablado con usted. Ya le he contado todo lo que recuerdo.

—No me voy a andar con rodeos —lo miró fijamente—, sé que miente. ¿Es usted consciente de que será cómplice de una banda muy peligrosa? —preguntó ella.

—¿Por qué me dice eso? Yo no he hecho nada.

—Le voy a dar la oportunidad de decir la verdad —propuso con serenidad.

—¿Está usted loca? ¡Quiero hablar con su superior!

Sandra miró el reloj.

—Mi propuesta termina en veinte segundos.

—¿Qué? —preguntó él sobresaltado—. ¡No! ¡Exijo hablar con el comisario! ¡Me estás calumniando! ¡Podría denunciarte por esto!

Ella lo escuchaba mientras miraba el reloj, y en cuanto pasó el tiempo se puso en pie.

—Hasta luego —se dirigió a la puerta.

—¡Espere! ¡Me amenazaron! —dijo exaltado—. Ese muchacho, el inspector, vino a hacerme unas preguntas, pero ellos llegaron antes.

—Interesante, tomó notas. ¿Quiénes eran?

—No sé sus nombres. Era un tipo tatuado —Sandra le enseñó la foto de Shan—, sí, ese, y también dos hombres más, uno de ellos fortachón. Le dieron una paliza, y el jefe me disparó con el arma del inspector.

—Bien. ¿Algo más? ¿Recuerda algo?

—No.

—Perfecto, ha sido de gran ayuda. No hable de esto con nadie, reforzaré su vigilancia.

## Apartada del caso

Noemí observaba a Izan. Habían cogido comida rápida en un Burger con servicio de pedidos desde el automóvil.

—Izan.

—Dime.

—¿Quién es esa mujer con la que hablaste? —preguntó ella curiosa.

—Es la detective Sandra Moreno, ella lleva mi caso.

—¿Y qué tal? ¿Es buena?

—Sí.

—Qué bien —dijo sonriente—. Entonces podrá ayudarte.

Izan resopló preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Pues que...verás... es mi ex —soltó Izan.

—¿Qué? —preguntó ella sobresaltada—. ¿Tú ex? ¿Cómo de ex?

—No te entiendo —la miró extrañado.

—Pues que... si fue un “rollete”, o algo importante, tipo compromiso.

—Más bien lo segundo —explicó él.

—¿Qué? ¿Y qué pasó? —preguntó intrigada—. ¿Ibais a casaros? ¿Por qué rompisteis?

Izan tardó unos segundos en contestar.

—Pasó que... tuve que escoger. Entre ella, y mi trabajo.

—¿Escogiste el trabajo?! —preguntó descompuesta.

—Sí —sonrió cínicamente—. Y ahora mi trabajo, depende de ella.

—Vaya... qué fuerte, pues... o te gusta mucho tu trabajo, o no estabas enamorado.

—Supongo que las dos cosas —confesó.

—Pero... ¿Crees que te va a perjudicar?

—Espero que no, es muy profesional —contestó Izan.

—Muy profesional...

—Sí, es la mejor —dijo convencido.

—¿Y qué más? ¿Cómo es? Seguro que es guapísima, porque tú... eres muy guapo —dijo Noemí sin miramientos acompañando el comentario con una pícaro sonrisa—. ¿Es como las detectives de las pelis?

Él la miraba encandilado, sonrió y tardó un momento en contestar.

—Es... normal, una mujer normal —la miraba fijamente—. ¿Te parezco guapo?

—Sí —soltó ella.

—Sabes, me gusta mucho tu... naturalidad.

—Supongo que —tomo aire y lo soltó despacio—, cuando pasas por una situación complicada, ves el mundo de otra forma, das a cada cosa la importancia que tiene.

—Es un buen planteamiento —sonrió—. Tú sí que eres guapa, eres preciosa.

Sonrieron y siguieron comiendo.

Sandra colocaba unos documentos en el archivo, y media comisaría estaba pendiente del encaje de sus medias.

Se dio la vuelta, y se sobresaltó, pues Dani Río estaba detrás de ella.

—Señor Río, me ha asustado, no le he oído llegar.

—Recibí tu mensaje —dijo él.

—Síntese, por favor. Hoy he podido hablar con su hermana.

—¿En serio? —preguntó ilusionado—. ¿Hablaste con ella?

—Sí. Me dijo que está bien, y que no se preocupe.

Dani Río se llevó las manos a la cara, y sonrió. Sin embargo, Sandra conservaba la compostura en todo momento.

—¡Gracias a Dios! —soltó aire—. ¿Se sabe dónde están?

—No, no hemos podido localizarlos. Pero lo haremos. Él está herido, tiene que ser atendido en un hospital.

—Herido... ¿y Noemí? —de repente su rostro mostró preocupación—. ¿Cómo está Noemí? ¿Qué pasó?

—Suponemos que está bien. El inspector entró solo en una gasolinera, y casualmente unos hombres quisieron robar. Él se lo impidió resultando herido en un brazo. Ahora tiene que ir a un hospital, necesita atención médica.

Dani resopló, y miró a Sandra.

—Mi hermana es enfermera de cirugía.

—¿Qué...? —preguntó Sandra desconcertada—. ¡Mierda! —comprobó en el dossier los datos de Noemí—. ¿Cómo pudo pasármese? Claro, por eso dijo aquello.

—¿El qué? —preguntó Dani.

—Izan iba a dejarla libre, pero ella se negó... porque sabía que él



necesitaba atención médica.

—¿Qué? —habló Dani sobresaltado—. ¿Cómo? ¿Iba a dejarla libre?

—Sí, pero ella no quiso bajar del coche.

Dani negaba con la cabeza.

—No, seguramente ella le dijo que era enfermera, y por eso no la liberó.

—No, señor Río, su hermana fue la que no quiso bajar. Lo que la convierte en cómplice.

—¡Venga ya! ¿Qué me estás contando? ¿Qué estupidez es esa? —protestó Dani enojado—. ¿De dónde sacas eso?

—Relájese, señor Río —dijo Sandra con tono seco.

—No, no voy a relajarme —la señaló con el dedo—. Ahora mismo me vas a explicar qué es eso de que mi hermana es cómplice del tipo que la retiene contra su voluntad.

Un agente se acercó a ellos.

—¿Hay algún problema?

—No —dijo Sandra—. El señor Río solo está un poco nervioso, es normal —el agente lo miró y se fue, entonces ella miró a Dani—. Es mejor que se vaya a casa.

Dani se relajó en el asiento y la miró desafiante.

—No, no voy a moverme de aquí, hasta que me expliques por qué dices que mi hermana es cómplice.

—Verá, tenemos un video —no pudo terminar la frase.

—¡Quiero verlo! —se incorporó en el asiento mientras lo decía.

—No puedo enseñárselo, es confidencial. Forma parte de la investigación.

—No me hagas esto, quiero verla, quiero ver cómo está —prácticamente había dejado de exigir, para suplicar—. Por favor.

Sandra se le quedó mirando, respiró hondo, y recapacitó.

—Está bien, le mostraré el video por si puede ver algún detalle que hayamos pasado por alto. Venga conmigo.

Se fueron a la sala de pruebas, y en un gran monitor puso la imagen original de las cámaras de seguridad.

Dani Río observaba el video sin parpadear, y Sandra Moreno estudiaba su reacción. Esperó pacientemente a que terminase la reproducción para hablarle:

—¿Por qué le sorprende tanto?

—No sé... —por un instante sonrió—. ¿Es posible saber qué es lo que

dicen?

—Sí, pero solo lo que dice su hermana —dijo Sandra mientras ponía el vídeo con los subtítulos.

Dani volvió a verlo, y por momentos parecía emocionarse.

—Señor Río, ¿quiere comentarme algo?

—Es qué... es mi hermana... —Sandra no comprendía.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —ahora sonrió abiertamente—. Es ella... la de antes... del accidente —resopló—. ¡Por Dios! —ahora miró con gesto serio a Sandra—. Eso que ve ahí no convierte a mi hermana en cómplice de nada.

—Explíquese.

—Ella es enfermera, está siguiendo el Código de Deontología Médica, está salvando la vida de otra persona, aunque sea un policía corrupto que la ha secuestrado contra su voluntad.

En ese momento irrumpió en la sala un agente

—Detective, la llama el comisario.

—Gracias —salieron de la sala y Sandra miró a Dani—. Ahora vengo. ¿Quiere tomar un café mientras espera?

Sandra le señaló la máquina, le dejó su llave, y entró a prisa en el despacho del comisario.

—Señora Moreno —habló el comisario nada más verla—. Se le ha olvidado a usted mencionarme un detallito, cierta relación clandestina. Igual creyó que no tiene importancia, pero sí la tiene.

Le entregó unas fotos donde salían ella e Izan, abrazados y besándose.

Sandra respiró hondo, y tragó saliva antes de hablar.

—Verá, señor. Ese detalle no afecta a mi trabajo. Soy una persona objetiva. Encontraré al inspector Santos.

—¡Me da igual lo objetiva que sea usted! —dijo Alfredo claramente enojado—. ¡El Reglamento es para todos! ¡Está fuera del caso! ¡Entregue toda la documentación al inspector Suárez!

La voz del comisario Alfredo sonó tan tajante que Sandra simplemente miró al suelo, para luego alzar la vista de nuevo.

—Buenas tardes, señor.

—Recoja sus cosas, está suspendida por un mes —ordenó el comisario.

—Sí.

Salió disgustada del despacho, y resopló. «Un mes de suspensión...».

Fue hasta la mesa, y se puso a recoger sin ni siquiera mirar a Dani.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Eh... pues... a partir de ahora tendrá que hablar con el inspector Suárez, él llevará el caso.

Dani Río se puso en pie.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Verá, es un tema personal, un conflicto de intereses. Pero no se preocupe, encontrarán a su hermana.

—Un conflicto de intereses... —dijo Dani con tono serio—. ¿Qué pasa? ¿Fuisteis novios, tú y el sinvergüenza ese?

Sandra lo miró perpleja, antes de contestar.

—Señor Río, le agradezco que cualquier duda que tenga la resuelva con el inspector Suárez.

Cogió los archivos, y fue junto a Suárez.

—Aquí te dejo todo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él sobresaltado.

—Me han apartado del caso —recortó la hoja de su libreta, y se la puso encima de la mesa—. El testigo mintió, y va a colaborar. Ya he pedido protección.

—Sabes Sandra, no debiste aceptar el caso —dijo él.

—¿Has sido tú? —él solo sonrió—, ¿por qué lo has hecho? ¿por el ascenso?

—¿Qué insinúas? ¿Qué no soy profesional? Yo solo me basto para dar con esos tipos, y salvar a esa joven, que es lo importante.

—Izan es tu compañero.

—Izan ahora mismo, es un ladrón, secuestrador, y... —se acercó para hablarle al oído—, un violador de minusválidas. Es una vergüenza para esta comisaría.

—¡Vete a la mierda!

—Tú eres la que está suspendida.

Ella simplemente lo miró y se fue «¡Será cabrón! Le ha pasado las fotos para conseguir el ascenso».

Dani seguía de pie junto a la mesa de Sandra. No había dejado de

observarla. «Me cago en la tipa esta». «Me va a oír». Salió detrás de ella. «¡Qué calladito se lo tenía!». «Quería incriminar a mi hermana, y ella tenía una relación con el sinvergüenza».

La siguió hasta la calle.

—¡Sandra! —la llamó enojado.

Ella se detuvo, se giró, y lo miró seria.

—Le he dicho que ya no llevo el caso. Hable con el inspector Suárez, o váyase a casa —sugirió ella.

—Espero que no hayas estado entorpeciendo la investigación —espetó Dani.

Sandra se acercó con cara de pocos amigos.

—Oiga, señor Río, esa acusación es muy grave.

—Si ese malnacido le ha hecho algo a mi hermana, pesará sobre tu conciencia —la señaló.

—Voy a decirle algo, señor Río. Su hermana está viva, porque está con él —espetó Sandra—. No es un policía corrupto, le han tendido una trampa.

—Ya, ¿y quién lo dice, su amante? —preguntó Dani con sarcasmo.

—Por favor, déjelo.

—¿Qué quieres que deje? ¿Quieres que me olvide de lo que acaba de pasar? ¿Que me vaya a casa como si nada? Pues no, no me voy a quedar de brazos cruzados —la miraba furioso—, y si le pasa algo a mi hermana te vas a enterar.

—No le voy a tener eso en cuenta, porque me imagino por lo que está pasando —ahora la que hablaba enojada era ella—. Sepa que en ningún momento he hecho nada fuera de la ley, y menos ayudar a un prófugo.

—¿Ah no? ¿Y qué hacías llevando el caso? Esto no se va a quedar así, te voy a denunciar —aseguró Dani.

Ella respiró hondo.

—Haga lo que tenga que hacer, pero la próxima vez, le recomiendo que no deje el coche en doble fila. Adiós, señor Río.

Dani se quedó de piedra mirando cómo se iba. Si le hubiesen dado una paliza, no le habría dolido tanto. Respiró furioso y contuvo un par de lágrimas que a punto estuvieron de brotar de sus ojos, pues en el fondo, él se consideraba el único culpable. «¡Maldita puta!». «Seguro que sabe dónde están». Respiraba nervioso. «¡Estúpida! Esto no va a quedar así».

## No quiero tener nada contigo

Sandra permanecía de pie mirando el corcho que guardaba en su cuarto.

Tenía fotos, y nombres de media comisaría. Además de los miembros de la banda que investigaba Izan.

Se quitó los zapatos, y cogió la foto de David Pérez. Iba a ponerla junto a los sospechosos, pero finalmente la volvió a su lugar.

—No, no puede ser David, pero, ¿quién pudo contarle lo nuestro a Suárez? Entonces observó la foto de Alfredo Jiménez.

—Alfredo no escogería a Izan para incriminarlo, sería una auténtica estupidez.

Quitó del corcho la foto de Izan, y la de Noemí.

—Izan...

Resopló, y colocó la foto de cuando se estaban despidiendo en el coche.

—Tengo que encontrarte antes de que le hagas daño a esa chica.

En ese momento le sonó el móvil.

—Un fijo, que raro —descolgó—. ¡Izan! ¿Por qué me llamas? Esta línea no es segura —escuchó—. Me han echado del caso, lo lleva Suárez —escuchó de nuevo—. No puedes pedirme eso. Lo mejor que puedes hacer es entregarte —colgó.

Izan se quedó mirando el auricular, y luego miró a Noemí, que lo esperaba en el coche, con los brazos apoyados en el marco de la puerta.

—Me ha colgado —dijo desanimado.

—Estará resentida contigo, vuelve a llamarla —sugirió.

—Pero voy a parecer gilipollas.

—No, llama, ya verás cómo ahora no te cuelga —afirmó ella con seguridad.

—Vale, por probar... —la llamó de nuevo—. No me cuelgues, ¿vale? —ella aceptó—, necesito que te hagas cargo de Noemí, conmigo corre peligro —esperó pacientemente a que Sandra contestase—. Gracias, quedamos en... aquel sitio donde... —terminó Sandra la frase—. Sí, ahí mismo, en hora y media.

Izan colgó, y subió rápidamente al coche, para abandonar el lugar.

—¿Dónde has quedado? —preguntó curiosa.

—Pues donde quedábamos.

—¿Para qué? —preguntó ella.

Izan la miró extrañado.

—¿Tú qué crees?

—Quedaste con tu ex, en el picadero donde... —resopló—. ¡Qué fuerte!

—No es un picadero —protestó Izan—. Es un lugar apartado, y discreto. Y con tres accesos por si hay que salir pitando. Ya estamos llegando.

Recorrió una zona de pistas, hasta que llegó, pero en lugar de seguir, escondió el coche en un cruce.

—Esperaremos aquí a que pase —miró la hora.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó ella nostálgica.

—Algo más de una hora —dijo él.

Ella sonrió, y miró su brazo.

—Voy a cambiarte la cura —le levantó el vendaje—. Está curando bien —empapó algodón en desinfectante, y lo miró—. Te va a escocer —él se resintió cuando le tocó—. Ya, ya está. Sabes, eres muy fuerte —preparó la venda para tapan la herida—. Tendrías que estar ingresado en lugar de ir por ahí pegando tiros a los malos —lo miró sonriente.

—No me queda otra.

—Dime. ¿Por qué vinimos tan temprano? —preguntó ella con picardía.

—Para hablar... o lo que surja —dijo él.

—Mejor hablar, este sitio ya lo tienes reservado —dijo con una pícaro sonrisa—. Es vuestro lugar íntimo, ¿no?

Sin más, Izan arrancó.

—¿Qué haces? —preguntó ella sorprendida.

—Cambiar de sitio. Por si acaso.

Encontró otra pista mejor aún que la anterior, desde allí podía ver toda la zona.

Apagó el coche, y la miró.

—Izan, me siento rara —confesó.

Él echó una carcajada.

—Yo también. Háblame de ti, anda. Quedamos en que, si yo te contaba mi vida, tú también lo harías.

—Vale —dijo relajada—. Pues... mi ilusión desde niña, era ser enfermera, quería ayudar a curar a la gente —hablaba feliz—. Y lo conseguí... pero —su expresión se entristeció—, un día... —sus ojos se humedecieron.

—Déjalo, no sigas —dijo Izan preocupado.

—No, sé que me hace bien hablarlo, es que... es difícil —él la escuchaba—. Mi hermano y yo, volvíamos de juerga, e íbamos un poco —hizo un gesto de comillas con los dedos—, bebidos, y... en una curva... perdió el control —se limpió las lágrimas—. Mi vida cambió de repente, pasé de ayudar a la gente, a no valerme por mi misma —hizo una pausa—. Mi novio... me dejó, y cogí una depresión. No quise volver a salir de casa, ni sentarme en esa silla —cogió aire para soltarlo muy despacio—. Intenté suicidarme varias veces. Pero... entonces... apareciste tú. Al principio creí que ibas a matarme —sonrió un instante—. Te vi..., como la solución a mis problemas. Sin embargo, hiciste lo contrario —lloraba, y sonreía a la vez—. Vas a creer que soy una llorona.

—Noemí...

—Y ahora... quiero volver a curar a la gente, y quiero... comprarme un coche como este, adaptado, claro —se limpió las lágrimas—. Izan, eres lo mejor que me ha pasado.

Él la miraba conmovido.

—¿Me... abrazas? —pidió ella.

—Sí, claro —le dio para atrás a su asiento, y la sentó en sus piernas.

—Pero no me pases la lengua. ¡Eh! Que me subió una cosa por el estómago, que... ¡uf!

Izan la miraba encandilado. Entonces le pasó el dedo índice por la mejilla, y acto seguido se chupó la punta del dedo.

—¿Qué haces? —preguntó ella sorprendida.

—Saborearte, me gusta ese sabor salado que tienes.

—A ver —le cogió la mano, y metió el dedo entero en su boca.

—¡Oh! Noemí...

La miró un instante, para luego coger su cara entre sus manos, y besarla.

—Sabes... resulta que estoy en deuda contigo —volvió a besarla, pero ahora más apasionado—. Me has salvado la vida, te debo un favor.

—Un favor... pero no tienes...

—Sí que tengo, he robado una caja en la gasolinera.

Izan puso una mano en el pie derecho de Noemí, y subió lentamente hasta la rodilla.

—Tienes unas piernas preciosas —dijo mientras la miraba con deseo.

Ella no podía notar lo, pero sentía placer solo con verlo tocarla. Entonces él siguió por el interior del muslo hasta rozar sus partes íntimas.

—¡Oh! —suspiró—. Izan...

Este la sujetó del pelo, y la besó apasionadamente mientras le bajaba los tirantes del vestido. Entonces dio un suave tirón a su melena para hacer que mirase hacia arriba, y la besó desde el cuello hasta sus senos.

—Te deseo, te deseo mucho —confesó él mientras la tocaba—. ¿Sabes lo que te haría si tuviese aquí las esposas?

—¿Qué? —preguntó ella excitada.

—Te esposaría las manos a la espalda —le sujetó las muñecas con una mano—, para que tus pechos se disparasen hacia mi cara —le apretó un seno con la mano libre, le pasó la lengua por el pezón y luego se lo chupó.

—¡Oh! ¡Izan! —gritó Noemí entre suspiros.

Este la sujetó por la mandíbula y la besó apasionadamente, entonces le metió la lengua en la boca.

—¡Izan! —se miraron con la respiración agitada—. Estoy muy excitada. ¡Házmelo ya!

Él sonrió.

—¿No quieres jugar un poco más? —metió la mano entre sus piernas, apartó su ropa interior y le introdujo dos dedos en la vagina. Que empezó a mover rápidamente.

—¡Izan! —gritó ella. Se soltó de su mano y sujetó el brazo de Izan para que se detuviese—. ¡No quiero jugar! ¡Quiero follar!

Él no dudó, cogió la cartera, y reclinó el asiento hasta la mitad del respaldo.

—Cógete a mí —ella así lo hizo, entonces él se colocó el preservativo en un rápido movimiento, para luego besarla.

—¿Y cómo... lo hacemos? —preguntó ella.

—Yo me encargo —le subió el vestido hasta la cintura, y le bajó las bragas hasta la mitad del muslo.

Entonces la penetró con cuidado, puso una mano en su nalga izquierda, y con la otra la sujetó por debajo de las rodillas. Para empezar a moverla suavemente.

—¡Oh! —exclamó ella entre suspiros.

Él sonrió, y la movía más rápido, provocándole mucho placer.

—¡Sí! —gritó ella—. ¡Más! ¡Más!

La sujetó firmemente, dejó de moverla, y empezó a mover sus caderas, penetrándola con intensidad hasta que no pudo más. Entonces la abrazó contra su pecho y sonrió.

—¡Oh! —gritó él—. Noemí, no me gusta que te vayas —confesó entre



gemidos—. Pero me encanta despedirme de ti.

—A mí también.

Noemí respiró hondo, y lo miró con ternura.

—Me has hecho vivir los mejores días de mi vida —le dio un corto y caliente beso.

Estuvieron así unos minutos, entonces él la ayudó a vestirse, y a sentarse.

—Sabes, Izan. Espero que tengas suerte, y puedas resolver esto. Y cuenta conmigo para lo de testificar, y todo eso.

—Te lo agradezco.

Ella abrió la guantera, vio la caja de preservativos, y cogió uno.

—¿Qué haces? —preguntó él intrigado.

Se lo metió en la cartera.

—Por si tienes que... hacer un favor a una joven damisela en apuros.

—¡Eh! Yo no voy por ahí haciendo favores a cualquiera —aclaró Izan—. Mira, si consigo salir de esta, y demostrar mi inocencia. ¿Querías... quedar conmigo?

—¿Aquí? —preguntó ella sonriente.

—¡No! Me refiero a tomar algo, salir...

—¡Ah! En plan amigos —dijo ella relajada—. Sí, claro. ¿Por qué no?

Él negó con la cabeza.

—No, algo más.

—¿Amigos con derecho a roce? —preguntó ella inquieta.

Él respiró hondo, y soltó aire muy despacio.

—Me refiero a algo más que amigos. Noemí, me gustas mucho.

—No —negó ella rotundamente.

Izan tardó un momento en hablar, esa negativa le sentó como un jarro de agua fría.

—¿No? —preguntó él traspuesto.

—Lo siento Izan... —respiró hondo—. Siento que te hayas hecho una idea equivocada. No debí pedirte... aquello —se le quedó mirando—. Dijiste que para ti lo más importante era el trabajo.

—Sí, es cierto. Dije eso... pero, fue antes de conocerte.

—¡Ay Izan! ¿Cómo te digo esto? Yo... sabes... eres muy guapo, y... pero, no eres...

—Déjalo —habló desilusionado—. Ya lo he entendido.

Izan miró al frente, y vio el coche de Sandra.

—Bueno, vamos, ya ha llegado.

Sandra estaba de pie junto a su coche. Ya había empezado a oscurecer.

—¿Dónde te has metido? ¡Maldita sea! Yo no puedo esperar más.

De repente llegó una moto junto a ella. Sandra simplemente resopló, era el hermano de Noemí.

—No debería haber venido —espetó.

—¿Me has visto? —preguntó él sorprendido mientras se quitaba el casco.

—Señor Río, soy detective.

—¿Por qué has venido aquí? ¿Has quedado con él? —preguntó él directamente.

—Sí, me ha llamado —admitió ella.

—¿Lo sabía! —habló enojado—. Habéis quedado. ¿Estáis compinchados?

—Me ha llamado porque necesita que me haga cargo de su hermana.

La expresión de Dani cambió de repente.

—¿Va a dejarla libre?

—Eso espero. Si no ha cambiado de idea después de su discreta entrada —dijo ella enojada—. ¿Tiene móvil? Señor Río.

—Sí —cogió el móvil de su bolsillo—. Oye Sandra, puedes tutearme.

Ella lo miró, y él tendió la mano lentamente.

—Déjemelo.

Dani se lo pasó, y ella lo tiró al suelo y lo pisoteó.

—¿Qué haces? ¿Estás loca?

—El loco es usted, no se imagina lo peligrosa que es la gente que los está buscando.

—Vale, lo siento.

De repente ella desvió la mirada para prestar atención a la zona, pues notó algo sospechoso.

—¡Al suelo! —se abalanzó sobre él, sacó su arma, y disparó a un hombre que les apuntaba desde un árbol cercano.

Dani permanecía bajo ella, impactado por el ruido de las balas, a la vez que impresionado por lo espectacular y sexy, que resultaba Sandra.

—¡Rápido! —gritó ella—. Tras... el coche —se le quedó mirando un instante, que fue roto por el sonido de las balas—. ¡Ahora!

Se pusieron a cubierto.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¡Nos han seguido! ¿Sabe disparar?

—Sí.

Ella lo miró sorprendida.

—¡Cúbrame! —le dio su arma, y ella fue hasta la maleta.

Dani empezó a disparar por encima del capó.

—¡Viene un coche, negro, grande! —informó él.

—¡Usted dispare!

De repente apareció a su lado con una pistola ametralladora. De nuevo Dani la miraba embobado, ella disparó a los cristales del vehículo, provocando que los ocupantes tuviesen que agacharse.

El que estaba tras el árbol les disparó para poder subir al coche, y ellos se escondieron tras el de ella.

—¡Policía! ¡Entregaros! —gritó ella. Los disparos cesaron—. ¿Qué están haciendo?

Miró rápidamente, y vio que estaban cargando un lanzacohetes de corto alcance.

—¡Corre! —gritó ella.

Dispararon a su coche, y se produjo una fuerte explosión. Dani, y Sandra cayeron al suelo por el efecto de la onda expansiva.

—Sandra —habló Dani aturdido—. Sandra —la zarandeó.

—Estoy bien —cogió el arma con dificultad—. Mi coche. ¡Cabrones! ¡Ahora veréis! —esta vez no disparó a los cristales, si no al motor —cambió rápidamente el cargador, y siguió disparando.

Ante su insistencia los asaltantes abandonaron el lugar, justo en el momento en que llegaban Izan y Noemí por el otro sentido.

Izan bajó a prisa, y fue junto a ellos.

—¡Sandra! ¿Estáis bien?

Dani se puso en pie despacio mientras miraba a Izan lleno de furia.

—¡Tú! —quiso abalanzarse sobre Izan, pero este lo esquivó, y terminó en el suelo.

—Tranquilo. Tu hermana está en el coche, sana y salva.

Izan le tendió una mano para ayudarlo, que él no aceptó, dirigió su mirada al coche, y se acercó de forma apresurada.

Abrió la puerta, y abrazó a su hermana, que lo esperaba ansiosa. Estaba nerviosa por la explosión del coche de Sandra.

—Dani... ¿estás bien? ¿estás herido?

—No, tranquila, estoy bien. ¿Y tú?, ¿cómo estás?, ¿te ha hecho daño?

—Dani —lo abrazaba fuertemente—. Bien, estoy bien.

—¿Seguro? —preguntó desesperado.

—Sí, de verdad —aseguró ella.

—No sabes lo preocupado que estaba —se le quedó mirando—. Estás muy guapa.

—Gracias, Dani —se abrazaron de nuevo.

—Noemí. ¿Te ha hecho daño? —preguntó él de nuevo—, porque si te ha hecho algo, lo mato —aseguró.

—Dani, mírame —él así lo hizo—. Estoy bien —él sonrió feliz—. ¿Vale?

—Es que estuve muy preocupado.

—Lo sé.

Noemí ahora miró al exterior del vehículo. Observó cómo Izan ayudaba a Sandra a ponerse en pie.

—Oye. ¿Esa es la detective? —preguntó ella por lo bajo.

—Sí, es Sandra Moreno, es una borde, pero vaya forma de disparar —admitió él.

Izan, mientras, miraba a Sandra.

—Gracias por venir —dijo él.

—No hay de qué, vámonos —dijo con gesto serio.

Se dirigieron al coche. Noemí miraba a Sandra. «Carajo, si esa mujer es... normal, ¿qué somos las demás?». «Vaya pareja que hacen. ¿Cómo pudo Izan escoger el trabajo antes que a ella?».

En cuanto llegaron al coche Izan miró a Sandra.

—Bueno, supongo que... aquí nos separamos —miró la moto de Dani—. Vosotros coged el coche, yo —Sandra no le dejó seguir hablando.

—No, Izan. No te vas, estás detenido —dijo Sandra.

—No —negó incrédulo—. No puedes detenerme.

Sin más ella le apuntó con la ametralladora.

—Sandra... —protestó a la vez que alzaba las manos instintivamente.

—Sí puedo, soy policía. Las manos contra el coche.

—No —negó Izan abrumado.

Sandra lo sujetó del brazo herido, se lo retorció en la espalda, y lo hizo apoyarse en el capó. Para cuando quiso reaccionar ya le había puesto las esposas.

Noemí y Dani observaban la escena sin palabras.

—Sandra. ¡Joder! ¡Suéltame!

—Estás detenido. Cualquier cosa que digas puede ser utilizada en tu contra. Tienes derecho a un abogado, si no lo tienes se te asignará uno de oficio.

—¡¿En serio?!

—Sí —lo cacheó, y le sacó el arma, y una navaja.

—Oye, suéltame. ¿Vale? Sé razonable.

Ella lo llevó hasta la puerta trasera.

—¿Razonable? —preguntó enojada.

Respiró hondo, y le dio una fuerte bofetada.

—Esa, fue por mí.

Noemí se tapó la boca sorprendida, y Dani los miraba pasmado.

Izan miró un instante al suelo para alzar la vista de nuevo. Pero cuando lo hizo, ella, le asestó otra fuerte bofetada.

—Esta, por mi coche, y esta —lo abofeteó de nuevo—, ya lo sabrás.

Él se enfadó, y la miró serio.

—¿Ya vale?, ¿no?, esto está empezando a ser brutalidad policial —dijo Izan desafiante.

—No —le asestó un fuerte puñetazo en el estómago—. Esto sí es brutalidad policial —él se retorció del dolor, y ella aprovechó para meterlo en el coche—. Cuidado con la cabeza.

—Sandra, venga —suplicó Izan—. Ahora que te has despachado a gusto, suéltame. ¿Vale?

Sandra se acercó para hablarle, con gesto muy serio.

—No voy a dejar que hundas mi carrera.

Cerró la puerta.

—¡Nos vamos! Señor Río, ¿puede coger mi bolso? —lo señaló junto a su coche calcinado.

—Claro, el bolso. ¿Cómo no? «Un artículo imprescindible para una mujer». «Acaban de dispararnos, y piensa en el bolso» —lo cargó—. ¡Coño! ¿Qué llevas aquí?

—Armas. ¿Qué pensaba?

Se fueron rápidamente del lugar. Entonces Sandra miró a Noemí.

—Señora Río, soy la detective Sandra Moreno. En nombre del cuerpo de policía le pido disculpas por todo lo que ha pasado. Yo me encargaré personalmente de que llegue a casa, sana y salva.

Noemí aún la miraba sorprendida. «Vaya mujer...». «De mayor quiero ser

como ella». Tardó un momento antes de conseguir decir algo.

—No... no ha pasado nada malo —titubeó Noemí—, aparte de los disparos, y persecuciones. Izan me ha tratado bien —Sandra la miró con suspicacia—. Y... puedes llamarme Noemí.

Dani escuchaba a Noemí, entonces miró a Izan.

—Oye, tío, más te vale que eso sea cierto, porque como le hayas faltado al respecto te parto la cara.

Izan simplemente lo miró.

—Dani —habló Noemí—, ¡por favor! Ya te he dicho que me ha tratado bien.

Dani no le sacaba la vista de encima, no le resultaba convincente, entonces Izan miró a Sandra.

—Oye Sandra, no podemos ir los cuatro juntos. Es muy peligroso, está claro que te han seguido.

—¡Ya lo sé! ¿Vale? —dijo ella—. Buscaré un lugar seguro para ellos, y nosotros nos vamos a comisaría.

—¿A comisaría? —protestó.

—¡Sí! Es a donde deberías haber ido en un primer momento, sin armar todo este jaleo.

—¡Joder! —resopló—. Vale, ¿ya sabes quién es el corrupto?

—Sé que no eres tú, el testigo ha cantado —Izan resopló aliviado—. Necesito saber qué pasó ese día.

—Y... ¿Por qué me detienes? —preguntó él.

—Porque te lo mereces —espetó—. Además, me falta tu declaración, y tienes tendencia a... desaparecer.

—Ya... —dijo Izan.

—Sandra... —intervino Noemí—. Se ha encendido la luz de fatiga. ¿Estás bien? —se fijó en su cintura—. ¡Estás sangrando!

—Lo sé, me rozó una bala, es poca cosa.

—¡No! Tenemos que parar —insistió Noemí.

—Va a ser que no —dijo Sandra—. Tenemos dos coches detrás.

De repente uno de ellos los embistió, y a Sandra le costó bastante recuperar la trazada.

—¡Sandra! Las llaves —exigió Álex—. ¡Dame las llaves! ¡Esos tipos no se andan con bromas!

—¡Dáselas! ¡Izan tiene razón! —advirtió Noemí—. Así no podrás conducir.

Sandra le dio las llaves, y Noemí se las pasó a Dani, para que soltase a Álex.

—Izan —habló Noemí—. Tienes que conducir tú.

—Sandra, acelera, y pon velocidad de crucero —ordenó Izan—. Noemí, sujeta el volante —empezó a reclinar el asiento, y miró a Dani—. En cuanto te diga la coges, ¿vale?

—Sí —admitió Dani.

—¡Ya!

Dani sujetó por debajo de los hombros a Sandra, y tiró de ella para que Izan pudiese ponerse al volante.

—Mi arma —pidió Sandra.

—No —dijo Noemí—. Tienes que presionar la herida —Noemí miró a un lado, y al otro —Dani, tu camiseta.

Este no lo pensó dos veces, se la quitó para tapar la herida, y le puso el cinturón de seguridad, así ella no tenía que presionar tanto.

—Yo disparo —le quitó la pistola ametralladora que llevaba ella en la cintura—. Me gusta este juguetito.

Bajó la ventanilla, y disparó directamente a la zona frontal de uno de los coches, hasta que este perdió el control, y se salió de la carretera.

—¡Uno menos! —dijo Dani.

El otro vehículo consiguió ponerse a la par con ellos, y los embistió lateralmente.

Como no les resultó abrieron fuego provocando la rotura de las ventanillas.

—¡Noemí! ¡el arma! —ordenó Izan.

—¡Ah! —Noemí gritaba asustada por la proximidad de los disparos.

—¡Noemí!

—Sí —se la dio tal como él le había enseñado, y se tapó la cara con las manos.

Izan disparó al conductor consiguiendo alcanzarlo en un hombro, y este perdió el control, terminando empotrado contra un árbol.

Los demás asaltantes siguieron disparando, pero ya no pudieron alcanzarlos.

—¡Bien! —dijo Izan—, ya está —entonces miró a Noemí—. Tranquila, ya pasó, no pueden seguirnos.

Noemí respiró hondo para tranquilizarse, y miró a Sandra.

—Izan, tenemos que parar.

—Se va a desmayar —advirtió Dani.

—¿Podrás curarla en el coche? —preguntó Izan.  
Noemí estudió la situación.  
—Necesito luz.  
—Eh... —Izan miró al hermano de Noemí.  
—Es Dani —aclaró Noemí.  
—Dani. Mira en el bolso de Sandra, tiene que haber una linterna.  
—Seguramente, esto debe pesar como quince quilos —dijo él mientras buscaba.  
—En el bolsillo izquierdo —balbuceó Sandra con voz débil.  
—Sandra —habló Noemí—, tú descansa. Dani. ¿Cómo está?  
Dani le controló el pulso, y la examinó.  
—Tiene el pulso débil. No hay más heridas, a parte de unos golpes en las rodillas.  
Le subió un poco la camiseta.  
—Cuidado con lo que hace, señor Río —advirtió Sandra.  
—Ya te gustaría que me propasase contigo —espetó Dani—. No estás tan buena, detective.  
—Sí lo estoy —dijo ella convencida.  
—Ya... —sonrió—. Si te miran todos, es porque vas enseñando de más.  
Izan miró a Noemí sorprendido.  
—Lo hace para darle conversación —le dijo ella en bajo—. Tú busca un sitio para parar.



## ¿Sigues enfadado conmigo?

Izan detuvo el coche y miró a Noemí.

—Aquí podremos estar unos minutos.

—Bien, tenéis que ponerla en tu asiento —explicó Noemí—. Reclinado del todo.

—Sí —bajó, y cogió en brazos a Sandra.

—¡Ah...! —se quejó Sandra.

—Tranquila —dijo Izan, mientras esperaba a que Dani reclinase el asiento.

—Izan —habló Noemí—. Acuéstala, y espera fuera. Dani, tú ayúdame.

—Vale, yo vigilo —dijo Izan arma en mano.

—Bien —dijo Noemí mientras inspeccionaba la herida—. Dani, mírale la temperatura, yo ya tengo las manos limpias.

Este le puso la mano en la frente.

—Está que arde. Sobre treinta y ocho.

—Vale, ahora necesito luz.

Dani encendió la linterna, y alumbró sobre la herida.

—Sandra —le habló Noemí, y esta la miró—. Estás mareada porque has perdido sangre, pero te vas a poner bien —le limpió la herida—. Hay orificio de salida, solo necesitamos desinfectar y coser.

Ella simplemente asintió.

Noemí desinfectó la zona, y Sandra se quejó.

—¡Ah! —intentaba no moverse, pero le escocía demasiado.

—Tranquila, es un momento —dijo Noemí—. Dani, vas a tener que sujetarla. Voy a coser.

—Sí.

Dani le sujetó las muñecas, le cruzó los brazos encima del pecho, y la miraba fijamente.

—Izan, ven —pidió Noemí—. Sujétale las piernas, y coge tú la linterna.

La sujetaron entre los dos para que Noemí pudiese coser.

—¡Ah! —gritó Sandra.

—Tranquila —le habló Dani—. Estás en las mejores manos.

—¿Las tuyas, señor Río? —preguntó Sandra con sarcasmo.

—No, las de mi hermana, yo solo soy el que lleva la ambulancia.

Sandra volvió a gritar, e Izan observaba a Noemí, ella parecía no inmutarse

ante la presión del momento.

—Aguanta un poco, ya estoy terminando —explicó Noemí.

Sandra respiraba agitada.

—Eres muy valiente —dijo Dani—. Muñeca.

—No soy una muñeca —protestó ella.

—Pues pareces la Barbie pistolera. Y vaya accesorios que te traes.

—Ya está —dijo Noemí—. Ya podéis soltarla.

Dani la soltó, y ella le dio una bofetada.

—Eres un estúpido —hablaba sin fuerzas.

—¡Eh! —Dani le sujetó de nuevo la muñeca—. Esta te la voy a perdonar... por la situación, y porque me has tuteado.

Dani la soltó, y miró a Noemí.

—El pulso bastante bien, pero está débil. La bofetada fue suavcita, más bien parecía una caricia.

—¿Alguien puede darme un arma? —preguntó Sandra enojada.

—Después —dijo Noemí—. Ahora tienes que descansar.

Izan observaba perplejo la situación.

—Hermanita, parece que volvemos a ser un equipo —dijo Dani feliz.

—Sí —resopló, y sonrió.

—¡Dios mío! —de repente a Dani se le escaparon un par de lágrimas que se apresuró a limpiar.

—Dani... —Noemí lo miraba con ternura.

—Es que... has sonreído. Hacía tanto tiempo que no te veía sonreír.

—Siento interrumpiros, chicos —intervino Izan—. Pero, tenemos que irnos —cogió a Sandra en brazos—. Arriba.

La metió en el asiento de atrás.

—Ya te tengo —dijo Dani mientras la abrazaba—. Pero no aproveches para tocar mi torso desnudo.

—Dani —habló Noemí—. No alteres a la paciente.

A Izan le dio la risa.

—No voy a tocar tu puto torso desnudo —dijo Sandra enojada—. Estúpido engreído —quiso darle otra bofetada.

—Deja ya de intentar acariciarme —la sujetó—. Ahora descansa, lo necesitas.

Izan arrancó con cuidado.

—¿A dónde vamos? —preguntó Noemí.

—Tengo que buscar un sitio seguro para vosotros dos. ¿Cuánto tiempo

tardará Sandra en ponerse bien?

—Si es como tú, poco. Tu herida era peor. La verdad es que, si todo el mundo fuera como vosotros, no habría listas de espera.

—Cierto —intervino Dani—. Se ha quedado dormida —le tocó la frente—. Y la fiebre empieza a remitir.

Izan lo miró un instante, y sonrió.

—¿Tú no te habrás pasado un poco? —preguntó Izan a Dani.

—Había que mantenerla despierta —dijo Dani—. Aunque he de decir que es la primera vez que me pegan. Vaya temperamento que se gasta.

—Pero te pasaste cuatro pueblos. Sandra es cualquier cosa menos una muñequita.

—¿Y cuántos te pasaste tú? —espetó Dani—. Cuando lleguemos, vamos a tener una conversación, tú y yo.

—Si quieres decirme algo puedes hacerlo ahora.

—Chicos —intervino Noemí—. Lo que pasó fue cosa del destino. Y... me vino bien. Necesitaba vivir algo que me sacase de mi... rutina.

—¿Qué te secuestrara el tipo este te sentó bien? —preguntó Dani molesto. Izan lo miró, pero no dijo nada—. Podríamos haber ido a un parque de atracciones. ¡Joder!

—Dani... ahora veo las cosas de otra forma —sonrió—. Quiero volver a trabajar, creí que no podría hacerlo por culpa de mi minusvalía, pero he comprendido que no me impide hacer lo que más me gusta.

—¿En serio? —preguntó Dani emocionado—. No te imaginas cuánto me alegro.

Izan entró discretamente en las instalaciones de un motel, y aparcó en la zona más oscura.

—Este es un buen lugar para pasar desapercibidos.

—¿No me digas? —dijo Dani con sarcasmo—. ¿Un motel? Hermanita. Este tipo te habrá respetado... porque si no es el caso —Noemí lo interrumpió.

—Dani, claro que me ha respetado.

Izan miró un momento a Noemí. Y sacó las llaves del contacto.

—Voy a pedir un cuarto.

—No —dijo Dani—. No tío —le apuntó en la sien con el arma de Sandra—. Las manos en alto —Izan alzó las manos.

—¡Dani! ¿Qué haces? —preguntó Noemí sobresaltada.

—Vas a coger a tu novia, y te vas a largar.

—Oye, Dani —protestó Izan—. Esto no es necesario.

—Dame las llaves del coche —ordenó Dani.

—No Dani, baja el arma, y te explico lo que vamos a hacer. Yo solo intento protegeros —dijo Izan—. ¿Vale?

—Y una mierda, tú eres el que nos pones en peligro. A partir de ahora, yo me ocuparé de mi hermana. Dame las llaves.

Izan en un momento le sujetó el arma, y se la quitó de las manos. Para cuando Dani quiso reaccionar, ya Izan había quitado el cargador, y la bala de la recámara.

Noemí respiró aliviada.

—Dani —habló Noemí—. Tienes que fiarte de Izan, esos hombres que nos siguen son muy peligrosos. Ya lo has visto.

—Joder Noemí. Nosotros no tenemos nada que ver con esto.

—Eso a ellos les da igual —advirtió Izan.

Dani respiró nervioso, bajó la vista un momento, y miró arrepentido a Noemí.

—Siento tanto haber aparcado en doble fila. Te he puesto en peligro, y... unos metros más adelante había un sitio. Pero, por vago...

—Oye —intervino Izan—. No ha sido culpa tuya. Esto se va a arreglar, pero tenéis que seguir mis instrucciones.

Izan preparó de nuevo el arma, y se la entregó a Dani. Este, simplemente la cogió, y guardó.

—Ahora vengo —dijo Izan.

Dani se sentía muy inquieto, respiraba nervioso, y no conseguía aclarar sus ideas. Entonces, sentó a Sandra, y bajó del coche.

—Noemí —abrió la puerta—. Nos vamos.

—No, Dani, él tiene razón.

—Noemí —dijo con tono tranquilizador—. Yo te protegeré —la cogió en brazos.

—Pero ellos son policías —protestó Noemí.

—No tienes que tener miedo, sabes que sé disparar.

Solo recorrió unos metros cuando Izan habló detrás de ellos.

—¿Qué plan tienes? ¿Vas a registrarte con tu nombre? ¿Hacer auto stop? —hubo un silencio—. Dime.

Dani se dio la vuelta, y lo miró. No supo qué contestar, pues no tenía argumentos.

—He cogido un cuarto —le dio la llave a Noemí—. Con un nombre falso. Pasaremos la noche, y mañana me largo con Sandra.

—¿Por qué no te largas ahora? —espetó Dani.

—Dani —protestó Noemí.

Izan lo miró antes de hablar.

—Necesito descansar —confesó—. Unas horas.

—Vale tío, venga —dijo Dani—. Ve a buscar a Sandra, además, habrá que echarle un vistazo a la herida.

Dani entró en el cuarto, no era muy grande, y solo había dos camas gemelas pequeñas. Un televisor, un sofá, y una butaca.

—Noemí —habló Dani—. El tipo este. ¿Te trató bien?

—Que sí, Dani —dijo Noemí ya cansada.

—¿Te respetó? —preguntó él muy serio.

—¿Qué pregunta es esa?

—A ver, Noemí —la sentó en una cama, y él se sentó en la de enfrente. Se ha estado encargando de ti, eso incluye...

—Dani. ¡Claro que me respetó! —protestó Noemí—. Es policía.

—Pero también es un hombre.

—Puedes estar tranquilo —aseguró ella.

—Oye, si lo estás protegiendo por miedo, dímelo.

—No, Dani, en serio, se desvivió por cuidarme. ¿Vale?

En ese momento entró Izan, Dani lo miró con desconfianza, y se apartó para que acostase a Sandra.

También había traído la mochila de Sandra. Entonces, miró a Noemí.

—¿Puedes echarle un vistazo?

—Sí —dijo Noemí mientras se tocaba el estómago.

—¿Qué pasa? —dijeron a la vez Dani, e Izan.

—Tranquilos chicos, solo es hambre.

—Voy yo —dijo Dani.

—¿Sin camiseta? —preguntó Izan.

—Soy menos sospechoso que tú; con la camisa rota, un vendaje, y tu cara en todos los telediarios. Además, estamos en un motel.

—Dani —habló Noemí—. No avises a la policía, tienen un topo dentro.

Dani los miró pensativo.

—No iba a llamar a la policía —protestó—. Vale —dijo al ver la mirada desconfiada de su hermana—. No lo haré. Será por policías...

Se fue enfadado.

Noemí se puso a examinar la herida de Sandra. Esta seguía dormida.

—Está bien, no hay infección —hablaba observando la herida—. Pásame una gasa.

—Sí —Izan se la pasó—. Noemí.

—Dime —contestó ella sin dejar de prestar atención a las curas.

—Lo haces muy bien. Es una pasada cómo mantienes el pulso cuando estás curando, en medio de una situación tan tensa.

Ella terminó de colocar la venda, y lo miró.

—Anda, ¿y tú? Cuando disparas y conduces —sonrió—. No te despistas ni con una loca gritando a tu lado. Pareces un súper agente de operaciones especiales.

—¡Venga ya, estás exagerando!

Ella se le quedó mirando.

—¿Sigues enfadado conmigo?, por decirte que solo quería sexo.

A Izan se le hizo un nudo en la garganta.

—Bueno... o sea —titubeó Izan—. No estoy enfadado, estoy... —soltó aire—, no me sentó bien —confesó.

Noemí le tocó la mejilla, se acercó, y lo besó suavemente.

—Noemí. ¿Qué haces?

Él le sujetó la muñeca, y apartó su mano. Pero ella en lugar de apartarse, lo miró con picardía, y volvió a besarlo.

—Noemí —protestó él nervioso—. Tu hermano va a venir...

Ella no atendía a razones, cada vez lo besaba más apasionadamente, y él no era capaz de resistirse.

Desabrochó su camisa para tocar su torso, y llevó una de las manos de él hasta su pecho.

Izan respiró hondo, y atrapado por el deseo, la sentó en sus piernas mirando hacia él, y la abrazó hasta pegarla contra su cuerpo.

—Esto está muy mal —dijo él.

—Sí —admitió sonriente—. Y me encanta —lo besó, pero ahora le metió la lengua en la boca.

Tal como la tenía se puso en pie sujetándola por los muslos y se la llevó al baño.

En cuanto cerró la puerta la apoyó contra la pared y le habló al oído.

—¿Por qué me provocas así?

Ella en lugar de contestar a su pregunta le mordió el lóbulo de la oreja.

—¡Noemí! —la miraba fijamente, con la respiración agitada—. ¿Qué pretendes?

—¿Tú qué crees? —lo miraba de forma seductora.

—¡Joder! ¡Cómo me pones! —sonrió y dio un paso atrás—. Cógete a mí —ella lo abrazó fuertemente y él le subió el vestido aprovechando para tocarle las caderas, luego le bajó las bragas dejando que estas cayesen al suelo.

Entonces sujetó sus piernas por detrás de las rodillas, y la apoyó de nuevo contra la pared, pero ahora fue un poco más brusco.

Ella se excitó sobremanera al sentirse atrapada entre su cuerpo y la pared.

—¡Oh! ¿Lo vamos a hacer de pie? —dijo sorprendida—. Nunca lo hice así.

—¿Tú qué crees? —preguntó pícaro.

Izan sonrió, y se apresuró a ponerse el preservativo para penetrarla.

—¡Oh! —gimió ella.

Empezó a moverse con suavidad dentro de ella. La besó tiernamente, para luego meterle la lengua en la boca, y poseerla más apasionadamente.

Ella sentía que iba a estallar de placer, él la apretaba contra la pared lo justo para no hacerle daño. Y le gustaba sentir su lengua en su boca, a la vez que la poseía.

Entonces él se detuvo, y se sentó en el retrete con ella encima.

Noemí lo miraba con la respiración entrecortada.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¿Quieres que siga? —preguntó él con voz sugerente.

—Sí.

—¿Qué me das a cambio?

Él la miraba fijamente, y ella simplemente sonrió.

—¿Qué quieres? —preguntó ella con picardía.

—Que salgas conmigo.

—Izan —se acercó para hablarle al oído—. Esto es... solo sexo —le mordió de nuevo el lóbulo de la oreja, hasta el punto exacto en el que el placer se convertía en dolor—. O lo coges, o lo dejas —ahora fue ella la que lo besó con lengua—. ¿Serías capaz de parar? ¿Ahora?

Él cerró los ojos, y echó la cabeza para atrás.

Respiró hondo, y volvió a mirarla.

—Claro que sí —aseguró ante la mirada preocupada de Noemí—. Pero no hoy.

Entonces le sujetó el pelo, y la besó apasionadamente, mientras la movía encima de él.

—Dime Noemí. ¿Solo te gusto para follar?

Ella sonrió.

—Me encanta como follas —dijo entre suspiros—, y como conduces, y... como eres. Pero no quiero una relación. Con nadie.

Él se detuvo de nuevo, y la besó suavemente.

—¿Por tu minusvalía?

—Sí.

—¿Y qué te impide hacer tu minusvalía? ¿Te impide hacer esto?

La puso de nuevo contra la pared, y la poseyó en esa postura. Ella se sentía totalmente atrapada y entregada, jamás había sentido eso con ningún otro hombre.

La embestía como si quisiese demostrarle que nadie podría desearla como lo hacía él, que nadie la amaría con esa intensidad.

No se detuvo, hasta que ambos llegaron al clímax. Entonces se miraron con la respiración agitada.

Ella cogió aire y lo abrazó, sentía que no tenía fuerzas.

—¡Noemí! —escucharon la voz de Dani.

—Mierda —dijo Izan—. Tu hermano.

Ella de repente sonrió.

—¿Por qué te ríes? —preguntó él nervioso.

—Se va a dar cuenta, creo que estoy muy colorada.

Él la miró.

—Si se entera tu hermano de que te he tocado, me mata.

—¡Noemí! —llamaba de nuevo Dani, ahora tocaba la puerta del baño.

—¡Un momento! —dijo ella—. ¡Estoy en el baño!

—¿El poli está contigo? —preguntó Dani.

—¡No! —respondió ella ante la perpleja mirada de Izan—. Siéntame, y sal por la ventana —él la miró un momento, y siguió sus instrucciones—. ¡Eh! Mis bragas —sonrió, y se las puso sin dejar de mirarla—. Venga, vete.

—¡Noemí! ¿Necesitas ayuda? —preguntó de nuevo Dani.

—¡Si! ¡Ya he terminado! ¡Entra!

Dani entró tranquilamente.



—¿Por qué no me esperaste?

—Es que no me aguantaba.

—¿Estás bien? —se le quedó mirando, extrañado.

—Sí, estoy bien. Solo me encuentro un poco agotada. Ha sido un día muy intenso.

—Y el poli no está. Desde luego, qué irresponsable. Te deja aquí sentada, y se va a tomar el aire.

—Dani, no te preocupes, igual fue a buscar algo al coche.

Fue hasta el sofá que había en el cuarto, y se sentó con ella en brazos.

—Y hablando de él, creo que lo tienes un poco idealizado.

—¡Que va! Pero, si es un “chulito” —dijo Noemí, intentando restarle importancia al asunto—. De esos que se machacan en el gimnasio, hasta tiene “tableta de chocolate” —explicó con naturalidad.

—¿Y tú eso como lo sabes?

Ella lo miró con los ojos abiertos como platos.

—Se, se nota. ¿No lo has visto?

—No, no lo he visto. Pero veo que tú sí —espetó Dani desconfiado.

—Dani, lo he visto cuando se cambió la camisa —explicó—. Además, tiene un seat rojo, un... como el que robó, con acabado deportivo, de no sé cuántas inyecciones.

—Un cupra, ya, ya lo sé —sonrió con picardía—. Lo que no sabe él, es que va a tener que llevarlo al taller. Le rompí el parabrisas.

—¿Por qué? —preguntó ella sorprendida.

—Se llevó lo que más me importa en este mundo.

Ella lo abrazó, y le dio un beso en la mejilla.

—Yo también te quiero.

Él sonrió feliz, y miró a Sandra.

—Anda, la princesa se ha despertado —dijo Dani.

En ese momento entró Izan.

—¡Por Dios! —dijo Sandra mientras se llevaba las manos a la cabeza—. ¿Alguien puede pegarle un tiro por mí?

—Haya paz —pidió Izan.

—Paz... —soltó Dani—. ¿Dónde estabas? Dejaste a mi hermana sola en el baño. ¿Qué tenías tan urgente que hacer?

Izan se quedó en blanco, y tragó saliva.

—¡Vale ya! —exclamó Noemí—. Vamos a cenar. ¿Qué has traído?

—No había mucho para escoger —explicó Dani—. Pollo asado, y para

acompañar patatas de bolsa.

Sandra se incorporó con cuidado, y Noemí se le quedó mirando.

—Sandra, ¿cómo te encuentras? —preguntó Noemí.

—Bien —se sentó a su lado—. Quería agradecerte lo que has hecho por mí.

—No es nada —dijo Noemí.

—¿Y yo? —habló Dani—. ¿A mí no me lo agradeces?

—Señor Río —habló Sandra con tono serio—. El departamento le pagará la camiseta.

—¿Y mientras? —preguntó él.

—Puede coger un chaleco, en mi mochila.

—¿Un chaleco antibalas? —preguntó él sorprendido.

—Sí —dijo Sandra.

Dani terminó de cenar, y fue sonriente hasta el bolso de Sandra.

—Con esto —se lo puso—. Voy a ser irresistible.

Dani no estaba tan musculado como Izan. Era más bien delgado, pero tenía un cuerpo bien proporcionado.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó a Sandra.

—No, lo siento.

—No importa, ya me compraré uno en una página de subastas —siguió rebuscando en la mochila—. ¡Hostia! —encontró las esposas, y las hizo girar con un dedo—. ¿Quieres jugar? Muñeca.

Miró fijamente a Sandra cuando lo dijo. Noemí le dedicó una pícaro sonrisa a Izan, que él entendió perfectamente, y luego prestó atención a su hermano.

—Solo me falta la porra, y las gafas —sonrió.

—Dani —habló Noemí—. Pareces un stripper.

Entonces se le escaparon las esposas como consecuencia del comentario.

—¡Un stripper! —recogió las esposas—. ¡Venga ya! —volvió a sentarse, entonces notó que algo le molestaba en el bolsillo, y sacó la libreta de Sandra.

—¡Mi libreta! —dijo Sandra alarmada—. ¡Dámela!

Él iba a entregársela, pero al ver la insistencia que mostraba ella por recuperarla, no lo hizo.

—¿Aquí escribes tus secretitos? —él también se puso en pie, y decidió echar un vistazo a sus anotaciones.

—¡Dame la libreta! —insistió Sandra mientras se ponía en pie—. Eso es confidencial.

Se acercó, pero él le dio la espalda para continuar. Entonces cerró la libreta, y tragó saliva. Su gesto cambió al instante, aquella sonrisa vacilona se convirtió en furia.

Sandra se la quitó de las manos, y lo miró preocupada.

—Señor Río... —dijo Sandra.

Dani miró perplejo a su hermana, y luego a Izan. Este se puso en pie preguntándose qué podía haber leído el hermano de Noemí.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó desconsolado.

—¡Eh! ¡Para! —advirtió Izan.

Se abalanzó sobre Izan, y cayeron los dos por el suelo.

—¡Te voy a matar! ¡Cabrón! —le dio un puñetazo en la cara, y luego intentaba estrangularlo.

—¡No! ¡Parad! —pidió Noemí desde el sofá.

—¡Has abusado de mi hermana! ¡Te voy a matar! ¿Cómo has podido?

—¡Basta! ¡Dani! ¡Déjalo! —gritó Noemí—. ¡Yo se lo pedí!

De repente se hizo un silencio en la sala.

—¡Yo se lo pedí! ¡Fui yo! —repitió Noemí—. Solo quería... sentirme mujer —explicó avergonzada.

Dani dejó a Izan, y se sentó en el suelo con la cara entre las manos. Entonces miró a Sandra.

—Tú lo sabías, y no me dijiste nada. ¡Eres una puta!

Se puso en pie, y se fue sin más.

Izan se incorporó, y miró a Sandra mientras se limpiaba la sangre del labio.

—Dejaste pruebas, tío —advirtió Sandra, entonces miró a Noemí—. Noemí. ¿Lo que has dicho es cierto? ¿Se lo pediste tú?

—Pero, ¿qué pregunta es esa? —protestó Izan—. ¿Me crees capaz de algo así?

La miraba desconcertado, no podía creer que dudase de él.

—Izan. Vete a tomar un poco el aire —sugirió Sandra.

—¡Venga ya! —protestó él—. ¿Qué pasa? Soy yo. Es que... ¿no me conoces?

—Izan, estoy haciendo mi trabajo —habló despacio—. Sal del cuarto. Ya.

—Vale, vale —salió enojado.

Fuera estaba Dani, con la mirada perdida. Se dio la vuelta, y miró a Izan.

—Dani, yo nunca haría daño a tu hermana.

Dani se enfadó de nuevo, lo cogió por el cuello de la camisa, y lo puso

contra la pared.

—Mi hermana está pasando por un trauma muy grande —hablaba enojado—. No es consciente de lo que hace. No debiste tocarla. ¿Entiendes? Toma mucha medicación. —Izan simplemente lo miraba—. Le iba muy bien, iba a casarse... y lo dejó todo, dejó a su novio, y cayó en una depresión.

—¿Qué? ¿Ella lo dejó? —preguntó Izan frustrado.

—Sí, no quería ser una carga para él.

—Entonces, por eso no quiere nada conmigo...

Dani lo miró extrañado, y lo soltó.

—¿De qué hablas?

—Dani, me gusta tu hermana —confesó Izan—. Mucho. Me da igual que no pueda caminar, me gusta la persona que es. Y la medicación, se la he tirado.

—¿Qué? —Dani lo miró preocupado.

—Solo necesitaba hablar, y llorar. No toda esa mierda de antidepresivos que tomaba.

—¿En serio? —preguntó Dani con los ojos llorosos—. ¿Cuánto tiempo lleva sin medicación?

—Desde que me la llevé —dijo Izan.

Dani lo miró un momento, respiró hondo, y entró en el cuarto. Sandra estaba sentada con ella en el sofá.

—Sandra, quiero hablar con mi hermana, a solas —dijo Dani con tono seco.

—Sí, claro —se puso en pie despacio.

—Ya te llevo yo —la cogió en brazos, y salió del cuarto.

—¿Está loco? Puedo caminar —protestó ella.

Cuando salió la puso en pie, fuera.

—Ten cuidado —advirtió Dani—. No te caigas de la falda.

—¿Qué? —protestó Sandra.

Él simplemente cerró la puerta, a su paso.

A Izan le dio la risa.

—¿Qué le pasa? —preguntó ella—. ¿Y tú de qué te ríes?

—Nada. ¿Qué? ¿Qué tal el interrogatorio? ¿Has salido de dudas?

—Bien. Te ha dejado quedar muy bien —aclaró ella—. Le daba un poco de vergüenza hablarlo conmigo, pero se soltó.

—¿Ah sí? —preguntó él inquieto—. ¿Qué te dijo?

—Izan, eso es confidencial.

—A veces eres demasiado profesional —dijo Izan receloso.

—Siempre soy profesional —sacó la libreta—. Te toca, empieza.

Mientras, dentro, Dani conversaba con su hermana.

—Hermanita... ese hombre es un prófugo, te secuestró. ¿Cómo se te ocurre ni siquiera pensar en tener algo con él?

—Dani, me sentía muy sola. Y él es... es perfecto —sonrió.

—Perfecto... —repitió Dani con sarcasmo—. Creí haberte oído decir, que era un “chulito”, con “tableta de chocolate”, la cual viste fugazmente —hizo hincapié en esa última palabra.

Ella simplemente sonrió.

—Te mentí. No es un chulito, es encantador, y atento, y... sí, sí lo vi, lo vi entero —Dani la miró con los ojos abiertos como platos—. Y está como un tren —resopló—, cada vez que recuerdo su culito con los vaqueros, y el arma en la cintura... ¡Uf! Parece que me da algo —miró sonriente a su hermano—. Yo... solo aproveché la ocasión.

—¡La ocasión la aprovechó él! Se aprovechó de que estabas desvalida y triste.

—¡Dani! Soy minusválida, no tonta. Y no me arrepiento, lo disfruté, y mucho. Y, me siento bien —afirmó segura, y luego respiró hondo—. Hacía tiempo que no me sentía así.

Dani tardó unos segundos en reaccionar, respiró hondo y se relajó.

—¿En serio? —la abrazó—. Me alegro mucho. Oye, me dijo que no has vuelto a tomar medicación.

—Sí —afirmó ella sonriente.

—¿Y cómo estás? —preguntó Dani.

—Bueno, por ahora, me dio una crisis de ansiedad, pero... me encuentro bien. Supongo que estar tan cerca de la muerte, me hizo ver las cosas de otra forma.

—Sabes, ya no me cae tan mal —admitió Dani. La miró tiernamente antes de seguir hablando—. También me dijo que le gustas.

—No. Lo que le pasa es que... está confundido. ¿Cómo voy a gustarle yo? ¿Sabes que Sandra y él, estaban comprometidos?

—Sabía que algo había, la apartaron del caso por eso —afirmó Dani.

—Estaban comprometidos en secreto, el sitio ese en el que quedaron era... donde quedaban, ya sabes para qué —dijo sonriente—. ¿Cómo le voy a gustar yo, teniendo a ese “pibón”?

—Noemí, tú eres más guapa que ella. Además, tiene muy mala leche —se echó a reír—. Vaya hostia que le metió.

Horas después Izan permanecía despierto, se habían repartido la noche para hacer guardia, algo muy aburrido y tedioso, o eso pensó siempre él.

Pero esa noche miraba encandilado a Noemí, entonces, ella se despertó incómoda, se incorporó lentamente, y miró a su alrededor.

—¿Qué pasa? —preguntó Izan en voz baja, mientras se acercaba.

—Nada, solo iba a girarme.

Noemí colocaba las piernas, pero era más difícil de lo que parecía a simple vista.

—¿Te ayudo? —se ofreció Izan.

—No, tengo que hacerlo yo.

Colocó las piernas, pero cuando fue para acostarse se dio con el cabecero. Entonces se incorporó de nuevo, y se tapó la cara con las manos mientras respiraba angustiada.

Izan no dudó, se metió con ella en la cama, y la colocó, para luego abrazarla. Ella apoyó la cabeza en su pecho, y también lo abrazó.

—¿Así estás cómoda? —preguntó Izan.

—Sí —sonrió—. Hace mucho que no duermo así.

—¿Cuánto? —preguntó curioso.

—Pues, no sé. Irá para un año.

—Pues yo, hace más —confesó él.

—¿Qué? —lo miró—. ¿En serio? —él asintió—. Pues entonces hay que hacerlo bien.

—¿Qué quieres decir?

Ella empezó a desabrocharle los botones, pero él le cogió la mano.

—¿Qué haces? —protestó él.

—¡Shis! Tranquilo —colocó una de sus piernas entre las de él, y luego metió una mano por debajo de su camisa, para ponerla sobre su pecho—. Buenas noches.

Él sonrió.

—Ya lo he entendido, pero me falta el beso de buenas noches.

Ella sonrió, y le dio un suave beso en la mejilla.

—Eh... en la boca —protestó él.

—En la boca no, ya sabes cómo acaba eso —él sonrió—. Buenas noches.

—Buenas noches, Noemí —le tocó el pelo con ternura, y se dedicó a repasar mentalmente todo lo ocurrido en tan solo dos días.

## Demasiado protector

El inspector Suárez hojeaba las fotos del coche de Sandra.

Se pasó la mano por el pelo, y resopló.

—Mierda —fue directo al despacho del comisario—. ¿Puedo hablar con usted?

—Siéntese, ya ha entrado.

—Ha aparecido el coche de Sandra calcinado.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos, solo está el coche y la moto de Dani Río. Sospecho que ella había quedado con el inspector Santos, hay marcas de neumáticos, unas de un todoterreno y las otras es probable que sean del León.

El comisario se llevó las manos a la cabeza.

—Esto parece complicarse por momentos, la prensa me va a linchar. ¿Hay alguna pista de donde pueden haber ido?

—No, pero sabemos que Sandra está herida, en la escena del crimen había sangre suya.

—Bien, encuéntralos.

—Sí, señor —Suárez se disponía a salir del despacho, pero el comisario lo llamó de nuevo.

—Suárez.

—Sí.

—¿Cómo consiguió las fotos que me entregó?

—Pues... me las hicieron llegar.

—Si la han seguido, es porque conocían su relación de antemano.

El comisario cogió el sobre con las fotos y se lo entregó.

—Averigüe de dónde han salido, y encuéntrelos sanos y salvos

—Sí, señor.

Dani Río se despertó, abrió los ojos lentamente, y lo primero que vio fueron las piernas de Sandra. Ella estaba sentada en la butaca de al lado, y había apoyado los pies en el sofá.

—Vaya... —dijo sorprendido, entonces ella apartó las piernas.



Él la miró un instante para luego fijar la vista en la cama donde Noemí dormía abrazada a Izan.

—¿Qué...? —habló casi sin voz mientras se ponía en pie de un salto.

—Señor Río —dijo Sandra en voz baja—, déjelos.

Dani la miró enojado, y señaló la cama.

—Está durmiendo con mi hermana.

—¿Qué pasa? Ni que usted fuera su padre —dijo vacilona.

—¡No me parece bien! Hace dos días que se conocen. Y tú, hazme el favor de tutearme.

—¡Vale! —protestó Sandra.

—Yo soy su hermano mayor, y tu ex se está pasando de la raya.

Sandra simplemente se rió por lo bajo.

—¿De qué te ríes?

—De nada, además, puedes estar tranquilo, no han mantenido relaciones por la noche, eso lo puedo asegurar —sonrió pícaro por un instante—. Aunque... no puedo decir lo mismo de ayer en el baño.

—No —negó Dani—. Él estaba fuera.

—¿No te fijaste en las mejillas de Noemí? Parecía venir de echar un buen “polvo”.

—No hables así de mi hermana.

—Siéntate —él se sentó despacio—. Estás siendo demasiado protector, tienes que dejarla vivir.

—Pero, le va a hacer daño. La va a dejar, igual que hizo con... —Dani no terminó la frase.

—Conmigo... —dijo ella a la vez que soltaba una cínica sonrisa—. A mí no me quería. Pero... a ella sí.

Dani sonrió antes de hablar.

—Es que mi hermana es muy guapa, y dulce, y... —soltó Dani sin pensar, entonces recapacitó—. No es que tú seas fea.

—Gracias —espetó ella con sarcasmo.

—A ver Sandra, estás muy buena, solo hay que mirarte, y tienes esos ojos azul cielo, que son sencillamente... preciosos —se le quedó mirando—, pero... —ella lo escuchaba atentamente—. Mierda, me he metido en una conversación de la que no sé salir.

—Puedes decir lo que opinas, no voy a enfadarme —dijo ella con voz serena.

—Pues, vas enseñando demasiado, eso da una imagen de...

—¿De qué?

—De “pendón”, y eres... un poco borde.

—Ya vale. ¿Qué estás insinuando? —protestó Sandra.

—Joder Sandra, pareces una “mal follada”.

—¿Qué? ¿Cómo te atreves?

—Dijiste que no ibas a enfadarte.

—Te has pasado —dijo ella enojada mientras dejaba el arma en la butaca—. Voy a cambiarme. No dejes que Izan se largue.

Sandra cogió su bolso, y se fue al baño. Y con el golpe de la puerta despertó a Izan.

Este se incorporó, y vio a Dani.

—Buenos días, inspector. ¿Has dormido bien? —preguntó con sarcasmo.

Izan no contestó, salió de la cama con cuidado, y cerró los botones de la camisa. Entonces Dani se puso en pie, y se le enfrentó.

—No es lo que estás pensando —dijo Izan—. Solo dormimos.

—Ven aquí.

Izan se acercó desconfiado, y Dani le pasó un brazo por los hombros.

—¿Qué pasó ayer en el baño? —preguntó Dani.

—¿En el baño? No sé a qué te refieres.

—Noemí me confesó que follasteis.

—¿En serio? ¿Te lo dijo? —preguntó Izan extrañado—. Vaya...

—¡Mierda! ¡Era cierto! —soltó Dani al darse cuenta de que Sandra tenía razón, y lo único en lo que pensaba, era en golpear fuertemente a Izan en el estómago para luego darle una paliza.

—Hola —dijo Noemí sonriente—. Qué alegría ver que os lleváis mejor.

Dani se giró sin soltar a Izan para mirar a Noemí.

—Sí, sí —dijo Dani—, aquí tu amigo y yo nos estamos contando cositas.

—¿Qué cositas? —preguntó prevenida.

—Nada importante, hermanita.

Sandra salió del baño y Dani fue junto a Noemí.

—A ver —se acercó y la cogió en brazos—, ya te llevo yo al baño —Noemí miró sorprendida a Izan.

En cuanto la sentó, salió, cerró la puerta y se quedó de brazos cruzados mirando a Izan. Este no pudo evitar sonreír.

—Dani, tu hermanita, ya es una mujer —aclaró Izan con picardía.

—Ya lo sé —espetó Dani molesto.

A Sandra le dio la risa, pues entendió al momento lo que ocurría.

—Voy a por algo para desayunar —dijo Sandra.

Izan sonrió y empezó a quitarse la ropa.

—¿Qué haces tío? —preguntó Dani.

—Tranquilo, voy a cambiarme —se puso los vaqueros.

—¿No tienes otra cosa para poner?

—Pues no, no me dio tiempo de hacer la maleta, ¿qué les pasa a mis vaqueros?

—Nada.

Izan lo miró intrigado mientras se ponía la camiseta de sisa, pero no prestó más importancia al asunto.

—¡Dani! —Noemí lo llamó.

—¡Voy!

En cuanto salió del baño con ella en brazos, Noemí se quedó mirándolo embobada.

—Esto, hoy... —dijo Izan fijándose en su mirada—, ¿qué pasa? —se miró de arriba abajo—, ¿tengo algo?

Noemí simplemente sonrió.

—Nada, no pasa nada. ¿Qué decías? —dijo ella.

Izan la miró un momento intrigado.

—Hoy vamos a arreglar esto, os dejaremos en un lugar seguro, y... —tragó saliva—, y... bueno...

Dani dejó a Noemí sentada en el sofá, y dijo:

—Vale... Voy a tomar un momento el aire, me parece que sobro aquí.

—¡No! —dijo Noemí—, no sobras —él ni siquiera la escuchó y ella se quedó mirando cómo salía.

Izan se sentó junto a ella.

—Noemí, lo que te dije en el coche va en serio —ella desvió la mirada, y él le tocó en la barbilla para que lo mirase.

Ella volvió a mirar de nuevo al suelo.

—No va a haber nada entre nosotros —dijo tajante, y luego lo miró seria—, vas a coger al malo, limpiar tu imagen, y llegar a lo más alto. Yo solo soy alguien que obstaculizó tu coche.

—No estoy de acuerdo —protestó él.

—Ya lo estarás.

El comentario de Noemí dejó sin palabras a Izan, este respiró hondo y miró enojado al suelo.

Entonces se pasó la mano por el pelo, y sonrió.

—Sabes Noemí —la miró fijamente y le tocó los labios con el pulgar—, el motivo por el que no quieres tener nada conmigo —se le acercó y ella retrocedió—, me parece ridículo.

Se atrevió a besarla, y en ese momento entró Dani.

—¡Ejem...! —tosió.

Izan se puso en pie y pasó junto a él.

—Ni que fuera esto un bis a bis.

—Podría serlo —dijo Dani—, sobre todo, porque tú —hizo hincapié—, deberías estar en la cárcel.

—En la cárcel te dan una hora —aclaró Izan.

—¿Para qué quieres tú una hora?

—¡Chicos! —protestó Noemí—, ¡ya vale!

A media mañana, Noemí miraba a Izan, mientras este, limpiaba su arma.

—Inspector, ¿me puedes hacer un favor?

Izan se le quedó mirando, para terminar por soltar una sonrisa.

—No —contestó con picardía.

Sandra se acercó a la mesa, miró a Izan, y se cruzó de brazos.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó directamente—. ¡Estás irreconocible!

—Sandra, tú no sabes de que va esto —protestó él.

Sandra se le quedó mirando sorprendida.

—No sé, veo que ella te está pidiendo un favor, y tú le dices que no —concluyó.

—¡Yo no soy el juguetito de nadie! —espetó Izan enojado, y se fue sin más.

Sandra observó cómo se iba, y luego se quedó mirando a Noemí.

—¡Hostia! —soltó Sandra traspuesta—. ¿Era un favor sexual? —preguntó sorprendida.

—No...

Noemí intentó disimular, pero era imposible burlar la astucia de Sandra, que ahora sonreía abiertamente.

—Pero, no entiendo. ¿Por qué se fue? —preguntó Sandra—. Le has pedido un favor... —insinuó—, y se ha enfadado.

—Sandra, es que... —habló Noemí inquieta.

—Cuéntamelo —se sentó con ella—. ¡Por favor! ¡Quiero saberlo!

—Pues, es que... —apretó los labios—. Está enfadado porque él quería algo más, y yo solo quería... sexo.

Sandra se le quedó mirando embobada, tardó un instante en conseguir reaccionar.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí —contestó recelosa.

—Pues le está bien empleado —espetó Sandra—. Se lo merecía —de repente se quedó pensativa—. Pero, aun así..., hay una cosa que no entiendo.

—¿Cuál? —preguntó Noemí extrañada.

—Verás Noemí, yo soy muy intuitiva, y me cuesta creer que no quieras algo más con él.

—¿Por qué piensas eso?

Sandra simplemente sonrió. Por más que lo intentase no podría engañarla.

—Noemí, no seas tonta. Aprovecha la oportunidad. Izan es un hombre maravilloso.

—¿Maravilloso? —preguntó ella sorprendida.

—Te extrañará que te lo diga yo —sonrió, y cogió una foto que llevaba en el bolsillo—. Nunca quise admitirlo, pero... —resopló—, sabía que lo nuestro no tenía futuro —se quedó pensativa, para sonreír con nostalgia—. Yo se lo di todo, y él a mí, solo me dio un poquito —miró un momento la foto, para luego dársela a Noemí—. Toma, a mí, nunca me miró así.

Le entregó la foto de las cámaras, del momento en que estaban en el coche.

Noemí miró la foto abrumada, y sonrió emocionada. Sandra la observaba atentamente.

—¿Es por tu minusvalía? —preguntó Sandra directamente—. Eso no debería impedirte ser feliz.

Noemí tardó un momento en hablar, respiró hondo, y miró fijamente a Sandra.

—Sandra, él nació para ser policía, no es justo atarlo a mí. Ya se le pasará. En ese momento entraron Izan y Dani.

—Dani —habló Noemí—. ¿Puedes sacarme a tomar el aire?

—Sí, claro.

Cogió a Noemí en brazos, y se la llevó al porche. Izan se quedó mirando. «Joder, me he pasado. Solo quería ir a tomar el aire...». Miró a Sandra. Aún se veía enojado, pero Sandra lo miraba sonriente.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Nada —no dejaba de sonreír.

—Suéltalo ya.

—No es asunto mío —se puso en pie dispuesta a salir.

—¡Eh! —la sujetó del brazo, y la atrajo hacia él—. ¿Qué te hace tanta gracia?

Ella sonrió de nuevo.

—Izan. No te imaginas cuánto deseé que te pasase algo así. Que pudieses saber lo que es... que te rechacen.

Él la soltó, y la miró sin palabras.

Sandra cogió aire, se dio la vuelta, y se dirigió a la puerta. Mientras él permanecía inmóvil observándola.

—¿Por qué me obligaste a escoger? —dijo él sin miramientos—. Sé que fuiste tú, la que informo de nuestra relación.

Sandra bajó la vista, y respiró hondo. Para darse la vuelta, y mirarlo triste.

—Siempre supe que escogerías el trabajo. Solo necesitaba... comprobarlo por mí misma.

Se miraban sin palabras, ella tenía los ojos llorosos, y él no sabía cómo reaccionar.

—Izan. Yo te quería, te quería más que a mi vida.

Sin más, Izan se acercó, y la abrazó.

—Sandra... lo siento mucho. Siento no haberte correspondido. Debí romper antes.

—Lo sé, siempre fuiste tan correcto —se le quedó mirando, y se atrevió a besarlo.

Por un momento se dejó llevar, para luego bajar la vista, y juntar su frente con la de ella.

—Sandra... —Izan hablaba preocupado.

—¡Ya os vale! —dijo Dani, acababa de entrar, y estaba muy enojado—. Ayer decías que estabas loco por mi hermana, y hoy te pillo besándote con esta...

—Señor Río —intervino Sandra—. No es lo que parece.

—Sandra, sal —ordenó Dani—. Quiero hablar con este sinvergüenza, de hombre a hombre.

—Sandra —habló Izan—. Sal, Noemí está sola.

Dani esperó a que Sandra saliese, y luego miró a Izan.

—No vuelvas a acercarte a mi hermana. Si lo haces te denuncio. Ella está

bajo mi tutela —informó Dani amenazante—. ¿Lo has entendido?

—Tranquilo, Noemí ya me dejó muy clarito que no quiere nada conmigo.

—¡Joder, Izan! No quiere nada contigo por su estado. Pero eso, no quiere decir que no le duela verte besar a otra. Te pido, que si tienes algo con la detective lo ocultes hasta que esto se resuelva.

—¿Nos ha visto? —preguntó Izan preocupado.

—¡Claro que lo ha visto!

Izan miró al suelo arrepentido, y resopló para volver la vista a Dani.

—No tengo nada con Sandra.

—A mí eso, no me importa —dijo Dani con tono serio—. No vuelvas a acercarte a mi hermana. ¿Te ha quedado claro?

—Dani, ya te lo he dicho, me gusta Noemí.

—Izan. ¡Estas advertido!

En otro lugar, Shan tomaba notas en un viejo block, mientras los demás esperaban pacientemente a que terminase. Por un instante sonrió para luego adoptar su característica expresión.

—Veréis —dijo Shan—. En este momento, no sé qué hacer. Si seguir, o mandarlo todo a la mierda. Por más matones que mando, parece que es imposible acabar con el inspector escurridizo.

Dejó el arma en la mesa, justo en el momento en que llegaba otro de los integrantes de la banda.

Shan se apoyó en la mesa y alzó su brazo izquierdo para mirar la hora.

—Llegas tarde.

—Pero si solo pasan tres minutos —protestó el joven que había entrado.

—¿Quién te crees tú que eres? Un puto funcionario, ¿crees que tenemos un margen para fichar? —en ese momento sonó el móvil—. Sí —escuchó—. Ya... vale, yo me encargo.

Colgó, y miró a los demás.

—El testigo ha cantado. Vosotros dos —señaló a dos de sus hombres—. Vais, y os lo cargáis. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, Shan, pero habrán reforzado la vigilancia —protestó uno de ellos.

Shan los miró con gesto serio.

—¿Y qué? ¿No sabéis cómo hacerlo? ¿Qué puta mierda es esta? ¡Joder! —cogió su arma y le apuntó—. ¿A cuánta gente has matado?

—A varias personas —contestó nervioso—. Tres hombres, y... una familia, y el perro, también maté al perro.

Sin previo aviso, Shan disparó su arma produciendo la muerte inmediata a ese hombre.

Su cuerpo se desplomó en el suelo, y Shan miró a los demás.

—El perro no tenía culpa.

Más de uno había pensado en sacar su arma y dispararle, pero otros sin embargo pensaban que de esa forma podrían escalar puestos en la organización.

—¿A alguien le han quedado dudas? —les apuntó uno por uno, hasta llegar a Tomás—. Tú le sustituyes.

—¡Yo lo haré! —habló uno de ellos, decidido—. Y no necesito a nadie, mataré a ese soplón yo solo.

Shan soltó una larga mirada, una mezcla de satisfacción y enojo.

—¿Cómo te llamas?

—Mat.

—¿Mat? ¿Qué nombre es ese?

El joven se le quedó mirando extrañado, y aclaró:

—Es mi nombre.

—¿Tu nombre? ¿Pone eso en tu documento de identidad?

—No... es Matías.

—Pues si pone Matías, no es Mat —prosiguió Shan sin dejar de mirar al nuevo voluntario—. Tomás, limpia esto. Tú —miró al voluntario—, ve a matar al testigo. Los demás, nos vamos a arreglar lo del inspector santurrón.

Salieron del local, eran ocho hombres, subieron en dos coches, y se dirigieron a la zona donde habían sido vistos por última vez.



## ¿Me dejas ver tu libreta?

Sandra repasaba las notas de su libreta cuando Izan se le sentó enfrente con un par de cafés.

—Gracias —dijo ella mientras le dedicaba una fugaz mirada.

—¿Has sacado algo en limpio?

Sandra resopló. Levantó las cejas y se mordió los labios.

—No sé. ¿Por qué te escogió Jiménez?

—Porque según él, no tengo miedo a morir, soy un buen poli, y... pues... por no tener cargas personales.

—Buen razonamiento.

—¿Sospechas de él? —preguntó Izan desconcertado.

—Es un buen candidato; te escoge en secreto, te involucra, y se jubila bien.

—Sí, encaja —pensó unos segundos antes de atreverse a hablar—. Y, ¿qué tienes de David?

Sandra lo miró con ojos como platos.

—¿David?, ¿nuestro David? —sonrió ilusa—. ¿Por qué sospechas de él? ¡Es tu mejor amigo! ¡Iba a ser nuestro padrino! —exclamó sorprendida.

—Es que... ¡Vale! ¡no sospecho de él! Solo que hay algo que no me cuadra.

—¿Qué cosa? —preguntó ella inquieta.

—El día que fui a investigar al testigo, él lo sabía, y me preguntó si tenía un caso confidencial.

Sandra frunció el ceño, y se tocó la frente.

—No puede ser, tomaré nota.

—¿En tu libreta? ¿Tienes que anotarlo?

—Lo anoto todo —lo miró fijamente para luego seguir escribiendo.

—Sí, ya lo he visto —esperó pacientemente a que ella terminase de escribir, y luego tendió la mano—. ¿Me la dejas?

Sandra dudó un instante, soltó una pícaro sonrisa, y le dejó ver sus notas.

Izan cogió la libreta como si de un tesoro se tratase, alzó un momento la vista, y luego se puso a rebuscar entre las hojas. Parecía buscar algo en concreto, que no tardó en localizar. Entonces al leer se asomó una suave sonrisa a su boca.

Era la declaración de Noemí, se leyó la primera página como si la vida le fuese en ello, y cuando pasó la hoja y descubrió que se había terminado pareció enojarse.

—¿Por qué has parado aquí? —preguntó molesto.

—Lo que seguía no era relevante para la investigación.

—Pero... seguro que hablasteis más —supuso.

Sandra soltó una pícara sonrisa.

—Sí.

—¿Y me lo vas a contar? —preguntó él con calma desesperada.

—¿Por qué no se lo preguntas tú?

Izan se acercó para hablarle en tono bajo.

—No quiere nada conmigo, y... nos ha visto besarnos —miró de reojo a Noemí, ella estaba leyendo una revista con su hermano, y siguió hablando sin dejar de mirarla—, no sé qué hacer, es lo mejor que me ha pasado en la vida —volvió la vista a Sandra—. Mierda, lo siento Sandra, pensarás que soy un gilipollas, no debería haber dicho eso en alto.

—Tranquilo, no importa.

—Sí importa, no quería hacerte daño. ¿Vale?

—Lo sé.

Sandra se puso en pie para irse, pero llegó Dani, que la sujetó del brazo y la sentó de nuevo.

—A ver, vengo a ayudaros. Veo que necesitáis un asesor, en este caso, un sanitario.

—¿Qué? —preguntó Izan.

—¿Un asesor? —preguntó Sandra sorprendida.

—Sí —sonrió—. Si os fijáis, está más que demostrado, que la poli siempre necesita asesores. Tenemos: un perro, un mentalista, una bestia, y hasta el mismísimo demonio, ¡ah! y que no se nos olvide el escritor. Estáis tan metidos en vuestro trabajo que no sois capaces de ver las cosas desde fuera —explicó Dani convencido—. Necesitáis un sanitario.

—A ver sanitario, ¿quién crees que es el topo? —preguntó Izan intrigado.

—Déjame ver —miró las fotos que tenía Sandra, y las fue pasando, hasta que se detuvo en una—. Este.

—¡¿Javier Fernández?! ¡¿Por qué?! —preguntó Izan traspuesto.

—Está clarísimo, es el único al que no pillé mirando el encaje de las medias de nuestra detective —Sandra e Izan se le quedaron mirando sin

palabras—, eso indica que estaba prestando atención al curso de la investigación, y la única explicación coherente es que tenía miedo de que lo pillasen.

—Señor Río, deje trabajar a los profesionales —sugirió Sandra.

—Pues no lo hace mal el chaval, tiene fundamento —admitió Izan sonriente ante la incrédula mirada de Sandra.

—Cuidado chicos —habló Noemí—, siempre acierta cuál es el malo de la película.

Dani sonrió orgulloso de sí mismo.

—Ese es el problema, el señor Río ha visto muchas películas, y esto es la vida real —dijo Sandra.

—Borde aguafiestas —soltó Dani a la vez que se ponía en pie para salir a tomar el aire.

—¿Cómo te atreves? —protestó Sandra.

—Detective —se acercó a ella—, no te paraste ni a pensar en mi teoría, seguro que estabas pensando en si yo te miré el encaje —sin más le subió la falda unos centímetros.

—¿Señor Río?

Dani salió y ella miró enojada a Noemí, y luego a Izan, que estaba haciendo un gran esfuerzo por no reírse.

—¿No lo vas a apuntar? —se burló Izan.

—¡Ya está bien! —le dio un golpe en el estómago, y se fue.

Shan observaba la zona donde habían sido vistos por última vez. Ya habían retirado el coche calcinado de Sandra, y la zona estaba acordonada.

—Entonces, la chica os disparó y tuvisteis que largaros.

—¡Tenía un arma ametralladora! —dijo uno de ellos.

Observó detenidamente las marcas de los neumáticos.

—Estas deben ser las marcas del coche del inspector santurrón. Está claro que están los cuatro juntos —sonrió—. Vaya montón de funcionarios. Es una pena que no fueran administrativos.

—Shan —se acercó Tomás—. Me ha llamado el topo.

—¿Qué quiere? ¿Qué pasa ahora?

—Han matado a Mat.

—¿Quién es Mat? —preguntó Shan.

—Mat, el chico que se ofreció voluntario para cargarse al testigo.

—Yo no conozco a ningún Mat, conozco a un tal Matías, pero a Mat no.

—Sí, ese, Matías, ha muerto.

—¡Vaya por Dios! Bueno, dile al informático que calcule la pensión que le corresponde, y que le mande un sobre a la familia. Y si no están de acuerdo que vayan al sindicato.

—¿Tenemos sindicato? —preguntó uno de ellos que había escuchado toda la conversación.

Shan lo miró detenidamente antes de hablar.

—Sí, el del crimen organizado, y yo soy el presidente —sonrió—, y también estoy en el Comité de Empresa —puso la mano en el arma—. ¿Tienes algo que reclamar?

—No —todo bien.

## El desenlace

Izan terminó de revisar su arma, y como de costumbre la puso en la cintura, entonces miró a Noemí, prácticamente podía leerse su pensamiento en su rostro.

Se veía angustiado, tal vez esa fuese su verdadera y última despedida.

Se acercó hasta el sofá donde ella estaba sentada, clavó su mirada de ojos negros en ella, cogió su cara entre sus manos y la besó tiernamente.

Cuando se separó, ella lo miraba embobada. Por más que luchaba por no sentir nada por él, parecía imposible. Cuando la besaba conseguía hacerla evadirse de la realidad.

Igual que le ocurría a él, el simple contacto con sus carnosos labios lo encendía, y lo hacía arder en deseo.

No se dijeron nada, él esbozó una suave sonrisa y le tocó la cara con el anverso de la mano.

—Noemí, prométeme una cosa —ella lo escuchaba atentamente—, eres una mujer muy fuerte, y vas a luchar por seguir adelante —ella simplemente asintió, y él volvió a besarla, pero ahora más apasionadamente.

Dani los miraba enternecido, tal vez no había sido tan terrible haber dejado el coche en doble fila. Tal vez lo que su hermana necesitaba era a un hombre como él.

Cuando se separaron, ella no pudo evitar soltar una lágrima. Él la miró con ternura y acto seguido se atrevió a pasarle la lengua por la mejilla.

—¡Eh, tío! ¿Qué haces? —los interrumpió Dani—. ¡Ya te vale!

Izan simplemente lo miró y cargó la mochila de Sandra en su hombro derecho. Entonces Dani dijo:

—Bueno, ahora es cuando te largas con la detective malas pulgas, ¿no?

Sandra acababa de salir del baño y pudo oírlo, se cruzó de brazos y se le quedó mirando con cara de pocos amigos.

Sin embargo, Dani la miraba pasmado. Se había cambiado, y ahora llevaba una camiseta negra por debajo del chaleco, el pelo atado en una cola de caballo, mallas negras ajustadas, y las botas de media caña de la policía.

—¡Hostia...! La Barbie policía, esto ya me va gustando más. Estoy empezando a replantearme lo de dejarte tocar mi torso desnudo.

—¿Tú eres idiota?! —dijo ella sin miramientos.  
Se dirigió enojada hacia él, pero Izan la cogió por la cintura.  
—Sandra, no puedes pegar a los testigos.  
—¿Suéltame! —le retorció un brazo, y lo empujó.  
—¿Eh! —Dani se puso en pie, y quiso apartarse. Pero ella lo sujetó del chaleco con ambas manos, y lo llevó hasta la pared.  
—No voy a tolerar más tonterías, señor Río. Me estás faltando al respeto.  
Se miraban fijamente, entonces él cogió su cara entre sus manos, y juntó sus labios con los de ella en un tierno beso. Sandra cerró los ojos, y se dejó llevar.  
La abrazó, y cambió la situación, la puso de espaldas a la pared, y la besaba apasionadamente, juntando su cuerpo contra el de ella.  
Izan los miraba atónito mientras se ponía en pie. Miró a Noemí, ella se tapaba la boca por la sorpresa. Entonces la cargó en brazos y salió.  
—Cuidadito con tu hermano —dijo sorprendido.  
—Mi hermano no saborea a las mujeres, se las come directamente —a Izan le dio la risa—. ¿Estás celoso?  
—¿Celoso? ¿Yo? ¿Por qué?  
Izan sentó a Noemí en el capó del coche.  
—¿Qué haces? —preguntó ella.  
—Quiero saber una cosa. ¿Por qué me dijiste que te había dejado tu novio? Sé que lo dejaste tú.  
—¿Y eso qué importa? —dijo ella.  
—Lo dejaste para no ser una carga.  
—Tú dejaste a ese pedazo de mujer por tu trabajo. Para no tener cargas personales. Yo soy más que una carga.  
—Ya... mira, lo que viste ayer, no fue nada, tienes que entender que —ella lo interrumpió.  
—No tienes que explicármelo, eres libre de besar a quien quieras. Además, hacéis muy buena pareja.  
—Noemí, a mí —la miraba fijamente—, me interesas tú.

En el interior del cuarto, Sandra se separó de Dani y lo abofeteó.  
—¿Cómo se atreve? Señor Río.  
—¿Vuelves a tratarme de usted? —se tocó la cara—. ¿Quieres saber lo que me apetece ahora?

—¡No!

—Pues te lo voy a decir de igual forma —espetó dedicándole una intimidante mirada—, me gustaría ponerte sobre mis rodillas y darte unos azotes en ese culito respingón que tienes.

Sandra intentó cruzarle de nuevo la cara, pero él le sujetó la muñeca, entonces ella en un hábil movimiento, le tiró del brazo y lo hizo terminar en el suelo.

Cuando quiso reaccionar, ella estaba encima de él.

—¡Joder Sandra! Veo que soy yo el que me voy a llevar los azotes —dijo sonriente, a la vez que excitado.

—Aquí no va a pasar nada.

—¡Uf! A ver cómo se lo explicas al pequeño Dani.

—¿Será posible? —preguntó Sandra desesperada.

Sin más se puso en pie para salir, y él la siguió a prisa. Entonces vieron a Izan y Noemí, y Dani sujetó a Sandra por el chaleco para volver a meterla dentro.

—¿Qué haces? —preguntó Sandra.

—¡Shis! —apartó la cortina—. No sé cómo, pero tu ex hace feliz a mi hermana —los observaba enternecido por la ventana—. Antes solo pensaba en suicidarse... —cogió aire y lo soltó muy despacio—. Tuve que llevarla tres veces a urgencias, medio muerta —se mordió los labios—. No te imaginas lo que es ver a un ser querido sufrir de esa forma, hasta el punto de querer matarse... sin poder hacer nada —Sandra lo escuchaba angustiada—, y de repente quiere volver a trabajar, —sonrió feliz—, y quiere conducir.

Dani se limpió un par de lágrimas.

—¡Eh! —dijo Sandra conmovida, se acercó, y lo abrazó.

—¿Sabes dar abrazos? Detective —preguntó él.

—Sí. Y me está empezando a apetecer... tocar tu torso desnudo.

—Lo sabía, estás cansada de tanto “cachas”, y quieres probar algo más terrenal.

Ella soltó una larga sonrisa.

—Eres muy simpático, Dani.

Él le tocó la cara para mirarla fijamente, e iba a besarla, pero el tierno momento se vio frustrado por un repentino tiroteo. Los dos se tiraron al suelo mientras centenares de balas destrozaban el cuarto.

—¡Noemí! —gritó Dani desesperado.

Quiso salir de la casa, pero ella se lo impidió.

—¡No! ¡No puedes salir! —gritó Sandra.

—¡Déjame!

—¡No!

Ella lo inmovilizó en el suelo, y permanecieron en esa posición, soportando el ensordecedor sonido de las balas.

—¡Noemí! —gritó de nuevo Dani.

—¡No! ¡Dani! ¡Cállate y no te muevas!

—¡No!

Dani la sujetó por la cintura y prácticamente la lanzó, para deshacerse de ella.

En el instante en que cesaron los disparos, él abrió la puerta y salió corriendo, pero cuando llegó a fuera solo pudo contemplar cómo dos coches negros abandonaban el lugar.

—¡Noemí! —se quedó inmóvil, con la respiración agitada, y lleno de temor.

—¡Dani! —Sandra salió tras él, cerciorándose de que no había nadie. Entonces vio a Izan en el suelo—. Izan —lo puso boca arriba—. ¡Izan! —lo zarandeó hasta que reaccionó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dani—. ¿Dónde está Noemí?

—Se la han llevado —dijo Izan nervioso.

—¡No! —gritó Dani descompuesto mientras se dejaba caer de rodillas.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Sandra—. ¿Por qué se la han llevado?

—Quieren que admita que soy corrupto, y la dejarán libre.

—¿Qué vas a hacer?

—Esto no entraba en mis planes. Voy a entregarme —se puso en pie a duras penas, sacó un móvil de uno de sus bolsillos, y miró a Sandra—. Espero que esto salga bien —le tocó la mejilla y luego rebuscó en su pelo hasta encontrar una horquilla—. Vamos a salvar a Noemí. ¿Vale?

—Izan... no sé si estás pensando con claridad —manifestó Sandra—. Sabes que la matarán de todos modos.

—Eso no puede pasar —habló nervioso—. Yo me encargo del topo, tú salva a Noemí, por favor.

—Izan, intentarán matarte en cuanto cargues con la culpa.

—Lo sé.

Izan la miró, y luego caminó hacia la carretera, mientras marcaba el



número.

—Soy Izan Santos. Quiero entregarme.

Dejó el móvil en el suelo, y esperó de pie.

Sandra miró a Dani, y corrió hacia él.

—Dani, ven, vamos. Tienes que ayudarme. Sube al coche.

—¿Y mi hermana?

—¡Sube al puto coche! ¡Esos tipos no la soltarán!

Se fueron a toda prisa, mientras que Izan esperaba a que llegasen las patrullas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Dani desesperado.

—Necesito que te tranquilices. Imagínate que esto es una urgencia médica, y tienes que salvar a una persona.

—¡Es Noemí!

—¡Con más razón! Tienes que pensar en frío. Necesito que me ayudes —explicó Sandra.

—¿Yo?

Ella detuvo el coche.

—Sí, sé que te pido mucho, pero no tengo opción, tendrás que disparar a personas.

—Vale —respiró seguro—, cuenta conmigo.

Sandra observaba con unos prismáticos la zona donde se había quedado Izan.

—Ya llegan —cogió un móvil de su mochila e hizo una llamada—. El prometido ha caído, aviso al padrino.

Colgó y de nuevo vigiló con los prismáticos.

Izan estaba rodeado. Tal como marcaba el protocolo; se puso de rodillas, con las manos en la nuca.

El inspector Pedro Suárez fue el primero en acercarse. Lo miraba con superioridad, sin embargo, Izan tenía la vista fija en el suelo.

—Santos, quedas detenido —dijo el inspector Suárez mientras lo esposaba—. Tienes derecho a —Izan lo interrumpió.

—Conozco mis derechos —protestó.

—Inspector —habló Javier Fernández—. Ya lo hago yo —lo miró detenidamente, y respiró hondo—. Izan. ¿Qué te ha pasado? Te creía un buen policía.

—Pues va a ser que no —dijo Izan con el corazón en un puño.

—Vale, estás detenido, tienes derecho a un abogado, si no lo tienes...

Izan ya no escuchaba, solo pensaba en Noemí, y en que Sandra y su hermano pudiesen rescatarla.

—Vamos —habló el inspector Fernández.

Entre dos policías lo pusieron en pie, y lo metieron en la parte de atrás.

El inspector Suárez se puso al volante, y miró por el retrovisor a Izan.

—Sabes, me hubiera gustado ganar el ascenso en igualdad de condiciones. Me lo has puesto muy fácil.

—¿En serio? —preguntó Izan furioso—. ¿Ha sido fácil? ¿Después de la que habéis montado?

—Santos —se rió—, tienes muy mal perder.

Cuando iba a arrancar, el inspector Fernández abrió la puerta para subir al coche.

—Te acompaño.

—No es necesario, ya se ha entregado —explicó Pedro, pero el inspector se subió igualmente—, tú mismo —dijo acompañando el comentario de una maliciosa sonrisa.

Izan iba detrás cabizbajo, pensando en cómo salir de esa situación, e implorando que no hiciesen daño a Noemí.

Tras cinco minutos de recorrido Pedro detuvo el coche pensativo.

—¿Por qué paras? —preguntó Javier.

Este lo ignoró y miró a Izan.

—Santos, hay una cosa que no entiendo, ¿por qué te entregaste?

En ese instante le sonó el móvil.

—Sí —se extrañó al oír la voz de Sandra—. ¿Sandra? Dime, ¿dónde estás? —escuchó—, pero... ¿estás loca? —escuchó de nuevo—. ¡No! ¡Es peligroso! —Sandra le colgó—. ¡Joder! Me ha colgado —miró al inspector Fernández—. Resulta que han secuestrado a la chica, y Sandra va para allí. Voy a llamarla de nuevo, está loca, la van a matar.

Iba a llamar, pero no pudo, pues Javier sacó un arma, y le apuntó.

—¿Qué haces? —preguntó Pedro a la vez que alzaba las manos.

—¡Dame el móvil!

Fernández se lo quitó de las manos.

—¿Eras tú? —preguntó Izan, que lo miraba descompuesto, a la vez que sorprendido—. ¡Joder! No me lo puedo creer —recordaba el razonamiento de

Dani para culparlo—. ¿Por qué?

—No me lo tomes a mal, me caes bien tío, de hecho, cuando supe que eras tú... —resopló—, ¿sabes?, me da mucho coraje que esto termine así, pero es que nos pagan muy mal para lo expuestos que estamos.

—Oye, me he entregado para que no le hagáis daño a Noemí —protestó Izan.

—Lo siento Izan, verás, tú, eres un cabo suelto, y aquí el inspector y la muchachita son daños colaterales.

—Oye, Javier, te lo pido por favor —suplicó Izan—. Ella es inocente. ¡Hicimos un juramento!

El inspector Fernández soltó una larga sonrisa, y llamó desde el móvil de Pedro.

—Preparaos chicos, os va para ahí la detective, supongo que con el hermano —escuchó—. De eso me encargo yo.

Sin más, disparó al inspector Suárez en el estómago, y luego apuntó a Izan, pero este acababa de liberarse de las esposas con la horquilla, le sujetó la mano del arma, y rodeó su cuello con el brazo libre.

El arma se disparó varias veces, pero por suerte los impactos solo consiguieron agujerear el techo del coche.

—¿Dónde están? —preguntó Izan fuera de sí.

—Vete a la mierda, Izan —habló con el poco aire que le quedaba.

—¿Dónde están?

Izan consiguió hacerse con el arma, y le apuntó en la sien.

—¡Habla! —ordenó.

—¿Puedes ofrecerme un trato?

—¿Un trato?, ¿quieres un trato?

—¡Sí!

—Claro que sí —dijo Izan—, este es el trato —le disparó en una pierna—, dime la dirección y dejo de disparar.

—¡Ah! —gritó lleno de dolor—. ¡Eres un cabrón! ¡No te voy a decir nada! Izan se dispuso a disparar de nuevo.

—¡No! —suplicó Javier—. ¡Vale! ¡Están en el polígono abandonado! ¡En la nave de fundición!

Izan bajó a prisa del coche, y sacó a Javier de un tirón.

—Te creía un amigo y resultaste ser un hijo de puta.

—¡Ah! —gritó por el dolor—. ¡Tú no lo entiendes!

—En eso tienes razón, no lo entiendo.

Izan le hizo un torniquete con su propio cinturón, y luego lo esposó y lo metió en la maleta del coche.

Subió y miró a Pedro, que habló con dificultad.

—Gracias, Santos.

—Oye... tengo que ir a salvar a Noemí —tiró de él para sentarlo en el asiento del acompañante, se quitó la camiseta y se la colocó en la herida—. Haz presión.

A pocos kilómetros de allí Sandra estaba a punto de entrar en el polígono. Le habían pasado la ubicación de la llamada que había realizado el inspector Fernández.

—Pero... —habló Dani—. Entonces el untado es el inspector Pedro Suárez —preparó su arma—. Estaba casi seguro de que era Javier.

—Ya ves —dijo Sandra convencida.

—Pero, trabajabas con él —indicó Dani.

—No, yo tengo mi propio equipo —dijo ella con seguridad—. Y ahora vamos a buscar a Noemí —lo miró un instante—. Dani, esto no va a ser fácil. Es posible que no salgamos con vida.

—Yo solo quiero salvar a mi hermana.

—Vale, ya cuentan con nosotros, no tenemos el factor sorpresa.

Sin dudar embistió el portal, llevándoselo a su paso. Recorrió unos metros con el sobre el coche.

—¡Vamos! —gritó ella.

Bajaron en medio de un fuerte tiroteo, protegidos por el portal, Sandra le indicó a Dani hacia dónde debía dirigirse.

—¡Te cubro! —dijo ella justo antes de empezar a disparar.

Dani pudo cruzar, ahora tenía un buen ángulo de tiro, consiguió derribar a dos hombres, y cubrió a Sandra, que hábilmente se fue acercando hasta el fondo del almacén consiguiendo derribar a todos los hombres a su camino.

Dani la seguía de cerca cubriéndole las espaldas.

Pero cuando llegaron junto a Shan, este le apuntaba a Noemí en la cabeza, y a su lado estaba Tomás.

—¡Tirad las armas! —gritó Shan.

—¡Qué bien! La detective “piernas largas” —dijo Tomás con gesto lascivo.

—¡Suéltala! —ordenó Sandra.

—¿A que la mato? —le acercó el arma, y Noemí lo miró con un extraño gesto, parecía defraudada.

—¡No! ¡No dispaes! —gritó Dani—. Voy a dejar el arma.

—Bien —dijo Shan—. ¿Y tú? —preguntó a Sandra—. ¿Qué esperas?

—Déjalos irse —ordenó Sandra.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Shan.

—Necesitarás un rehén con más movilidad para salir de aquí.

Dani miraba a Sandra preocupado.

—Sandra... —intervino—. No puedes hacer eso.

—Tranquilo, sé defenderme, no soy una muñequita —dijo Sandra sin dejar de apuntar a Shan.

—Está bien —dijo Shan—. Deja el arma en el suelo, y dale una patada.

Sandra obedeció a Shan. Entonces este le disparó al chaleco haciéndola caer hacia atrás.

—¡No...! —gritó Noemí, que miraba a Shan con lágrimas en los ojos.

—No la he matado —explicó Shan—. Tomás, regístrala.

—¡Sandra! —dijo Dani mientras corría junto a ella.

—Tranquilo —habló Sandra con dificultad—. Coge a tu hermana, y sal de aquí. ¡Ya! —exigió—. ¡Rápido!

—¡No! ¡No puedo dejarte aquí!

—Tienes que sacarla a ella, a eso hemos venido

—Pero... —protestó Dani nervioso.

—¡Sácala! —ordenó Sandra.

Dani se dirigió hacia Noemí mirando desencajado a Shan.

—Vamos —la cogió en brazos.

—¡No! ¡Sácala a ella! —pidió Noemí entre lágrimas—. ¡Dani! ¡Por favor!

—¡Shis!

Dani salió apresuradamente del lugar, ante la atenta mirada de Shan. Corría mientras rogaba que no incumpliesen su palabra, y les disparase.

Tomás apuntaba a Sandra a la cabeza mientras la registraba.

—Vaya monada —le quitó una navaja, dos granadas de humo, y los cargadores—. ¿Llevas más cositas escondidas?

—Sí —dijo ella—, un par de hostias para ti.

Shan recogía sus cosas a prisa.

—No te entretengas —advirtió a Tomás.

—Esta puta dice que quiere pegarme —dijo Tomás sonriente mientras la ponía en pie.

Sandra lo cogió desprevenido, y le dio un fuerte puñetazo, luego lo sujetó por el brazo, y lo hizo caer al suelo. Tomás perdió el arma, y ella lo puso en pie, con una navaja al cuello.

—No has mirado en la bota, “gilipollas” —dijo ella.

Shan les apuntaba.

—¡Tira el arma! —ordenó ella.

—¿Crees que voy a tirar el arma por esa escoria? —dijo Shan sereno.

Sin más, Shan disparó a Tomás matándolo al instante.

Sandra dejó caer a Tomás, y Shan se acercaba sin dejar de apuntarle, entonces Sandra intentó alcanzarlo con la navaja, que él esquivó hábilmente.

—¡Mierda! Ahora tendré que matarte —dijo enojado. Le disparó de nuevo en el chaleco, haciéndola caer—. ¡Joder!

Le disparó tres veces más.

Ella permanecía tendida en el suelo, con un gran dolor y la respiración entrecortada.

—¿Cuánto aguantan estos chalecos? —cambió el cargador y le disparó tres veces más.

—¡No! ¡Por favor! —suplicó ella en el suelo.

—¿Duele? —preguntó él, y le disparó de nuevo.

—¡Sí!

—¿Cuánto? Dime —le disparó otra vez.

—¡Mucho!

Sandra ya no podía moverse, solo deseaba que él dejase de disparar.

—¡Descríbelo! ¿Cómo es? —le disparó otra vez, y se agachó junto a ella para apuntarle ahora en la sien—. ¿Qué sientes?

—Me duele mucho —estaba a punto de llorar—, tengo miedo...

—¡Apártate de ella! —gritó Dani.

Shan se puso en pie y dio dos pasos atrás. Dani corrió a agacharse junto a Sandra.

—¡Sandra! —miró furioso a Shan para volver la vista a Sandra.

Entonces entró en la fábrica a gran velocidad un coche policial, que frenó bruscamente a escasos metros de ellos. Era Izan, que se acercó apresuradamente, arma en mano.

Observó la escena sin dejar de apuntar a Shan

—¡Eh!, ¿y Noemí? —su respiración era agitada.

—Está bien —dijo Dani nervioso.

—Hombre, el inspector honorable —interrumpió Shan sonriente.

—Más que tú, que andas pegando a mujeres y sanitarios.

Shan sonrió, sabía que llegaría la policía, pero no podía evitar sentirse retado.

—¿Qué tal un tú a tú? —guardó el arma en la cintura y retrocedió con las manos en alto hasta llegar a un par de motos.

—¿Qué? —preguntó Izan extrañado.

—Una pelea entre hombres, pero no aquí.

—¡No! ¡No te muevas! —advirtió Izan—. ¡Quieto, o disparo!

—¿A un hombre desarmado?

Se subió a una moto y salió de la fábrica rompiendo la puerta trasera.

—¡Eh! —gritó Izan.

Este le apuntaba, pero no fue capaz de disparar, entonces miró a Dani y a Sandra.

—¡Suárez está en el coche, está herido! —fue hasta la otra moto—. ¡Ya he informado por radio!

Dani miraba a Sandra preocupado.

—Sandra.

—Dani... —casi no podía respirar.

—Tranquila —le abrió el chaleco, y le tomó el pulso. Ella lo miraba asustada—. Tranquila, te vas a poner bien —le subió la camiseta, y la examinó para comprobar que ninguno de los impactos la había alcanzado, entonces sonrió—. Vamos, te sacaré de aquí.

La ayudó a ponerse en pie, pero ella casi no tenía fuerzas, entonces la cogió en brazos.

Recorrió unos metros cuando aparecieron varios policías.

—¡Sandra! —gritó el agente David Pérez—. Déjamela —prácticamente se la robó de los brazos—. Te llevaré a la ambulancia.

Ellos salieron mientras otros policías entraban para revisar la zona.

—David, Izan fue tras Shan, en moto —hablaba sin fuerzas.

—Sí, lo sabemos.

Cuando llegaron a la ambulancia, David la tumbó en la camilla, pero los dos sanitarios miraban a Dani.

—¡Hombre! Mira dónde estabas, ya podíamos estar esperándote todo el día.

—Estaba asesorando a la poli —dijo Dani vacilando.  
—El topo —habló Sandra—, es...  
—El inspector Javier Fernández —explicó David.  
—¿En serio...? ¿Era Javier? —preguntó Sandra sorprendida.  
—Lo sabía —dijo Dani satisfecho.  
—Ahora tienes que descansar —advirtió David—. La operación compromiso casi se nos escapa de las manos, debiste esperar a mi señal.

Izan perseguía a gran velocidad a Shan, entonces vio como este daba la vuelta y se dirigía de frente hacia él.

—¡¿Estás loco?! —gritó Izan, que en el último momento se echó a un lado y perdió el control de la moto, terminando así en el suelo.

Cuando quiso incorporarse se encontró de frente con Shan, que lo golpeó fuertemente haciéndolo caer hacia atrás.

—¡Maldito loco! —dijo Izan mientras se ponía en pie. Miró cómo Shan se quitaba la camisa para mostrar una fuerte musculatura. Tenía tatuados los brazos y el pecho, y unas alas en la espalda. Entonces adoptó posición de defensa, preparado para el combate—. Yo también sé artes marciales.

Los dos se enzarzaron en un fuerte combate, cada uno era muy bueno en su disciplina, pero Izan se encontraba resentido por el fuerte golpe al caer de la moto, lo que provocaba una clara ventaja para Shan.

Este último dominó en todo momento la pelea consiguiendo hacer caer rendido a Izan, entonces cogió el arma, y le apuntó.

Izan lo miraba agotado, se limpió la sangre del labio con el anverso de la mano, tragó saliva y simplemente lo miró.

—No vas a suplicar —supuso Shan—. Nos pediste de rodillas que no nos llevásemos a la chica, y no vas a suplicar por tu vida.

Izan simplemente negó con la cabeza. Entonces Shan, bajó el arma.

—Sabes, estoy cansado de esto —Izan lo miraba perplejo—. Yo me metí en el negocio familiar para impresionar a mi padre, pero no es lo que quiero, no me gusta matar, maté a Tomás porque era una escoria, y los demás también se lo merecían. ¡Joder! Uno de ellos mató a una familia, incluido al perro —miró a Izan y le apuntó de nuevo—. Pero... a ti no puedo matarte. Solo con mirarte a los ojos, veo honor, pasión, veo que disfrutas con lo que haces —sonrió, dejó caer el arma y se sentó junto a él con la vista perdida en el horizonte—. He mandado matarte por... envidia



Izan seguía sin habla, intentando analizar aquella confesión. «Este tío está más zumbado de lo que creía». Se sentó despacio.

—¿Me estás vacilando? ¿Es un juego psicológico? —preguntó Izan confuso.

—Pude haberte matado, ahora —Izan lo miraba desconfiado—. ¿Sabes inspector? Toda esta situación me ha convertido en esto, pero yo... yo no soy así, yo soy un romántico —explicó seguro de sus palabras—. Entonces conocía a tu Noemí...

Izan no lo dudó, con esfuerzo recogió el arma del suelo y le apuntó, pero Shan no parecía inmutarse.

—¡Oye, como te hayas atrevido a hacerle daño...! —dijo Izan amenazante.

—¿Cómo voy a hacerle daño? Es como un ángel, tan frágil y a la vez... tan fuerte. Conocerla... fue como una bocanada de aire fresco.

—¡Estás loco! —aseguró Izan.

Shan simplemente sonrió.

—Todos tenemos un punto de locura, todos los genios, y los artistas somos locos, locos incomprensidos.

—¡Ah! Ya entiendo —dijo Izan sonriente—, te haces el gilipollas para evitar la cárcel. Pero no te va a valer. Ahora mismo, te voy a detener y vas a pagar por lo que has hecho.

—Sí, claro, quiero entregarme voluntariamente.

Izan lo miraba desconcertado, pero aun así no bajaba la guardia.

—Pagaré por las cosas malas que he hecho —explicó Shan—. Y... —sonrió—, por fin podré dedicarme a lo que siempre quise ser.

—¿Qué? —preguntó Izan confuso.

—En la cárcel voy a tener mucho tiempo libre.

—No me digas más, vas a estudiar para abogado y auto defenderte.

Shan soltó una larga sonrisa.

—¿Yo, abogado? Ni por asomo.

—Vale, me rindo, ¿qué es lo que quieres ser?

—Quiero ser escritor —dijo Shan convencido.

—¿Escritor...?

—Sí, debería ser artista, pero nací en la familia equivocada —miró detenidamente a Izan—. Seguro que tus padres estarán orgullosos de ti, un hijo inspector, te habrán ayudado y animado, pero los míos —sonrió sarcásticamente—, los míos nunca lo aprobarían —dijo triste—, seguro que se reirían —Izan escuchaba desconcertado su confesión—. ¿No vas a decir

nada?

—Eh... pues... no sé —soltó una sonrisa—, la verdad, es que te veo potencial.

Shan simplemente sonrió, y miró de nuevo al horizonte.

## Izan lleva a fisioterapia a Noemí

Pasaron tres semanas, en las que cada uno se dedicó a encauzar su vida. La vuelta a la normalidad resultaba extraña.

En tan solo unos días la percepción de la vida de cada uno de ellos cambió.

Noemí por fin recuperó la ilusión, las ganas de vivir, y de seguir adelante. Aunque fuese sin Izan, pues nunca ataría a ella a un hombre como él.

Decidió rechazarlo, cada una de las veces que él intentaba quedar con ella. En algún momento tendría que darse por vencido.

Ese día por fin, Noemí había tomado la decisión de volver a las clases de fisioterapia, que había abandonado meses atrás por desilusión.

El no conseguir avances la había sumido en aquella fuerte depresión, pero ahora, se sentía con fuerzas para volver a intentarlo.

Cogió su bolso de la mesita de noche, lo puso en las piernas y se dirigió al salón en su nueva silla, más cómoda y ligera que la anterior.

Cuando llegó, Dani guardó el móvil sonriente y la miró.

—Noemí, no me esperaste.

—Ya ves, he conseguido sentarme yo sola —movió la silla de adelante a atrás—. Estoy cogiendo dominio.

—Eres una campeona —dijo orgulloso.

—Bueno. ¿Me llevas a fisio? —preguntó ella.

—Verás, hoy no puedo, he quedado.

—¿Has quedado? —la cara de Noemí se iluminó con una amplia sonrisa.

—Sí —admitió sonriente—. He quedado con Sandra.

—¡Dani! ¡Cuánto me alegro!

Empujó la silla hasta la entrada del edificio.

—Pero no te preocupes, he buscado a alguien que te lleve.

—Tranquilo, como si tengo que ir en bus.

—Ni loca vas tú sola —dijo Dani con su habitual tono protector.

—Dani, voy a intentar vivir mi vida lo más normal posible, ¿vale? Ya estuve mirando coches, y he visto uno que me ha encantado.

—Genial —miró al fondo de la calle—. Ahí viene.

Noemí prestó atención al coche que se acercaba, y a su altura se detuvo un

Seat León rojo.

Ella miró el coche, y tragó saliva. «No me lo puedo creer». Entonces bajó del coche Sandra, y por un momento se relajó.

Dani se le quedó mirando, llevaba unos vaqueros ajustados, sus habituales tacones, y una camiseta rosa con un pronunciado escote.

—Qué curioso —dijo Noemí sonriente—, que te traiga tu ex prometido a una cita.

Sandra sonrió pícara, antes de hablar:

—Hola Noemí —miró a Dani—. Hola.

—Vaya... —habló Dani—, pero si es la Bar... —no pudo seguir pues Sandra lo interrumpió.

—No digas nada de lo que te puedas arrepentir —advirtió Sandra.

Dani inmediatamente le tendió el brazo, que ella no dudó en aceptar, y se fueron del lugar.

Noemí miraba la escena alegre, pero se le borró la sonrisa cuando Izan bajó del coche, y se le acercó.

—Hola Noemí.

—Izan. ¿Qué haces aquí?

—He quedado con tu hermano, para llevarte a fisioterapia. Quería venir antes, pero algún sinvergüenza me rompió la luna del coche —ella por un momento estuvo a punto de reírse, pero rápidamente recuperó la compostura.

—No, Izan. No quiero que me lleves tú —dijo Noemí tajante—. Ya te dije que no quiero nada contigo. ¿Cómo tengo que explicártelo?

Él tomo aire y lo soltó despacio para poder contestar.

—Verás, si lo que se interpone entre nosotros, es tu minusvalía. Habrá que remediarlo —concluyó Izan.

—Izan... esto no tiene remedio —soltó ella con resentimiento—. Las posibilidades de volver a caminar son... muy bajas.

—Tendré que aferrarme a esa pequeña posibilidad —la empujó hasta el coche—. Además, le prometí a tu hermano que te llevaría. No quiero que pierdas la sesión.

—Vale, pero sólo me llevas, nada más.

Fueron hasta la clínica, pero ella insistía en no decir nada, aunque Izan se esforzase en darle conversación.

Cuando entraron la fisioterapeuta se alegró al ver que venía acompañada.

—¡Hola Noemí! —la saludó enérgicamente.

—Hola Ana.

—¿Este chico es...? —preguntó dudosa.

—Soy Izan Santos.

Prácticamente se abalanzó sobre él para darle dos besos.

—¡No te imaginas cuánto me alegro de conocerte! ¡Has conseguido que Noemí venga a la terapia!

—¿Yo...? —preguntó él sorprendido.

—Y no me extraña, en persona eres aún más guapo —le guiñó un ojo a Noemí mientras lo decía.

—Ana —protestó Noemí.

—Tengo que pasarte una lista de pacientes para que me las secuestres, a ver si así vienen animadas a mi clase.

Izan se quedó sin palabras, y Noemí no pudo evitar sonreír.

—Venid, hoy vamos a practicar cinesiterapia pasiva asistida, aprovechando el acompañante que traes.

—¿Qué? —preguntó Noemí alarmada—. ¡No!

—Noemí, te vendrá muy bien —explicó Ana—. Ya verás.

Entraron en una pequeña sala, parecía una clase de yoga, con esterillas en el suelo. Allí ya había varias personas esperando.

—¡Hola! ¡Salud a Noemí!

—¡Hola! —se oyó un saludo unísono, seguido de un silencio absoluto. Más de una tenía los ojos clavados en Izan.

—Este es Izan Santos —dijo Ana—, pero tranquilas, que no viene a secuestraros.

—¿Ah no? —soltó una de las asistentes, y todos se echaron a reír.

—Rita, no empieces —avisó Ana, y luego miró a Izan—. Es que aquí todos hemos seguido vuestra historia.

—Sí, yo ya sabía que tú no podías ser culpable —afirmó Rita con sonrisa pícara.

Noemí se rió, pues ya habían hablado del tema en otra clase, pero Izan se sentía avergonzado con tanta atención.

—Bueno, vamos a empezar la clase —dijo Ana—. Los autógrafos para después —Ana miró a Izan—. Acuéstala en una esterilla, por favor.

—Sí, claro —Izan se acercó para cogerla, y ella rodeó su cuello para ayudarlo, entonces pudo comprobar lo nerviosa que estaba—. Tranquila —le susurró al oído.

—¡Bien! ¡Empezamos! Fijaos en mí —dijo Ana.

Ella sujetó la pierna de una de sus pacientes, y les explicó cómo debían realizar el ejercicio.

Izan por un momento sonrió, ahora entendía por qué Noemí no quería ir con él a esas clases.

Ana se acercó a ellos, puso la mano sobre la de Izan y le corrigió el ejercicio.

—Haz un poco más de presión —explicó—. Bien.

Noemí al principio estaba muy nerviosa, verlo precisamente a él, ayudarla con los ejercicios, la alteraba. «¡Oh! No voy a volver con él a terapia». «¡Uf! Si me sigue tocando así me va a dar un...». Se relajó todo lo que pudo. «Y él tan tranquilo».

—Noemí —le habló Izan en voz baja—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó mostrando una seguridad que no poseía.

—Bien, ahora pasaremos a los masajes —explicó Ana.

—¡No! —dijo Noemí a la vez que se incorporaba.

—¿Qué pasó? —preguntó Ana.

—Es que... —resopló y se pasó una mano por la frente—. No me encuentro bien. Tengo que irme, Izan, por favor, llévame a casa.

—Sí, claro —la cogió y salió de allí ante la extraña mirada de los demás.

—Hasta la próxima clase, cuídate, Noemí —dijo Ana.

Izan conducía preocupado.

—¿Te llevo a urgencias?

—No, solo necesito descansar —explicó ella.

—¿En serio?

—Sí —ella se puso a rebuscar en el bolso—. ¡No me lo puedo creer...!

—¿Qué pasa?

—Las llaves, no las tengo.

—Tranquila, llamamos a tu hermano —no pudo terminar la frase pues ella lo interrumpió.

—¡No! Hace mucho que no sale con nadie, no quiero estropearle la cita.

—Te llevo a mi casa entonces —dijo Izan.

—¡No! ¡Eso sí que no!

—Bueno... pues, ¿habrá que cenar? —la miró fijamente—. ¿O tampoco quieres cenar conmigo?

—A ver Izan...

—Vamos a cenar y hablamos, ¿vale? —sugirió él.

Noemí asintió e Izan la llevó a un sitio que conocía él, un poco apartado y con un toque romántico.

—Esto... es precioso —dijo Noemí al entrar.

La llevó a la zona más íntima, apartó la silla que había en la mesa y colocó la de Noemí.

—Quería preguntarte una cosa —dijo Izan en cuanto se sentó.

—Dime —dijo Noemí, rezando para que no volviese a pedirle que fueran novios.

—Shan me dijo que habló contigo.

—¡Ah! Sí, pues... la verdad es que me llevé una sorpresa con él. Yo tenía tanto miedo... —Izan la miraba preocupado.

—¿Te hicieron daño? —preguntó atemorizado.

—No.

—¿En serio?

—En serio —afirmó segura.

Él respiró algo más tranquilo, no podía soportar la idea de que alguien pudiese lastimarla.

—Es que lo pasé muy mal —confesó él—, si llegan a... —Noemí lo interrumpió pues podría notar lo nervioso que estaba.

—Izan, tranquilo. No pasó nada, ¿vale? —él se relajó—. Shan me prometió que no me harían daño. ¿Sabes?, es un hombre muy curioso.

—Sí, sí que lo es.

—Me dijo que te envidiaba, por ser como eres, por luchar por lo que quieres —Izan la escuchaba atentamente—, por no dejarte corromper, y por ser todo un caballero.

—¿Un caballero...? —preguntó él intrigado.

—Sí, Izan, te arrodillaste delante de él sin dudarle, sin que te lo pidieran, y cargaste con la culpa de algo que no hiciste, por mí —lo miraba agradecida—. Sabes, Shan estaba súper agobiado, y... de repente, se puso a contarme su vida —sonrió—. Me dijo que él no quería ser el jefe de una banda de narcotraficantes, que siempre había soñado con ser escritor.

—Sí —admitió él, sonriente—, también me lo dijo a mí, me dijo que eras como un ángel.

Ella lo miró un momento, antes de seguir hablando.

—¿Te imaginas? ¡De líder de una banda, a escritor! Bueno, ya solo con su biografía se va a forrar.

Ambos sonrieron por el comentario de Noemí.

—¿Y qué le dijiste tú? —preguntó Izan.

—Pues que lo intentase —hablaba convencida—. Que si uno quiere algo tiene que luchar por ello. Puede que salga bien, o mal, pero por lo menos lo habrá intentado.

—Yo pienso igual.

Noemí se dio cuenta al instante por dónde iba la afirmación de Izan, pero prefirió ignorar el comentario.

En otro lugar, Sandra y Dani, estaban cenando en el restaurante que habían reservado.

—Dime, Sandra. ¿Cómo van las cosas en la comisaría?

—Bien, todo se resolvió, Izan vuelve a ser inspector, Shan está en la cárcel, y bueno... yo he terminado con la investigación.

—¿Te vas a ir? —preguntó directamente Dani.

Sandra miró un instante al plato, para luego volver la vista a Dani.

—No lo sé.

—Ya... no hay nada que te ate a esta ciudad. ¿Por qué aceptaste mi invitación? ¿Para despedirte?

—¿Qué? —preguntó ella sorprendida—. ¡Me lo pediste diez veces!

—Prefería que me hubieses dicho que viniste para despedirte, no por lo pesado que soy.

Ella no pudo evitar reírse.

—Tú no eres pesado, eres... muy simpático.

—Y tú no eres una “borde mal follada”.

Ella lo miró un rato, hasta que cogió aire.

—¡Qué alivio!

—Mejor cambiamos de tema, ¿no? —sugirió él.

—Sí.

—Entonces, ¿tú crees que me podrían aceptar como asesor?

—¡Eso es en las películas! —protestó Sandra.

—¡Pero soy bueno, eh!

Ella sonrió, y él la miraba embelesado. Verla sonreír le parecía lo más hermoso del mundo.

—¿Bailamos? —dijo él.

—¿Me vas a sacar a bailar?

—Parece menos peligroso que ir de tiroteos, persecuciones, peleas...



Ella sonrió y se fueron a la pista de baile.

—No te di las gracias por salvarme —dijo Sandra—. Shan iba a matarme, y me quedé bloqueada —él la abrazó tiernamente mientras sonaba una balada—. Sueño que me dispara, muchas veces, y...

—Sandra —Dani la miraba unos segundos, y luego la besó tiernamente—. ¿Qué tal si sueñas conmigo?

Ella sonrió un momento.

—Sabes Dani, fui muy borde contigo.

—Y yo te llamé Barbie.

Sandra se echó a reír y apoyó la cabeza en su hombro para seguir bailando.

La noche se les pasó muy rápido. Dani detuvo la moto delante del piso de Sandra, ella se bajó, y él se sacó el casco y la miró.

—¿Me vas a dejar darte un beso en la puerta de tu casa?

Ella sonrió, entonces en un hábil movimiento, pasó una pierna por encima del manillar y quedó sentada frente a él, tan cerca, que podía notar todo su cuerpo.

—Sandra... eso que acabas de hacer, es...

Ella puso las manos en sus hombros, y él la miraba abrumado.

Sin más, lo besó apasionadamente. Él respondió abrazándola por la cintura para juntarla aún más contra él.

—¿Te imaginas que llevase faldas ahora? —dijo ella sugerente.

—El pequeño Dani ya se lo ha imaginado.

—Ya lo he notado —dijo Sandra.

—¿Me dejas pasar y lo arreglamos?

—¡Eh! ¿No vas un poco lanzado?

Dani le cogió las nalgas con las manos para apretárselas, y luego le tocó entre las piernas.

Ella se le quedó mirando, en sus ojos se veía deseo.

—¡Oh no! —dijo de repente él—. ¡Esto va a sonar fatal! ¡Pero... tengo que irme! —ella lo miraba desconcertada—. Me he traído las llaves de Noemí —la besó y se le quedó mirando—. ¿Volvemos a quedar, o me vas a dar largas?

—¿El miércoles? —dijo ella.

—Bien.

Ella se bajó y él se fue.

Dani llegó pronto a casa, pero no estaba Noemí, ni el coche de Izan.

—¿Dónde estará? —empezó a ponerse nervioso—. La voy a llamar, es muy tarde —miró la hora, pero se quedó pensativo—. ¡Joder! ¿Y si le corto el rollo? Tengo que aprender a no ser tan protector.

Entonces se sentó en el sofá a esperar, y pensó en Sandra.

Puso las manos en la nuca y sonrió. «¡Qué guapa es!». «¡Y qué buena está!». «Pero se va a ir —medio se enfadó—. No tiene nada que la retenga aquí».

Entonces llamaron al timbre. Fue rápidamente a abrir, eran Izan y Noemí.

—¡Hombre! A buenas horas que llegáis...

—No sé, yo diría más bien que tú has llegado temprano —dijo Izan con tono burlón—, veo que no... —sonrió y dejó el tema para hablar con Noemí—. ¿Estás mejor?

—¿Por qué? —preguntó Dani alarmado—. ¿Qué ha pasado?

—Tranquilo Dani —habló Noemí—, solo me dolía un poco la cabeza, pero ya se me ha pasado.

—¿En serio?

—Sí —insistió ella—, y tú, ¿qué tal?

—Bien —sonrió un instante—, pero... se va a ir —admitió desilusionado.

—¿Ya lo ha decidido? —preguntó Izan—. Entonces, ¿no va a aceptar la oferta del comisario?

Dani se le quedó mirando antes de hablar.

—¿Qué oferta? —preguntó desencajado, de repente se sentía defraudado.

—Eh... —prosiguió Izan dándose cuenta de que había hablado de más—. No te lo dijo...

—No —declaró Dani con tono seco.

—Mira, es mejor que hables con ella, o espera a que te lo cuente —dijo Izan.

—¡Y una mierda! ¡Se va a enterar!

—Dani —intervino Noemí—. Si no te lo ha dicho será porque estará hecha un mar de dudas.

—¿Un mar de dudas? ¿Por qué?

—Dani, tu hermana tiene razón, déjala pensar, ya te lo dirá —sugirió Izan.

—¿Sabes que os digo? ¡Yo no voy a andar detrás de ella! ¡A la mierda! Tuve que mandarle un motón de mensajes para que se rebajase a quedar hoy conmigo —cogió el móvil, y se puso a escribir—. Ya está, la cita del

miércoles anulada, y... —volvió a escribir—, listo, anuladas todas.

Le entró una llamada de Sandra en el móvil, pero él lo que hizo fue rechazarla, y luego apagó el móvil.

—Dani... —habló Noemí—, no hagas eso, llámala.

—Yo mejor, me voy —dijo Izan—. Mañana trabajo, chao.

Fue junto a Noemí y le dio un suave beso en la boca.

—Cuídate, ¿vale?

—Sí, chao —dijo Noemí.

—Chao, inspector —dijo Dani.

En cuanto Izan se fue, Dani fue junto a Noemí.

—Dani, llámala, anda.

—No, no quiero llamarla. Dime, ¿qué tal la terapia?

—Bien, pero ya te valió la encerrona —dijo Noemí—. Podías haberme dicho que era Izan quién me iba a llevar.

—¿Qué problema hay? Si está coladito por ti.

—Ya sabes que no quiero tener nada con él.

—Vale, a ver, ¿qué te pasó? —preguntó Dani—. ¿Por qué te encontraste mal? ¿Por ir con él?

—Es que... —sonrió avergonzada—, era una excusa.

—¿Una excusa? ¿Por qué?

—Es que a Ana se le ocurrió que era el día perfecto para hacer cinesiterapia, y... tiene esas manos tan varoniles, y... yo me estaba poniendo mala, y... luego Ana dijo que íbamos a hacer masajes, y con eso no pude —concluyó.

Dani se echó a reír.

—¿Qué? Te inventaste el dolor de cabeza para que no te tocase.

—¡No te rías!

—¡Joder! Noemí, no te entiendo.

—¿Y tú qué? —protestó ella—. Si Sandra no te ha dicho lo del traslado será por algo.

—¡Ah no! No empieces por ahí. No quiero saber nada de esa mujer, es... borde, presumida, se cree perfecta, y... nos vamos para cama, que es muy tarde.

## Vuelta al trabajo

Noemí entró en el hospital, respiró hondo y fue hasta el mostrador.

Cogió su tarjeta para fichar, y la miró entusiasmada, notaba cómo le temblaba el pulso. Había poco más de un año que no la usaba.

La pasó por la máquina y al escuchar el pitido, se sintió otra persona, sintió que empezaba una nueva vida, en la que los obstáculos ya no eran insalvables, y en la que podía volver a ser ella misma.

Sonrió llena de felicidad, y se dirigió a la sala de curas, donde la habían destinado provisionalmente, hasta que estuviese preparada para retomar su especialidad.

Entró tranquila, y segura de sí misma. Entonces se llevó una gran sorpresa, todos sus compañeros de trabajo, incluido su hermano, estaban dentro esperándola. Habían improvisado una pequeña fiesta de bienvenida, en una gran serpentina ponía “Bienvenida Noemí”, la sala estaba adornada con globos, y en la mesa central tenían una gran tarta con las palabras “Te queremos”.

Noemí inmediatamente se echó a llorar de la emoción.

—¡Gracias! ¡Gracias a todos! ¡Yo también os quiero mucho! —hablaba entre lágrimas.

—¡Hermanita! —Dani fue prácticamente corriendo a abrazarla—. Me alegro mucho de que vuelvas al trabajo.

—Yo también.

El resto de la jornada transcurrió con normalidad, pero para Noemí, el tiempo voló. Otra vez volvía a ser ella, aunque fuese sentada en una silla de ruedas. Volvía a curar a otras personas, que era lo que más le gustaba hacer.

Cuando miró el reloj ya había excedido en cinco minutos su jornada de trabajo.

—Caramba, qué rápido se me ha pasado.

Se fue a la entrada, donde había quedado con Dani. Él estaba hablando con unos compañeros.

—¡Dani!

—¡Voy! —se acercó a prisa—. ¿Qué tal el día?

—Muy bien —admitió con una gran sonrisa—. Pero ya os valió con la

sorpresa. Gracias, Dani.

Él sonrió orgulloso.

—¿Vamos al sitio de siempre? —preguntó él.

—Sí.

Se dirigieron al restaurante donde iban a comer cuando uno de los dos tenía turno partido, estaba a cinco minutos a pie.

Dani caminaba a su lado, pues ella había insistido en empujar la silla.

—Sabes Noemí, te veo bien.

—Sí, me siento bien, a pesar de todo.

—Me alegro mucho —sonrió—. Es increíble que tuviese que pasar lo que pasó, para llegar a esto.

Ella también sonrió. Se sentaron en su mesa preferida, y pidieron el menú del día.

—No hay mal que por bien no venga —dijo ella sonriente—. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Al principio, Izan creía que Shan me había enviado para seducirlo.

—¿Qué? —preguntó de nuevo, pero ahora sorprendido.

—Sí.

—¿Oye Noemí? ¿Por qué no le das una oportunidad? Es buen tío.

—Dani, ya sabes...

—Ya lo sé, pero es que a él no le importa tu minusvalía. Le gustas así, como eres.

—Pero es injusto, yo ya le dije que podíamos quedar para... eso, pero no quiere, quiere algo más.

—Joder... Noemí, no deberías desaprovecharlo... puede que...

Dani no pudo terminar, pues Noemí lo interrumpió.

—Que no vuelva a mirarme nadie... lo sé —confesó compungida.

—Noemí, no quería decir eso.

—Anda, ¿por qué no aprovechas tú lo de Sandra? —espetó Noemí.

—¿Qué dices? ¿Sandra? —dijo Dani con tono despectivo, y Noemí de repente puso cara de susto—. ¿Qué me acueste con ella? Eso ya lo pude hacer el otro día, la tenía a punto de caramelo —Noemí negaba con la cabeza—. ¿Pero sabes que te digo? Que hice bien, yo no quiero nada con esa borde, engreída, estreñida y mentirosa... alguien debería sacarle el palo del culo —Dani miró extrañado a Noemí—. ¿Qué te pasa?

Se puso en pie despacio, y se dio la vuelta. Sandra estaba tras él y lo había

escuchado todo.

Sin más lo abofeteó. Él se tocó la cara y la miró enojado.

—Sandra...

Se dispuso a irse, pero él la sujetó del brazo y la atrajo hacia sí.

—¿A qué has venido? ¿Qué es lo que quieres?

—Contigo... nada —dijo ella.

—Dani —interrumpió Noemí en voz baja, pero nadie la escuchaba.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó ahora Dani.

—¿Yo? ¿A ti?

—Sí, ¿por qué otro motivo ibas a estar aquí?

—Vengo a hablar con ella —señaló a Noemí, que la miraba extrañada.

—¡Ah! ¡Vale! —la soltó—. Perdone detective —Dani se sentó como si nada—. Tome asiento.

Sandra se quedó bloqueada, no sabía qué hacer. Miró un momento a Dani, y finalmente se sentó con ellos.

—Dime Sandra —habló Noemí.

—Es un tema privado —cogió su libreta y se puso a ojearla.

—Pues yo aún voy a tomar café, tendrá que esperar —le dijo Dani muy cordialmente.

Ella lo miró sonriente.

—No se preocupe, señor Río, puedo esperar.

En la mesa había un silencio absoluto que rompió Sandra.

—¿Qué tal tu vuelta al trabajo?

A Noemí se le iluminó la cara con una amplia sonrisa.

—¡Genial! ¡Estoy súper emocionada! ¡Si vieras la sorpresa que me hicieron, fue una pasada! —miró feliz a Dani, sabía que la había organizado él—. Y bueno, se me pasó la mañana volando.

Dani miró la hora, y se apresuró a ponerse en pie.

—Bueno, tengo que irme, ya pago al salir. Chao Noemí, vengo en dos horas —miró a Sandra—. Adiós, señora Moreno, por mí puede irse... al carajo.

Sandra se quedó sin habla, mientras observaba cómo se iba. Frunció el ceño y bajó la mirada.

—Sandra, oye —Sandra la miró—, ¿estás bien? ¿de qué querías hablar conmigo?

—Lo he seguido —confesó avergonzada—, acabo de comportarme como una cría.

Noemí sonrió.

—Sabes, mi hermano es muy... es muy sensible.

—Ya lo sé, lo he visto llorar —dijo Sandra recordando el momento.

—¿Por qué no le dijiste que te habían ofrecido el traslado?

—No sé qué hacer, necesito pensar. A ver, es una decisión difícil.

—¿Es por Izan? —preguntó Noemí directamente—. Yo no tengo nada con él, y tampoco quiero tenerlo. Pero, te voy a pedir una cosa —Sandra la miró esperando oír su petición—, si sigues enamorada de él, aléjate de mi hermano —su voz sonó amenazante.

—Noemí, tu hermano, no se parece nada al tipo de hombre que me gusta a mí —miró a su derecha y se mordió los labios—. Siempre me gustaron, pues... como Izan, pero... entonces, conocí a Dani, y tiene algo, es... tan tierno, y gracioso —sonrió.

Noemí la miraba analizando cada una de sus palabras, incluso estudió el silencio que siguió a la confesión de Sandra.

—Sandra —esta dejó de mirar al suelo para prestar atención a Noemí—. Yo no sé qué decirte. Dani es muy terco, si quieres algo con él te lo vas a tener que currar.

—Bueno, vamos a dejar de hablar de Dani. Izan... — no pudo terminar la frase.

—¡No! No quiero hablar de Izan —sentenció Noemí.

Sandra se enojó de repente.

—Sabes, tú y tu hermano, os parecéis mucho. Los dos sois... cabezotas.

Se fue sin más, y Noemí se quedó sorprendida observando cómo abandonaba la cafetería. «Vaya cabreo que ha cogido». Tardó un momento en reaccionar, entonces miró la hora. «Bueno, voy a dar un paseo mientras espero a Dani». Le llevó un rato salir pues tuvo que esperar a que le hiciesen hueco para la silla.

Una vez fuera se encontró de nuevo con Sandra, estaba sentada en un banco, y su gesto era triste.

—Noemí, perdona por irme así. ¿Vale?

—Tranquila, no pasa nada —dijo Noemí con tono relajado.

—¿A dónde vas?

—A dar una vuelta, ahí dentro me estaba agobiando.

—Si quieres te llevo a casa —ofreció Sandra—. Díselo a Dani, y te acerco.

—No es necesario, además... tú tendrás tus cosas.

Sandra respiró hondo, y miró un instante al suelo.

—Estoy de baja psicológica —Noemí la miró extrañada—. Nunca me habían disparado de esa forma... —soltó aire—, no paraba de disparar al chaleco, y... me dolía tanto —confesó asustada. Noemí la escuchaba preocupada—. Entonces te miro a ti, y no entiendo de dónde sacas las fuerzas, cómo puedes ser tan valiente —sus ojos se humedecieron—. Después de todo lo que te ha pasado, y ahí estás tú, volviendo al trabajo —se limpió las lágrimas.

—Sandra... llévame a casa, tengo helado en la nevera —dijo con una suave sonrisa.

No necesitó repetírselo, Sandra empujó la silla, la ayudó a entrar en su nuevo coche, y la llevó.

Tres horas más tarde la puerta pareció abrirse de golpe, entró Dani desesperado y se encontró a Noemí y a Sandra cada una comiendo helado de una tarrina, y llorando mientras veían una película.

—¡Ay la leche...! —dijo Noemí—. No te hemos avisado.

—No, no lo habéis hecho —dijo Dani enojado—. Noemí, te he estado buscando —analizó la situación—. ¿Por qué estáis llorando?

Sandra dejó la tarrina con la cuchara en su interior, encima de la mesa. Se limpió los ojos y se puso en pie.

—Señor Río —lo miraba seria o eso intentaba—, discúlpeme por no avisarlo.

—¿Estás borracha? —se fijó en las botellas que había junto al sofá, que hasta ese momento no habían llamado su atención.

—No —respondió todo lo serena que fue capaz, pero al final se le escapó una risa.

—Sandra, ¿qué tipo de comportamiento es este? —reclamó Dani—. Y tú Noemí, ¿también has bebido? —ella simplemente negó con la cabeza.

—Señor Río, yo no tengo nada metido en el culo. ¡Oh dios mío! —se llevó la mano a la cabeza—. Qué mal ha sonado eso. Mejor me voy, chao señoras y señores.

Sandra se dirigió a la puerta, caminaba con dificultad, pero aun así pudo abrir y salir.

Dani se quedó bloqueado, en ese momento no sabía qué hacer, y Noemí lo miraba con gesto de desaprobación.



—¡Ya es mayorcita! —protestó él.  
—Dani —reprendió Noemí.  
—¡Vale! ¡Ya voy!  
Cuando alcanzó a Sandra, ella rebuscaba en el bolso.  
—¿Dónde se han metido las putas llaves?  
—Sandra —ella se dio la vuelta y lo miró—. Así no puedes conducir.  
—¿Me vas a multar?  
—¿Yo? En tal caso tendría que multarte el inspector.  
De repente Sandra se echó a llorar desconsoladamente.  
—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?  
—¡La culpa es vuestra! —Dani la miraba turbado—. ¡Izan no me quiere!  
Y yo no quiero que me hagan daño. Entonces apareces tú —lo señaló con el dedo índice en el pecho—, con tu estúpida simpatía, y...  
—¿Estúpida simpatía? —preguntó él atónito.  
—¡Sí! ¡Me juré no enamorarme nunca más! ¡Y ahora tengo miedo! —se dejó resbalar por el coche hasta quedar sentada en el suelo.  
—Anda, ven —la ayudó a ponerse en pie y entró en casa con ella.  
—¿Está bien? —preguntó Noemí cuando los vio entrar.  
—Sí, pero dice un montón de tonterías.  
—¡¿Qué?! —preguntó Sandra—. ¡Te acabo de decir que me he enamorado de ti! ¿Y tú dices que es una tontería?  
Sandra le dio una suave bofetada, entonces Dani sonrió, y la cogió en brazos.  
Noemí miraba a Dani con sonrisa pícara.  
—Voy a acostarla.  
No tardó ni cinco minutos en volver al salón.  
—Hermanito, la tienes coladita.  
—No sabe lo que dice.  
—Antes de beber decía lo mismo.  
Dani se le quedó mirando, sonrió, y preguntó:  
—¿En serio?  
—Sí —admitió Noemí con una amplia sonrisa.  
—Vaya... Bueno —cogió el móvil—, voy a llamar a Izan, por si tiene que trabajar mañana.  
—No, está de baja psicológica, ¿no te lo dijo?  
—No —dijo él extrañado—, veo que no me tiene mucha confianza.  
—Dani, tienes que ser paciente con ella, sabes, la encuentro muy agobiada,

no puede dormir por lo de Shan, y no sabe qué hacer con el traslado... — Noemí respiró hondo—. Yo sé lo que es sentirse mal, y... —Dani la miraba preocupado—, Sandra no es tan fuerte como parece, tienes que hablar con ella.

—¿Yo?

—Sí, Dani —espetó molesta.

Él resopló, y miró a su derecha mientras se rascaba la nuca.

—Vale, mañana hablo con ella —cogió a Noemí en brazos—, ahora hay que irse a dormir.

A la mañana siguiente Noemí y Dani desayunaban en la cocina.

—¿Y Sandra? ¿No la has despertado? —preguntó Noemí.

—No, dormía como una roca, ni siquiera me vio entrar a cambiarme.

—Hola —irrumpió Sandra en el salón—. Buenos días.

—Hola Sandra —dijo Noemí sonriente—. ¿Cómo estás?

—Avergonzada, siento lo que ha ocurrido ayer, fue... un acto inmaduro — cogió su bolso.

—No, Sandra, no fue eso, necesitabas desahogarte —explicó Noemí.

—Gracias, bueno, me voy, me ha gustado mucho conoceros —dijo Sandra con gesto serio.

—¿Te vas? —preguntó Noemí alarmada.

—Sí —bajó un momento la mirada y se dirigió a la puerta.

Dani permanecía inmóvil en la silla, ni siquiera había sido capaz de decir nada, y Noemí miraba preocupada a Sandra, entonces le dio un golpe a su hermano para que reaccionase.

Se miraron, Dani pudo entender lo que estaba pasando por la mente de Noemí con solo ver su expresión.

—¡Dani! —habló por lo bajo—. ¡Venga!

—¡Sandra! —dijo Dani mientras se ponía en pie e iba hasta ella—. Espera, no te vayas, quiero hablar contigo —miró el reloj—. Mierda, se me hace tarde, ¿por qué no te quedas y tomamos algo en mi descanso?

—No, señor Río, no tenemos nada de qué hablar. He decidido que me voy —dijo Sandra con aparente nerviosismo—. No hay nada que me ate a esta ciudad.

—Ayer no decías lo mismo —espetó Dani enojado.

—Ayer estaba borracha.

Se dio la vuelta y se fue, sin ni siquiera mirar atrás. Mientras, Dani,

permanecía en la puerta viendo como cogía su coche, y luego este se alejaba por la estrecha calle.

Bajó la mirada y fue junto a Noemí.

—Dani...

—No me digas nada.

Dani recogió la mesa como si su mente estuviese en otro lugar, y luego se fue con Noemí directo al trabajo.

## Puedo yo sola

Noemí se despertó, y se desperezó. Ese día Dani trabajaba y ella libraba.

Él había intentado por todos los medios convencerla para que quedase con unas amigas, pero ella quería relajarse, quería estar sola en casa, y demostrarse a sí misma que podía hacer muchas cosas, aún sin usar las piernas.

Había prometido a su hermano esperar por él para estrenar la grúa mural que habían instalado, pero era tan impaciente que se propuso hacerlo ella misma.

—Bien, esto no puede ser tan difícil.

Llenó la bañera y preparó la grúa, tal como había estudiado en las instrucciones, y hasta que se vio segura no accionó el botón de ascensión.

—¡Ala! ¡Qué pasada!

Con mucho cuidado se sumergió en el agua y colgó el mando en la grúa.

—¿Ves como no era tan difícil? Ahora sólo me falta un poco de música y a relajarme.

Estiró el brazo hasta la silla de ruedas y cogió el móvil, pero entonces se dio cuenta de que no la había frenado, y se quedó mirando cómo la silla se iba sin poder hacer nada.

—Mierda... ¿y ahora qué hago?

Aunque estirase la grúa del todo no conseguiría llegar.

—Vaya bronca me va a echar Dani —lo llamó, pero no daba señal—. Tendré que esperar, estará conduciendo —supuso.

Cogió la esponja llena de gel y la pasó por los brazos intentando no pensar en el momento, pero tras media hora en la bañera ya se estaba impacientando.

—Esto debería ser un baño relajante... y no me estoy relajando nada —cogió de nuevo el móvil—, menos mal que este cacharro es sumergible, con la mala pata que tengo raro es que no se me cayese al agua.

Volvió a llamar a su hermano, pero seguía sin cobertura.

—Vaya... —resopló y accedió a la agenda de contactos, para buscar el nombre de Izan. Dudó mucho en llamar, pero finalmente se atrevió.

Él sí contestó, detuvo el coche policial en medio de la carretera, con los prioritarios puestos y contestó al tercer toque.

—Hola, Izan, verás... tengo un problema, Dani no contesta, y... no puedo

salir de la bañera, me olvidé de frenar la silla, y... —él la interrumpió para decirle que estaría en su casa en veinte minutos—. Gracias, Izan.

En un cuarto de hora se presentó en la casa, tenía un juego de llaves que le había dado Dani, y entró a prisa en el baño.

Ella estaba sentada, con la mirada ausente, se sentía avergonzada por no ser siquiera capaz de darse un baño sola.

—Noemí, ¡eh!, ¿estás bien? —preguntó él preocupado.

Noemí tardó unos segundos en reaccionar, entonces lo miró, y su expresión cambió de la tristeza y amargura a un repentino asombro. Lo miraba fascinada.

—Sí... ya estoy mejor.

—¿En serio?

—En serio... —a su boca asomó una suave sonrisa—, no te había visto de uniforme —miró a su cintura—. Vaya... llevas porra, y... esposas...

—¿Te gustan los hombres de uniforme? —preguntó él, pícaro.

—La que te diga lo contrario... —miraba cómo la camiseta se ceñía a sus fuertes brazos—, es una mentirosa —resopló para tranquilizarse—. Bueno, ¿me acercas la silla? Supongo que estás de servicio.

—Claro que estoy de servicio, estoy ayudando a una joven damisela en apuros.

Izan colgó la toalla de un hombro y la puso por delante para no mojar la ropa, y luego cogió a Noemí en brazos.

—Solo necesito que me acerques la silla, ¿a dónde me llevas?

—A tu cuarto —explicó él.

—Oye, si piensas que lo vamos a hacer, estás equivocado.

—¿Hacerlo? —preguntó él mientras le clavaba la mirada—. ¿Intentas corromper a un agente de la ley? —ella sonrió—. No vamos a hacerlo, voy a vestirme.

—¿¿Qué?! —preguntó Noemí con los ojos como platos.

La sentó en la cama, y cogió la ropa interior.

—Nunca había vestido a una mujer —le dobló las piernas y le fue poniendo la braga muy despacio—, y es algo realmente hermoso.

Ella lo miraba sin palabras, en ese momento no sabía qué la excitaba más, que le quitase la ropa, o se la pusiese. Entonces él besó su ombligo provocando que ella se estremeciese.

—¡Izan! ¡Para ya! Me estás poniendo mucho.

—Te pongo las esposas si me dejas invitarte a un café —dijo él con mirada

penetrante—. No pido tanto.

—No —espetó ella desafiante.

De repente Izan se le echó encima, le sujetó las muñecas y la miró fijamente.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—¿Sabes que me gustas mucho?

—No Izan... no puede ser —ella negaba con la cabeza.

—¿Por qué? —la besó suavemente, al principio quiso resistirse, pero sentirse indefensa bajo su cuerpo aún la provocaba más, y pronto sucumbió a sus besos.

Entonces escucharon una sirena en el exterior.

—¡Es Dani! —dijo Noemí.

—¡Joder! ¡Qué inoportuno!

Noemí se tapó con la toalla e Izan se dirigió a la puerta, pero en tan solo unos segundos Dani se presentó en el cuarto.

—¿Qué pasó? —preguntó Dani alterado—. ¿Por qué hay un coche de policía fuera?

—Dani, tranquilo —habló Izan.

—Te llamé porque usé la grúa y se me fue la silla —explicó Noemí.

—¡¿Qué?! —ahora Dani se veía claramente enojado—. ¿Usaste la grúa tú sola? —la señaló—. ¡Te dije que me esperases! —empezó a caminar de un lado a otro, nervioso—. ¿Sabes lo mal que lo he pasado? ¡Estaba en un accidente de tráfico! ¡Me he angustiado mucho al perder tu llamada! ¡Y cuando llego, me encuentro un coche de policía fuera!

—Dani... lo siento —dijo Noemí con los ojos llorosos.

—¿Lo sientes? ¡El otro día te fuiste y no me avisaste, y hoy... esto!

—Dani —interrumpió Izan—, tranquilízate.

—¡No! ¡Necesito un respiro! ¡No puedo más! —gritó—. ¡Me desvivo por ella!

—Dani, ya basta —dijo Izan.

—¡No! ¿Cómo voy a ir tranquilo al trabajo pensando en que puedan pasar cosas como esta?

De repente Izan lo sujetó de un brazo y tiró de él.

—Ven al salón —ordenó enojado—. Te estás pasando —dijo en voz baja.

—¿Tú crees? —espetó Dani—. ¿Y si se hace daño?

—¿Qué quieres? ¿Qué esté tirada en cama todo el día? —Dani recapitó—. Necesita sentir que puede. Está mejorando a pasos gigantes, no se lo

impidas.

Dani bajó la mirada, resopló y se pasó la mano por el pelo.

—Tienes razón, ¡por Dios!, me he pasado.

—Anda, ve a hablar con ella —dijo Izan.

—Sí —le puso una mano en el hombro—. Gracias, tío.

—No hay de qué, venga, me voy, chao.

Izan se fue y Dani entró en el cuarto. Noemí ya estaba vestida, pero se veía muy disgustada.

—Noemí —prácticamente corrió a sentarse a su lado y abrazarla—. ¡Perdóname!

—No, perdóname tú —se echó a llorar de repente—. Debí darme cuenta de lo mal que lo estabas pasando.

—¡No! Tú eres la que lo pasa mal, por mi culpa.

—Dani, no es culpa tuya, los dos bebimos aquel día, y lo que pasó no podemos cambiarlo.

—Lo sé, pero en lugar de ayudarte, te he estado sobreprotegiendo.

—No, Dani.

—¡Sí lo he hecho! —la miró y le limpió las lágrimas—. No me había dado cuenta, pero te prometo que no volverá a ocurrir —ella sonrió.

—Dani, te quiero —lo abrazó.

—Y yo hermanita.

Estuvieron unos minutos así, hacía mucho tiempo que no se sinceraban de esa forma, Dani había ocultado su estado de agotamiento provocado por la incesante preocupación, y Noemí sentía que se había quitado una carga de encima. Había aceptado su minusvalía por completo y no estaba dispuesta a que le impidiese llevar una vida lo más normal posible.

—Noemí —habló Dani—, ¿qué te parece si nos vamos a la playa?, ¿tú y yo?

Ella soltó una larga sonrisa.

—La última vez que decidimos ir a la playa me secuestraron.

—Esta vez no dejaré el coche en doble fila.

—Bueno, no sé qué te diga —se veía feliz—, sé que tú lo pasaste mal..., fatal, pero yo... ¡uf! —se asomó una pícara sonrisa a su boca.

—Ya sé que te lo pasaste bomba con el inspector chulito —ambos se rieron—, a saber, qué hacíais antes de que llegase.

—¡Nada, no hicimos nada! Solo quería ayudarme a vestirme —sonrió—, me dijo que nunca había vestido a una mujer y que era lo más bonito que había hecho.

Dani se puso en pie sonriente y fue hasta el armario ropero.

—No entiendo por qué no le das una oportunidad al chaval, se desvive por ti.

—No puedo atarlo a mí, además, creo que lo que él siente, es... la necesidad de cuidarme, por lo que pasó.

Dani soltó una larga sonrisa mientras preparaba la bolsa.

—Hermanita, salió de aquí con el palo tieso, y eso no significa que quisiera cuidarte, yo usaría otro verbo, que también acaba en arte.

—¡Dani!

—¿Qué? ¡Es cierto!

—¡Vale! Casi nos coges —se sonrojó—. Me preguntó si quería usar las esposas —sonrió—, sabes, Izan es muy... es muy bueno en la cama —se mordió el labio inferior recordando el momento en que habían hecho el amor en el coche—. Tiene un puntito dominante que... ¡uf!

—¿Ah sí? —volvió a sentarse junto a ella—. Cuenta, cuenta.

—¿Por qué? —preguntó Noemí sorprendida—. ¡Ah...! ¡Ya sé! ¿Es por Sandra?

—¿Qué dices? Yo no tengo nada con ella —Noemí lo miraba escéptica—. Vale, sí —contestó unos segundos después.

—A ver, Dani, tú le gustas a Sandra por cómo eres. ¿Entiendes?

—Pero dijo que se iba —protestó él—, y que no tiene nada aquí que la ate —resopló.

—¿Por qué no le haces una visita? Dejamos la playa para otro día —sugirió—. Anda, ve a verla.

—¿Tú crees?

—Si no vas, te vas a arrepentir.

Finalmente, Dani decidió ir. Una hora después, aparcó delante del edificio donde vivía Sandra, y miró la rosa que había comprado de camino. «Si le doy una rosa es capaz de tirármela a la cabeza». La cogió un momento, pero la volvió a dejar en el asiento.

Cuando por fin bajó del coche, fue hacia la entrada, pero se detuvo. «A la mierda». Volvió al coche y cogió la rosa. «Me voy a arriesgar».



Llegó hasta la puerta y tocó el timbre, pero nadie abría.

—Igual no está —volvió a llamar—. Ya se habrá ido... —pasó la mano por el marco de la puerta y encontró la llave—. Qué predecible.

Entró despacio, y descubrió que dentro estaba todo revuelto.

—¿Sandra? Hola —rebuscó por el piso—. ¿Qué ha pasado aquí? —miró en la cocina y la puerta de la nevera estaba abierta y todo tirado por el suelo—. Joder... ¡Sandra!

Llegó al cuarto, empujó la puerta con cuidado, y se adentró apartando con los pies las prendas que había por el suelo.

Entonces alguien lo atacó por detrás haciéndolo caer. Para cuando pudo reaccionar Sandra estaba sobre él y le apuntaba con su arma.

—¡Dani...! —lo miraba sorprendida.

—Hola Sandra —dijo deslumbrado—. Tú... ¿atacas así a todas tus visitas?

—Señor Río, ¿qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado?

Él seguía bloqueado bajo ella, no sabía qué le impresionaba más, si el arma o ella de rodillas encima de él.

—¡Está loco! —dijo ella enojada—. Pude haberle matado.

—Sandra... ¿puedes dejar de apuntarme? —ella dejó el arma en el suelo—. Te he traído esto —le entregó la rosa.

—¿Una rosa? —lo miraba extrañada—. ¿Por qué?

—Te diría lo de una rosa para otra rosa, pero no creo que te vayan esas cursilerías.

Ella se puso en pie y se sentó en la cama.

—Es bonita, gracias —la miraba triste.

—Sandra —ella lo miró—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quieres que llame a la policía?

—No, he sido yo —bajó la mirada—. Estaba enfadada y lo tiré todo por el suelo —lo miró.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó él sin miramientos mientras se sentaba a su lado.

—¿Con usted, señor Río?

—Deja de tratarme de usted, cada vez que lo haces pones un muro entre nosotros —dijo en tono serio—. Ya no eres la detective que lleva el caso de mi hermana.

A Sandra se le hizo un nudo en la garganta, se veía triste, y vulnerable.

—Sandra, habla conmigo.

—¿Qué pasa?, ¿ahora eres psicólogo? —espetó. Una vez más intentaba

mantener la distancia entre ellos.

—No, no es mi especialidad, pero, sé escuchar.

El tono de Dani transmitía confianza, a pesar de que Sandra intentaba por todos los medios esconder sus sentimientos. Entonces, no pudo aguantar más, y se echó a llorar.

Dani la abrazó tiernamente, y se tumbó en la cama sin soltarla.

Tal vez no necesitase hablar, y le bastase un abrazo. Dani notaba su angustia, pero no decía nada, solo la apretaba contra él. Había estado así en muchas ocasiones en el último año. Había aprendido que a veces solo es necesario saber que tienes a alguien a tu lado, dispuesto a abrazarte, sin más.

Pero para él ese momento era distinto, no podía evitar sentirse nervioso. Cuando abrazaba a Noemí, lo hacía desde el cariño y la protección con que te cuida un hermano, o un padre, pero con Sandra sentía otra cosa.

Cerró los ojos, intentando evitar esos pensamientos, pero podía notar su cuerpo contra el de él, apreciaba sus senos aplastados contra su pecho, y deseaba bajar por su delgada espalda para tocar sus nalgas.

Entonces ella habló y él por un momento resopló aliviado.

—Dani... gracias —él la miró, y le tocó la mejilla.

—No tienes que dárme las —tragó saliva y esperó unos segundos para volver a hablar—. ¿Ya sabes qué vas a hacer?

—Aún no.

—Yo puedo ayudarte a tomar una decisión.

Ella se puso de medio lado para escucharlo.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Verás —se sentó, y ella también lo hizo—. Pon las manos así —puso las manos a media altura con las palmas hacia arriba. Esperó pacientemente a que ella hiciese lo mismo—. En la mano derecha vamos a poner los pros, y en la izquierda, los contras.

—Dani, ¿esta es una de tus ocurrencias?

Él simplemente sonrió.

—A ver, empezamos —tocó suavemente con la punta de los dedos en su mano derecha—. Una nueva ciudad —ella lo miraba curiosa, entonces él retiró la mano—, un antiguo amor que aún te hace daño —le tocó en la mano izquierda.

Sandra bajó un instante la mirada, y por un momento quiso hablar, pero él le puso un dedo en los labios.

—¡Shis!, para que esto funcione tienes que escuchar, y concentrarte en lo que digo.

Ella sonrió, y aceptó con la cabeza.

—Bien —dijo él, entonces la miró fijamente y dirigió su mano a la mano derecha de ella—, un posible nuevo amor —le guiñó un ojo y ella sonrió—. Un piso... —la hizo dudar hasta que se decidió a tocar su mano izquierda—, muy desordenado, —levantó la mano—, un hombre —le tocó ahora en la derecha—, dispuesto a ayudarte a ordenarlo.

Ella no pudo ahora evitar mostrar una amplia sonrisa.

Entonces Dani sonrió con la mano levantada, mientras ella esperaba impaciente, deseosa de saber qué se le ocurriría ahora. En ese instante se sentía tan bien, que no le importaba cuál sería la mano que tocaría, sólo quería seguir el juego.

—Un piso muy grande para ti sola —le tocó en la mano izquierda, y luego se fue directo a su mano derecha—, un cajón en mi mesita de noche.

Ella simplemente lo miraba, sintió que el corazón le daba un vuelco, estaba tan impresionada que no era capaz ni de hablar.

Entonces Dani entrelazó sus manos con las de ella.

—Todo, lo bueno, y lo malo, conmigo.

Sandra respiró hondo, se mordió los labios, sonrió, y se acercó lentamente para besarla.

Dani la empujó hacia atrás sin soltar sus manos, haciéndola quedar bajo su cuerpo.

Se besaron, y terminaron por entregarse, hicieron el amor, muy suavemente, y a la vez, con una intensidad que los llevó a no decirse nada. Cuando alcanzaron el clímax solo pudieron abrazarse.

## ¿Todo esto por un café?

Dani ayudó a Noemí a terminar de arreglarse.

—Estás muy guapa —dijo fascinado—. ¿Has quedado con Izan?

—No.

La mirada de Dani cambió al instante, pasó de la serenidad a la preocupación.

—¿Con quién entonces?

—He conocido un chico —explicó Noemí.

—Has conocido un chico... —soltó Dani con tono sarcástico—. ¿Dónde? ¿En rehabilitación?

—Dani, relájate, lo he conocido por internet y —no pudo terminar la frase pues Dani la interrumpió al instante.

—¡No! No vas a ir con un desconocido. Bien sabes que en internet hay mucho tarado. Es más, no voy a llevarte.

—¡Dani! Te estás pasando —sentenció Noemí—. Y no, no vas a llevarme tú. Le he pedido a Izan que me lleve.

Dani se quedó sin habla, frunció el ceño, y la miró detenidamente. Tardó casi medio minuto en volver a hablar.

—¿Izan va a llevarte a una cita con otro tipo? ¿En serio?

Noemí respiró hondo, y confesó:

—No lo sabe.

—Noemí... —la miraba traspuesto—. Le vas a hacer daño, está coladito por ti. Y... le pides que te lleve... —se quedó pensativo—. Lo haces a propósito —supuso.

—Sí —sentenció Noemí—. Y no quiero que te metas en esto. ¿Vale? Él necesita otro tipo de persona, alguien de quién no tenga que estar preocupado constantemente.

—¿Y tú qué? ¿tú no necesitas a alguien a tu lado? —ella simplemente miró al suelo, entonces él se acercó y se agachó a su lado para cogerle las manos—. Tú, más que nadie, te mereces a alguien que te quiera.

Ella se le quedó mirando, entonces sonó el timbre.

—Ya está ahí —habló Noemí—. Después te llamo, para que vengas a buscarme. ¿Vale?

Dani se le quedó mirando con resignación, respiró hondo, y asintió.

—Vale.

Noemí fue hasta la puerta. Del otro lado la esperaba Izan sonriente. Creyendo que la cita era con él se preparó para la ocasión, vestía de traje negro, con camisa blanca.

Noemí se quedó mirando sin habla «Ala... qué guapo se ha puesto».

—Hola preciosa —vio a Dani—. ¡Hola Dani!

—¿Qué hay? —esbozó Dani.

Izan volvió la vista a Noemí.

—Estás muy guapa.

La llevó hasta el coche, y no tardó ni dos minutos en sentarla, y guardar la silla, para ponerse al volante.

—Dime, ¿a dónde tengo que llevarte?

—Pues, a este sitio —le entregó un papel, que Izan miró pensativo—. Izan, te agradezco que me lleves, mi hermano no podía.

—Es un restaurante —dijo Izan serio—. ¿Has... quedado? Eh... —recapacitó—. ¿Has quedado con amigas?

—No —dijo Noemí con una falsa sonrisa—. Es que... he conocido a alguien.

Izan se quedó bloqueado, frunció el ceño y miró a su izquierda. Tuvo que respirar hondo antes de conseguir decir algo.

—¿Has quedado...? —hablaba desencajado—. ¿Y me pides a mí... que te lleve?

Hubo un momento de silencio que rompió de nuevo Izan.

—¿No se te ocurrió otra persona que pudiese llevarte? —preguntó de repente, enojado.

—Tienes razón, lo siento. Llamaré un taxi.

—No, te llevaré.

La miró un instante y arrancó bruscamente.

—Dime —conducía con la mirada fija en la carretera—. ¿Cómo es el tipo ese?

—Izan, no creo que debamos hablar de eso.

—Solo quería saber... ¿qué tiene ese?, que no tenga yo.

—Nada —contestó Noemí con tono seco.

—Algo tendrá —insistió él—. ¿A qué se dedica?

—Es médico.

—¡Ah, claro! ¡A dónde vamos a parar! ¿Para qué vas a conformarte con un inspector de policía, pudiendo tener un médico?

—Izan, ya está bien. Si no quieres llevarme lo entiendo.

Él detuvo el coche en el arcén, y la miró.

—Voy a llevarte, aunque no es lo que me apetece —respiró hondo, y se tranquilizó.

Sin más arrancó de nuevo, y no volvió a hablar hasta llegar al restaurante.

Aparcó el coche sin ni siquiera mirarla, y al bajar cerró la puerta de un golpe seco. Ella bajó la mirada, aún estaba a tiempo de hacer algo, podría decirle que todo era una mentira, pero se había jurado a sí misma que seguiría con la farsa hasta el final.

Izan abrió la puerta y la cargó en brazos como de costumbre, pero esta vez no la miraba, no quería hacerlo, solo quería irse, y buscar algún sitio donde emborrachase, para poder dejar de pensar en ella.

—Gracias por traerme —dijo ella mientras Izan la sentaba—. Perdóname por pedirte esto, no debí hacerlo.

Él por fin la miró, pero en sus ojos se veía decepción, y tristeza.

—Perdóname tú —hablaba desganado—. Pásalo bien.

—Gracias, Izan.

Noemí se dispuso a subir la cuesta del aparcadero, pero tenía demasiada pendiente. «Mierda». Empujaba la silla con fuerza, pero no era suficiente. «Tengo que subir». Miró a ambos lados buscando un camarero.

—Te ayudo —dijo Izan detrás de ella mientras la empujaba.

La llevó hasta la entrada.

—Gracias, ahora ya puedo yo.

Izan respiró hondo antes de hablar.

—Adiós, Noemí.

Ella lo miró triste, se mordió los labios, y dijo:

—Adiós... Izan.

Noemí dejó de mirarlo, se le rompía el corazón al verlo allí, de pie, parecía estar esperando a que ella entrase en razón, y dejase de negar lo evidente.

Empujaba la silla hasta el interior, cada vez que giraba las ruedas se daba cuenta de que se estaba alejando un poco más de él, pero no quería pensar en eso. «Bueno, ya está hecho». Se dirigió a la mesa que le indicó el camarero.

—Hola —dijo al joven con el que había quedado.

Este levantó la vista, y se le quedó mirando.

—Hola... tú eres... —balbuceó.

—Sí —dijo con una sonrisa nerviosa.

—Pero... vas en silla...

—Sí.

—¿Es una broma? —preguntó ahora enojado.

—No —dijo Noemí con actitud seria.

—Oye tía, eso tienes que incluirlo en el perfil —se puso en pie, y vistió la chaqueta.

—Si incluyese esto en mi perfil, no habríamos quedado —dijo Noemí con despecho.

—Pues claro que no. ¡Maldita sea! Tenía que haber escogido a la otra, era más fea, pero por lo menos no era una lisiada mentirosa.

Se fue del local sin ni siquiera despedirse, Noemí se quedó en blanco, tardó como medio minuto en reaccionar.

A pesar de imaginarse que algo así podría pasar, no se encontraba preparada para ello, le dolió verse en esa situación. Se limpió una lágrima, y respiró hondo, para llamar a Dani.

—¿Puedes venir a buscarme? —escuchó a su hermano—. Era un idiota, se fue porque no puse en el perfil que soy minusválida —Dani le preguntó por Izan—. Izan... no sé, se habrá ido... está muy enfadado. Tenías razón, le he hecho daño —escuchó de nuevo—. Dani... claro que me gusta, me gusta mucho, pero... —Dani le sugirió que lo llamase—. No, no voy a llamarlo. Ven a buscarme, por favor.

De repente alguien le cogió el móvil.

—Dani, hola, soy Izan —dijo mientras se sentaba enfrente de Noemí, que lo miraba sin palabras—. No hace falta que vengas, ya la llevo yo —escuchó, y sonrió—. No, hombre, espero que no tengamos que llegar a eso. Chao —colgó, y le entregó el móvil a Noemí—. Qué simpático es tu hermano, me dio permiso para robarte.

Él la miraba fijamente.

—¿Robarme? —preguntó ella extrañada—. ¿El qué? ¿El bolso?

—No —dijo Izan sonriente—, robarte a ti —le dedicó una insinuante mirada al decirlo.

Noemí bajó un momento la vista, mientras toqueteaba el tenedor para colocarlo simétricamente con la servilleta.

—¿No vas a decir nada? —intervino Izan.

—¿Cuánto tiempo llevabas escuchando?

—El suficiente para descubrir tu plan.

—¿Qué plan? —preguntó Noemí haciéndose la despistada—. ¿De qué hablas?

—Noemí, soy inspector de policía, lo mío es atar cabos. Me pediste precisamente a mí que te trajera, y te inventaste que el mangante ese era médico —Izan la miraba fijamente—. Para deshacerte de mí —sonrió un instante—. ¿Sabes? Le hubiera partido la cara al tipejo ese, si no estuviese tan contento —cogió la carta del menú—. ¿Ya pediste?

Noemí ahora lo miraba sin palabras.

—A ver Noemí, te lo voy a poner fácil. O cenas conmigo, o te llevo a casa, y no vuelvo a molestarte.

Noemí tragó saliva y lo miró muy seria.

—Vete —pidió ella con los ojos llorosos—. Por favor. Y no vuelvas.

Izan ahora la miraba bloqueado, se le borró la sonrisa, y no dijo nada más. Se puso en pie muy despacio sin sacarle la vista de encima. Se veía claramente enojado, decepcionado, y lleno de furia.

Salió del local sin mediar palabra. Sin embargo, Noemí, cogió el móvil, y llamó a su hermano.

—Dani, ven a buscarme —colgó, y se echó a llorar.

—Señora, ¿se encuentra bien? —preguntó el camarero preocupado.

—Sí, cóbreme —se limpió las lágrimas.

—Pero si no ha comido. ¿Quiere pedir algo?

—No... —dijo triste.

—¿Quiere que llame a alguien?

—No, gracias —se dirigió a la salida—, perdone el espectáculo que he montado, y cóbreme.

—No es nada —dijo el camarero que amablemente se ofreció a empujar la silla.

Ella estaba tan cansada que simplemente puso las manos en sus piernas y dejó que el camarero la llevase hasta fuera.

En el aparcadero, Izan sujetó el volante con fuerza, y respiró hondo.

—¡Mierda! —lo golpeó—. ¡Joder! —arrancó derrapando—. ¿Por qué es tan terca? ¡Joder!

Pasó despacio por delante del restaurante, y la vio. Ella miró al suelo esperando a que se fuera.

Izan aceleró fuertemente, para derrapar de nuevo, y desaparecer del lugar. «Bueno, se ha ido». Pensó ella. «Es lo mejor». Miró la hora, su hermano no podría tardar mucho.



Tenía la mirada perdida, la gente que estaba en la terraza no le sacaba la vista de encima, pero ella parecía estar en otro lugar, en tan solo unos segundos recordó todo lo que habían vivido juntos.

Cuando la había amenazado creyendo que la habían enviado para seducirlo, su expresión al pedirle aquel favor, sus abrazos cuando se sentía mal, lo bien que le sentaba el traje de policía, y el momento en que le puso los zapatos... y la hizo sentirse como una reina.

Cogió aire y lo soltó de golpe, mientras se secaba dos lágrimas, entonces alzó la vista sorprendida, al verlo llegar, de nuevo.

Conducía de forma muy brusca, e hizo un trompo delante del restaurante. Bajó decidido, y abrió la puerta del acompañante.

—Izan. ¿Qué haces? —preguntó impresionada.

—Te vienes conmigo —espetó él, sin vacilar.

—¿Qué? ¡No! —aseguró ella—. No voy a ir contigo a ningún sitio.

Él se acercó para empujar la silla.

—¡No! ¡Izan! ¡Llamaré a la policía! —rebuscaba en el bolso.

—Tranquila, señora —intervino el camarero—. Oiga —empujó a Izan haciéndolo retroceder dos pasos—, Señor. Haga el favor de irse, la señora no quiere ir con usted.

—Sí que quiere —dijo Izan.

—¡Izan! —gritó Noemí, pero nadie la escuchaba.

—Ha dicho que no. Váyase, o tendré que echarlo —exigió el camarero amenazante.

—Ella se viene conmigo.

El camarero empujó de nuevo a Izan, y luego intentó darle un puñetazo, pero este lo esquivó sin dificultad, y en dos movimientos lo inmovilizó en el suelo.

—¡Déjalo! —exigió Noemí—. ¡¿Es que te has vuelto loco?!

—¡Suéltame cabrón! —gritó el camarero—. ¡Que alguien llame a la policía! —uno de los camareros entró corriendo en el local para realizar esa llamada, y el otro se acercó para socorrer a su compañero.

—¡Yo soy policía! —dijo Izan mientras se ponía en pie, y mostraba su documentación.

El camarero se puso en pie con la ayuda de su compañero, y ambos se quedaron mirando a Izan.

—Y me voy a llevar a esa mujer detenida —señaló a Noemí—. Por tozuda —la miraba fijamente—, terca, y... —respiraba furioso—, mentirosa, y...

egoísta —miró a la gente del local—, sólo piensa en ella misma, no piensa en el daño que me hace cuando me rechaza, o en que yo también la necesito —ella lo miraba sin palabras—, y... —ahora la miró a ella—, porque... te quiero —la miraba con el corazón en un puño.

—Izan... —balbuceó Noemí.

—¡Es el policía de las noticias! —exclamó una de las personas que se encontraba tomando algo—. ¡Son ellos!

No lo pensó más, se acercó y delante de todos la cargó en brazos.

—¡No...! —miró a su alrededor—. ¡Socorro!, ¡me está secuestrando...! —su voz no sonaba muy convincente—. Que alguien haga algo.

La gente no sabía cómo reaccionar. Entonces escuchó las sirenas de la policía.

—Vaya —sonrió un momento—, que recuerdos —la miró mientras la sentaba con cuidado y le ponía el cinturón.

Corrió a sentarse en el asiento del conductor, pero para cuando quiso arrancar ya era demasiado tarde. Un coche policial se le atravesó delante y otro le cortó el camino por detrás.

Izan tuvo que detener el coche, entonces bloqueó las puertas y miró a Noemí.

—Izan. ¿Te has vuelto loco?

—Sí —afirmó seguro—, loco por ti.

—No, esto no puede ser, no voy a volver a caminar. Necesito ayuda para todo.

—¿Y qué? —preguntó él con franqueza—. Yo te quiero como eres. ¿Qué pasa? Tú... ¿No me quieres? —preguntó frustrado—. Dijiste que te gusto.

Los policías bajaron a prisa, y la gente del restaurante observaba la situación paralizada.

—¡Santos! ¡Baja del coche! —ordenó el inspector Suárez. Pero al ver que Izan ni siquiera lo miraba intentó abrir la puerta, y luego golpeó la ventanilla—. ¡Izan!

Él alzó la mano sin mirarlos, para que le diesen un momento. Su mirada parecía paciente, pero su respiración denotaba su estado de desesperación.

—Noemí, tu... ¿Sientes algo por mí?

Ella lo miraba bloqueada, miró a su alrededor, y luego volvió la vista a él, que permanecía inmóvil esperando una respuesta.

—¡Santos! ¡Ya está bien! ¡Abre! —gritó el inspector Suárez, que harto de su resistencia rompió la ventanilla.

Ella por un instante se asustó, pero Izan ni siquiera se inmutó.

—Noemí, me van a detener...

Él la miraba desolado, se había arriesgado tanto, y finalmente no había conseguido lo que quería.

—¡Izan! ¡Sal del coche! —gritó el inspector Suárez.

Lo sacaron del coche, pero él no opuso resistencia, solo miraba al suelo.

—Izan —hablaba el inspector Suárez—. ¿Qué te pasa? Si ella no quiere nada contigo, no puedes secuestrarla. Eres poli, ¡joder!

—Lo sé —espetó.

—A ver... estás detenido.

Izan simplemente extendió las manos para que lo esposasen.

—Ya conozco mis derechos —dijo con la mirada perdida.

Lo subieron a la parte de atrás de uno de los coches, él miraba al suelo, y ella no dejó de mirarlo hasta que perdió el coche de vista.

A la mañana siguiente, Izan permanecía en la sala de interrogatorios, con las manos esposadas a la barra superior de la mesa.

Entró el inspector Suárez acompañado de Sandra, se sentaron enfrente y ella cogió su libreta.

—Hola... Sandra —dijo Izan extrañado al verla—. ¿Has decidido...? ¿Te vas a quedar?

—Sí —dijo segura de sí misma—, he aceptado el destino.

Sandra abrió la libreta en una página nueva, respiró hondo y sonrió para su interior. Así se sentía ella, empezando algo nuevo, en blanco, y sin mirar atrás.

—A ver Izan, cuéntame qué pasó —dijo ella.

—Ya lo sabes —hablaba compungido—. Supongo que me he vuelto loco. He intentado secuestrar a Noemí, pero esta vez delante de un montón de testigos, y de forma intencionada —bajó la mirada y se puso a jugar con las esposas.

—¿Valió la pena? —preguntó Suárez directamente.

Izan negó con la cabeza.

—No... solo he hecho el gilipollas —resopló—, y me he metido en un follón del que no sé cómo voy a salir. Pero no me arrepiento —aseguró—, lo volvería a hacer.

—Bueno —habló tranquilamente el inspector Suárez—, no se han

presentado cargos —él los miraba sorprendido—, y el comisario ha decidido que te irás suspendido una semana, y que luego te quiere al cien por cien —le quitó las esposas, e Izan respiró aliviado.

—Y... —ahora hablaba Sandra—, me ha dicho Noemí —miraba la libreta—, palabras textuales; que siente haberte hecho daño intencionadamente, y que te espera en la cafetería Paraíso a las doce, para a tomar “ese” café. Ha hecho hincapié en “ese” —dijo extrañada.

Esas palabras provocaron que la cara de Izan se iluminase con una repentina sonrisa.

—¿En serio? —preguntó feliz.

—Izan. ¿Todo esto por un café? —preguntó el inspector Suárez.

—No —sonreía—. No es un simple café.

Izan prácticamente arrancó los papeles de las manos de Suárez, comprobó que todo estuviese correctamente cubierto y firmado, y se fue.

—¡Joder! —dijo Suárez mirando a Sandra, ahora que se habían quedado solos—. Si se pone así por un café no te digo el día que vayan a cenar.

Izan salió feliz de la sala de interrogatorios, caminaba con la mirada fija en la puerta, entonces se detuvo cuando le pareció ver una bata de enfermera.

Miró sonriente a la enfermera de comisaría, y le dio una nalgada.

—¡Eh! —protestó ella.

—Eres una bruja de las buenas, ¿lo sabías?

Ella sonrió feliz, y se quedó mirando cómo él se iba.

A las doce Izan esperaba en la cafetería, había llegado unos minutos antes, y Noemí parecía llegar tarde. «Joder, qué nervioso estoy». Cogió el móvil para comprobar si tenía alguna notificación.

Entonces alzó la vista cuando un vehículo se detuvo de forma brusca a su altura, y bajó la ventanilla. Él se quedó mirando, y sonrió abrumado al ver que era ella.

Noemí se había comprado un Seat Ibiza FR, adaptado, en color gris, con las llantas y las parrillas decoradas con líneas rojas.

—¿Te subes? —dijo ella sonriente—, yo no puedo subirte.

Él sonrió ahora abiertamente, y no lo dudó, casi de un salto se sentó en el asiento del acompañante.

—Ponte el cinturón —ordenó ella—, ¿sabes?, esto tiene ciento cincuenta caballos —arrancó de forma brusca—, ¡Y he descubierto para qué sirven! —

dijo emocionada.

—¡Noemí! —aún se estaba poniendo el cinturón cuando ya había alcanzado los cien por hora—. ¡Noemí! ¡¿Estás loca?!

—¡Tranquilo! ¡Tiene botón escape! —dijo sonriente sin perder de vista la carretera.

Izan respiraba nervioso, y se sujetaba a la agarradera de la puerta.

Tardaron poco más de diez minutos en llegar al destino que ella había escogido.

Él respiró tranquilo cuando ella detuvo el coche.

—Sabes Izan, es cierto, puedo hacer muchas cosas, a pesar de mi estado — él la miraba encandilado—, y he traído esto —cogió unas esposas del compartimiento que había bajo el asiento del conductor, y se las mostró con una amplia sonrisa—, para que me expliques aquello que me comentaste.

—Faltaría más.

Izan dejó en el salpicadero, para coger su cara entre sus manos y aprovechar para besarla tiernamente, pues en cuanto juntase sus labios con los de ella, se desataría la pasión con la que estaba deseando hacerla suya.

## Epílogo

Dos años después, Izan Santos estaba de pie, esperando, impaciente. Nunca en su vida se había sentido tan nervioso.

Tenía la mirada fija en aquella gran puerta, entonces, por fin, entró Noemí con su hermano. Él empujaba la silla y ella llevaba un precioso vestido blanco.

La llevó hasta el altar. Izan la miraba embelesado, le parecía la mujer más hermosa que había visto en su vida.

Dani le tendió la mano y ella se puso en pie con dificultad, para luego usar las muletas que le pasó su hermano.

Izan se quedó bloqueado, Noemí no le había dicho que ya podía usar muletas, quería reservarlo para ese momento, el más importante de su vida, el de su feliz boda.

Sandra lloraba de emoción entre las damas de honor, con una enorme barriga que delataba su estado, dentro de unos meses nacería el niño que esperaba de Dani.

Y Shan... había decidido colaborar con la justicia para entregar a toda la cúpula de narcotraficantes, y... ese día se encontraba en la cárcel firmando ejemplares de su biografía.

## **Agradecimientos de la autora**

Si has llegado al final, probablemente hayas sentido lo mismo que yo, has leído una historia emocionante, que te ha enamorado, te ha hecho reír, e incluso hayas soltado alguna lágrima.

Espero que hayas disfrutado al leer cada palabra, cada párrafo, como yo al escribirlo. Y haber conseguido transmitir la emoción, la intriga, el amor, y el sentimiento de superación que sufren los personajes.

Porque eso es lo que yo pretendía, mi ilusión es meteros en la historia, y provocar esas emociones, pues así es como yo pienso que debe ser una novela, debe llevaros a otro mundo como si lo estuviereis viviendo, como si estuviereis soñando despiertos...

Ahora te voy a pedir algo, que te tomes un momento y valores mi novela, en Amazon, Facebook, goodreads o Instagram, para que yo pueda saber si he conseguido todo eso que me he propuesto, al atreverme a entrar en este mundo de “creadores de ilusiones”.

Gracias por leerme,  
Nora K. Rose